



Alexey Pehov

EL
LADRÓN
DE LAS
SOMBRA

«Comparable a Terry Goodkind y Robert Jordan.»
Patrick LoBrutto, editor de *Dune. La Yihad Butleriana*

BESTSELLER

booket

Mili Zuecos y Ernesto Pericalvo son dos amigos que están hartos de vivir en villacana, donde nunca pasa nada. Hasta que pasa: ambos son secuestrados, encerrados en la espeluznante Casa Cebón y adoptados por los insoportables señores Alcalde.

Alexandra Adornetto

El ladrón de sombras

ePub r1.0

Solomik 29.12.13

Titulo original: *The shadow thief*

Alexandra Adornetto, 2007

Traducción: José Miguel Pallarés

Diseño de cubierta: Fernando Vicente

Editor digital: Solomik

ePub base r1.0



Este libro está dedicado a mi abuelo y a todos cuantos se niegan a crecer

PRIMERA PARTE

COMIENZA LA AVENTURA



Un pueblo llamado Villacana

CUANDO SE ABRE UN LIBRO y se echa un vistazo a la primera página, no sin cierta prevención, la frase inicial es el factor determinante de que se siga leyendo o se descarte el ejemplar. Tras una larga reflexión acerca de la primera frase de esta novela, he llegado a la conclusión de que debéis escribirla vosotros mismos, los lectores. Quizá se os ocurran tópicos tales como «Había una vez...», «Hace mucho tiempo...» o «Muy, muy lejos, en un país mágico...», si, por desgracia, andáis escasos de imaginación. ¡QUÉ MUERMAZO! Deberás esforzarte mucho más para estar a la altura de la historia en la cual estás a punto de embarcarte. Tal vez os resulte útil leer una muestra del relato antes de adoptar una decisión al respecto, pues de todos es sabido cuán poco conviene precipitarse a la hora de escribir la primera frase. De todos los comienzos que conozco, uno de mis favoritos de siempre es: «Todos los niños crecen, menos uno». ¡Una apertura como esa no puede dejar de atrapar tu atención! Bueno, mientras caviláis acerca de la frase inicial, será mejor que deje de parlotear y comience a contarte la historia, pues, al fin y al cabo, para eso has abierto el libro.

Da la casualidad de que la protagonista de este cuento es una niña de corta edad y gran belleza que respondía a un nombre poco afortunado y marcadamente original: Milipop Zuecos. Ella tenía la precaución de eliminar las tres últimas letras de su nombre en las contadas ocasiones en que sostenía una conversación lo bastante prolongada para que le preguntaran cómo se llamaba, por supuesto, y se apresuraba a añadir que, por estrictas razones religiosas, no le habían puesto apellido. Por eso, y por motivos puramente piadosos, a lo largo de este libro me referiré a ella como Mili.

Este relato también habla de una urbe, Villacana, el lugar donde nació Mili. Ella vivía con su familia en dicha localidad, un municipio bien organizado bajo el mandato de un tal señor Alcalde y su señora esposa, ambos muy conocidos y admirados, pues efectuaban frecuentes apariciones públicas para informar sobre las noticias locales, cortar cintas en la inauguración de edificios nuevos, promover iniciativas y entregar los premios al Ciudadano de la Semana. Los villacananenses se enorgullecían en grado sumo de los Alcalde y de su ejemplar ciudad, de la cual se habían erradicado lacras tales como la pobreza, el delito y el paro, gracias a la implantación de una serie de

restricciones conocidas como Código de Conducta. Esta normativa comprendía una lista de reglas que todo el mundo respetaba escrupulosamente, pese a que eso supusiera la pérdida de algunas libertades. Por ejemplo: a los ciudadanos se les impedía andar por la calle con ropa de otros colores diferentes al negro, el beis o el gris verdoso; a los niños no se les permitía salir a jugar después de las cuatro de la tarde, y se arriesgaba a una fuerte multa quien saliera de casa sin exhibir el escudo de Villacana en alguna prenda de su indumentaria. Se habían previsto castigos severos para el infractor de dichos preceptos; pero esas faltas se producían rara vez, pues muy pocos ciudadanos de Villacana tenían deseo alguno de desobedecerlas.

Para Mili, la monotonía de su ciudad era tan insoportable como ineludible. Todas las casas estaban diseñadas por el mismo arquitecto, o, mejor dicho, el arquitecto proyectó una vivienda y todas las demás se construyeron siguiendo el mismo plano; incluso se pintaron todas de gris, con relucientes puertas negras y llamadores de bronce.

Los jardines de las casas eran idénticos entre sí: unos espacios rectangulares cubiertos de césped y situados unos junto a otros en paralelo. Bordeaban las calles unos sombríos árboles nudosos sin una sola rama fuera de lugar, y no había mancha alguna en las losas cuadradas de cemento que conformaban las aceras.

Cubría la ciudad una gasa gris tan densa que no sólo velaba la luz del sol, sino que sofocaba el color de todas las cosas. Por eso resultaba anómalo ver una mariposa en pleno mediodía, cuando los búhos permanecían despiertos y las siluetas, si hubieran sido detectables, podrían haberse confundido con ogros. La ciudad estaba muerta, o eso creía Mili; era imposible hallar una sola mota de individualidad ni de color por mucho que rebuscara en todos los rincones y todos los recovecos.

Ella se había percatado desde hacía algún tiempo de que a los villacanenses también les faltaba algo, pero le parecía un sinsentido comentar el asunto con otra persona cuando ella misma no era capaz de aclararse sobre ese tema. No sabía con exactitud qué les había abandonado, pero sí que se trataba de algo importante, algo valiosísimo, y cuando se inicia este relato Mili ignoraba que le iba a tocar a ella restaurarlo.

La niña llevaba una vida bastante solitaria. Mili y su madre jamás llegaron a conocerse bien, ya que esta murió cuando ella tenía sólo cuatro años; pero por muy borrosos que fueran los recuerdos sobre su progenitora, había tres cosas que tenía grabadas de forma indeleble: su nombre, Enid Rosemary Zuecos, que le servía de

mantra para despejar el ataque de insomnio que inevitablemente sigue a una pesadilla; la frescura de sus manos, capaces de apaciguar cualquier rabieta con un simple roce, y en tercer lugar, el apodo por el que le llamaba su madre, ese que ya nadie usaba: Pequeña Ciempiés.

Nadie quería hablarle de la muerte de su madre ni de las circunstancias exactas de esta. Antes bien, al contrario, murmuraban tras la taza de té algo sobre un lamentable accidente, como si estuvieran molestos, y se apresuraban a cambiar de conversación. Con el tiempo, Mili había aprendido a no abordar el tema con vecinos ni conocidos, pero no por eso dejaba de esperar que se refirieran casualmente a ella o, al menos, le preguntaran si la echaba de menos, lo cual nunca ocurría. Todos estaban muy ocupados en parlotear sobre las inapreciables flores de sus jardines o sobre cómo decorar el próximo pastel. Tal vez te preguntes, amigo lector, por qué no pedía a su familia que le hablara de su madre; verás: es que Milipop Zuecos pertenecía a una familia muy poco normal.

Dorkus, su hermana mayor, llevaba dos años y medio sin salir de su dormitorio por miedo a ser devorada por algún artefacto eléctrico y, además, estaba convencida de que Pestoso, el perro de la familia, era un espía que trabajaba para una organización gubernamental encubierta, y no había manera de sacarle la idea de la cabeza. Luego estaba el padre de Mili, la única persona de la casa en quien ella habría podido confiar. Y bien habría querido sincerarse con él, si el hombre hubiera sido capaz de concentrarse, aunque fuera sólo un rato, en lo que le dijera su hija.

El señor Zuecos siempre había sido un soñador; vivía sumido en una distracción constante desde la pérdida de su esposa. Era de ese tipo de personas capaces de pasarse sentadas horas y horas con la vista fija en un frasco de pipas Semilla de Miel. La máxima diversión del cabeza de familia consistía en hacer rostros sonrientes con las migajas del desayuno.

El padre de Mili era panadero y trabajaba cinco días a la semana en la panadería de la ciudad, donde amasaba, estiraba y horneaba panes y bollos hasta lograr la perfección. Su hija se maravillaba a menudo de que hiciera exactamente lo mismo cada día, todos los días, y aún le apeteciera acudir al trabajo por la mañana.

El señor Zuecos disfrutaba en la cocina creando platos exóticos que, en ocasiones, rayaban en lo peculiar; en una ocasión había intentado hornear vainas de guisante rellenas de caramelo a fin de combinar lo ácido con lo dulce. El resultado había sido tan desastroso que Mili detestó los guisantes y el caramelo el resto de su vida. Pero el

señor Zuecos no se descorazonaba con tanta facilidad. Aunque algunos de sus platos experimentales fueran horrorosos, a veces lograba creaciones increíbles, como su strudel^[1] de peras empapadas en miel, al que daba la forma de los Alpes suizos. El buen hombre soñaba con ampliar su repertorio y hacer quizá, algún día, un strudel de granadilla; pero en Villacana las frutas más exóticas estaban prohibidas a causa de sus propiedades estimulantes y sólo se comercializaban manzanas y peras.

El señor Zuecos tenía tanta inventiva culinaria que probablemente habría presentado su propio programa de cocina en la televisión nacional de haber vivido en otro mundo; pero como en Villacana no se toleraban ni la inventiva ni la televisión, el pobre debía resignarse a trabajar con los limitados recursos disponibles.

En la panadería local, como en cualquier otra empresa comercial de la ciudad, estaba estrictamente prohibido apartarse de la rutina. Los villacanenses desconfiaban de cualquier cambio; la mayoría de los clientes sólo compraba rebanadas de pan blanco con sabor a sábanas, y si alguna vez, en plena noche, has masticado las sábanas de tu cama durante una pesadilla espantosa, ya sabes hasta qué punto es repugnante su gusto. Empero, el señor Zuecos no parecía interesarse por las febles papilas gustativas de sus parroquianos. Recibía a todos con una enorme sonrisa adherida a la cara enharinada. Desde luego, los vecinos le tenían por un villacanense como cualquier otro. Obedecía las reglas de la ciudad, leía cada noche el Código de Conducta antes de acostarse y nunca ponía en tela de juicio los edictos del señor Alcalde. Por tanto, era un convecino aceptado y respetado. ¡Vaya golpe para el pobre señor Zuecos descubrir que su hija menor, Mili, jamás sería como él!

Si vas a pedirme que resuma la personalidad de Milipop Zuecos en una sola palabra, perderás un tiempo precioso, por la simple razón de que ni el más completo de los diccionarios contiene una única palabra capaz de describirla, ni siquiera remotamente. Mili era alocada, ridícula y estrafalaria, pero también considerada e imaginativa. Era espontánea y apasionada, audaz y animosa. Si te pregunto qué es lo primero que te viene a la cabeza cuando oyes la palabra «día», lo más probable es que respondas «noche» o quizá, si eres una persona muy creativa, «cielos» si le formulara la misma pregunta a Mili, ¡es bien posible que me respondiera «granada»!

Cuando una chica es capaz de relacionar la luz del día con una exótica fruta roja, tiene dentro algo muy extraño que no concuerda con las convenciones de Villacana. Sin embargo, la apariencia de Mili era la muestra más palpable de su singularidad, pues tenía una serie de rasgos propios de las muñecas antiguas, como la tez de

porcelana clara, la nota picara del semblante y esos ojos castaños suyos tan serios, que se ensanchaban al pensar en posibles aventuras. Tan sólo le faltaba la melena suave y lustrosa de esas muñecas. Precisamente el cabello era causa de infinitas tribulaciones. Le resultaba imposible disciplinar esa masa rebelde de rizos oscuros: por mucho que a primera hora de la mañana los retorciera en el moño preceptivo, a mediodía se habían arreglado para escapar del rodete. Ofrecía un aspecto permanente de desaliño desde la muerte de su madre. Llevaba los zapatos raídos, los calcetines no hacían juego, y los uniformes, tan parecidos a los mandiles, además de estarle demasiado estrechos, mostraban señales de haber sido planchados con precipitación. El señor Zuecos, por lo general, estaba demasiado abstraído para llevarla a la peluquera o a la modista.

Mili aborrecía su atuendo reglamentario. Debía llevar ese atavío gris encima de una falda de lana plisada y una blusa de cuello almidonado, y los botones metálicos del mandil le provocaban un escozor permanente en la nuca. La niña se arrancaba de un tirón los botones superiores del uniforme cuando el picor se volvía insoportable, lo cual le valía un grito de reprimenda por parte del profesor de música de la Escuela Primaria de Villacana, Arcadio Acorde, un sesentón de ojos saltones y aspecto de rana que andaba pavoneándose con su toga académica de un lado para otro y se complacía en apuntar con la vara a los alumnos díscolos, al tiempo que aullaba:

—¡BOTONES!

Mili había acumulado un considerable número de deméritos por culpa de esos condenados botones, por no mencionar otras irregularidades. Para empezar, sus calcetines se negaban de plano a mantenerse estirados e invariablemente se le deslizaban hasta acabar arrugados alrededor de los tobillos, como globos desinflados. Los faldones de la blusa le sobresalían por encima de la falda y se le desanudaban los cordones de los zapatos, sin que ella pudiera hacer nada por evitarlo. El mal estado del uniforme y las greñas de su pelo provocaban palpitaciones al profesor de música, de quien se había convertido en la víctima propiciatoria.

Los otros niños siempre estaban inmaculados y habían renunciado a ser amigos de Mili hacía mucho tiempo. Ella los ahuyentaba con ceños feroces, miradas sombrías y, a veces, hasta con amenazas de magia, cosa que por sí sola bastaba para mantenerlos bien a raya. Cualquier tipo de magia estaba prohibida en la ciudad de Villacana, incluidos los trucos de naipes, y nada asustaba tanto a los chicos como las consecuencias de desobedecer las reglas, pues...

... nadie había olvidado aquel terrible día de noviembre, tres años atrás, cuando

un niño de doce años llamado Leo cometió un acto sin precedentes: no devolver a tiempo un libro a la biblioteca, pues aún no había acabado de leerlo. Leo nunca llegó a terminar ese libro ni ningún otro: un fantasmagórico coche gris llegó en silencio hasta su puerta poco antes de la hora de acostarse. Mili recordaba vividamente que los padres de Leo habían entregado a su único hijo sin un parpadeo, sin enarcar una ceja en señal de protesta. La imagen de sus caras inexpresivas aún le provocaba escalofríos en la espalda. Leo, pálido como la masa de pizza, se aferraba con desesperación a sus padres, pero ellos se lo habían quitado de encima con la indiferencia de quien se sacude una mosca fastidiosa durante un picnic. Y aún en la actualidad continuaban con sus tareas cotidianas como si nunca hubieran tenido un hijo.

Mili se preguntaba en ocasiones por el destino y el paradero de Leo. Le habría gustado buscarlo y traerlo de vuelta a casa. Pues, como ya se te ha informado, a Mili le encantaban las aventuras por encima de todas las cosas. Nada le brindaba más satisfacción que adentrarse en lo desconocido, arriesgarse y dominar el miedo. Hasta había hecho un pacto secreto consigo misma: nada ni nadie sería capaz de asustarla cuando llegara a la edad de doce años, para lo cual faltaban pocos meses.

Una vez, cuando tenía apenas cinco años, se había obligado a dormir debajo de la cama, y no en ella, durante una semana entera con el único propósito de perder el miedo a Mostro, un monstruo peludo con dientes de sable. Mili estaba convencida de que habitaba debajo de su lecho y mordía los dedos de los pies a los niños en cuanto se quedaban bien dormidos. Estaba segura de oírle respirar y rascar con sus garras las tablas desnudas mientras esperaba a que ella se adormeciera. Como sabía que Mostro prefería los dedos frescos y rosáceos, cada noche, antes de meterse entre las sábanas, cuidaba de que sus pies estuvieran bien roñosos y negros de polvo.

Lo curioso es que Mili se las había arreglado para borrar esos temores infantiles que aún pululan por tus sueños y los míos. Hacía tiempo ya que tenía miedos de adulto, más grandes y horrorosos, pero si hubieras interrogado a quienes la conocían, te habrían dicho que era bastante temible. Tenía un genio muy vivo; cuando se le despertaba, pasar a cincuenta kilómetros de ella era pisar terreno peligroso. Tampoco era de esas niñas que cuando se disgustan se conforman con causar una lluvia y algún trueno pequeño: lo más probable era que dedesatase una verdadera tempestad. No es mi intención, en absoluto, insinuar que Mili fuera una muchacha terrible, violenta o con una espantosa tendencia a las rabietas. Quizá la descripción más adecuada es la que ofreció una de sus maestras, que utilizó la palabra «apasionada», aunque en un

sentido lejos de ser elogioso...

... ya que en Villacana se consideraba que los niños apasionados eran poco más que un fastidio, dado su hábito de formular demasiadas preguntas para luego poner en duda las respuestas ofrecidas. Ser apasionada significaba que cuando a Mili se le metía algo entre ceja y ceja, no salía de allí ni con una ventisca. Aunque de poca estatura, la niña solía ser formidable. Por lo que respecta a la vida social, prefería su propia compañía a la de niños tediosos; Mili sólo toleraba la presencia de una persona en todo aquel lúgubre barrio: un niño con un nombre tan lamentable como el suyo, Ernesto Periclavo, cuya compañía llegaba a disfrutar en ocasiones.

Como en Villacana no había mucho que explorar, pasaba la mayor parte de su tiempo libre soñando con cruzar la Laguna Fantasma y adentrarse en las tristemente célebres Grutas del Eco. Empero, tal como le recordaba Ernesto una y otra vez, que solía mostrarse más respetuoso de la cuenta con las reglas, la laguna y las cuevas formaban parte de los Territorios Prohibidos y el acceso estaba estrictamente vedado. Más aún, según rumores, rondaban por las Grutas del Eco unas criaturas de lo más extrañas: monstruos sin cara, pero con garras más afiladas que los cuchillos de un carnicero, y nadie había pisado nunca ese lugar en un radio de quince kilómetros. La mera idea de ir allí se consideraba un augurio de desgracia. Pero ahora debo regresar al relato; más adelante habrá ocasión de hablar de las Grutas del Eco y sus extraños habitantes.

Es bien sabido que las aventuras nunca aparecen cuando uno sale a buscarlas, y buscarlas era justo lo que Mili hacía casi a diario. No siempre había sido una alborotadora. Recordaba vagamente una época en que se contentaba con estarse tranquila sentada con su labor y obedecía las reglas sin chistar; pero ese recuerdo se iba borrando deprisa, pues poco después de cumplir los diez años la invadió una rebeldía inexplicable y comenzó a verlo todo desde una perspectiva diferente. Era más o menos como reunirse con otro yo que hubiera retornado de un viaje muy largo y que ahora la llenaba de una energía nada fácil de dominar. Por inquietante que fuera, también le ofrecía un sinfín de ideas y posibilidades que antes nunca se le habían ocurrido. Ahora buscaba problemas y estaba siempre alerta a cualquier cosa que pudiera escapar, siquiera levemente, de lo ordinario. Pero esa tarde en particular Mili no había salido en busca de aventuras, y así fue como la aventura llegó hasta ella.

La aldaba roja

E SIENTO EN LA OBLIGACIÓN de advertiros, antes de continuar, que Mili no encontró ningún mensaje de amor en una botella ni tampoco salvó al mundo de un peligro espantoso. Lo que halló fue una fotografía, sí, una vieja y simple fotografía publicada en una página amarillenta del *Clarín de Villacana* utilizada para envolver las conchas de la cena anterior: caldo de moluscos y nabos.

M Le tocaba sacar la basura, y ella, impelida por las ganas de acabar, hizo rodar el incómodo cubo hacia el lugar asignado, junto a la cerca de madera, pero lo hizo en un ángulo tan peligroso que saltó la tapa; además de golpearla ruidosamente en la cabeza, le ofreció una clara visión de su repugnante contenido. El paquete de conchas estaba medio sepultado bajo un montón de puré de patatas; la foto era apenas visible. Tú o yo, en la misma situación, no habríamos sentido el menor deseo de rescatar esa página mojada de debajo de esa pasta viscosa y gris. Para Mili, en cambio, era una oportunidad de aventura demasiado tentadora para rechazarla, aun cuando, por cierto, ignorara la importancia trascendental...

... de la instantánea hallada. Claro que para cualquiera sería difícil conceder demasiada importancia a una fotografía sepultada bajo un montón de puré medio podrido.

No había misterio alguno en la temática de la foto, una estatua del señor Alcalde, recientemente erigida en el centro de los Jardines Poxxley. Mili recordó que había sido descubierta en un acto oficial pocas semanas antes. Era obvio que la instantánea se había tomado desde cierta altura, pues el rostro de piedra del señor Alcalde la miraba radiante, redondo como un plato. Varios vecinos se habían congregado al pie de la efigie para celebrar la ocasión y felicitar a Bernardo Bernardini, el escultor de la ciudad. Mili estaba a punto de arrojar la hoja a la basura, pero se detuvo al divisar algo fascinante en el fondo de la imagen. Detrás de los árboles, casi invisible, se erguía una grandiosa casa de cuatro chimeneas. La niña había pasado incontables ratos de ocio vagando por los Jardines Poxxley o leyendo bajo sus robles centenarios, y conocía el robledal como la palma de su mano, de ahí su asombro: lo que esa foto mostraba no se parecía a nada que hubiera visto hasta entonces. A diferencia de las

modestas casas grises de Villacana, esa se distinguía por su tamaño, su diseño y un indiscutible aire de esplendor. La mansión habría parecido acogedora, si no fuera por la hilera de plantas negras y espinosas que bordeaban la calzada.

Hasta donde Mili era capaz de intuir, la noble casa solariega se encontraba en el preciso lugar donde los Jardines Poxxley se perdían entre los densos bosques que marcaban el comienzo de los Territorios Prohibidos, unos páramos desolados y peligrosos sobre los cuales se advertía muy seriamente a todos los niños villacanenses. Quien se adentrara en ellos se exponía a caer en manos de bandidos implacables o fieras salvajes y a no salir jamás. ¿Quién en su sano juicio querría construir una casa allí? ¿Y cómo era posible que su existencia hubiera pasado inadvertida durante tanto tiempo? Este descubrimiento no podía achacarse a una simple coincidencia. «Tal vez sea yo la destinada a hallarla», dijo Mili en su fuero interno. Mientras regresaba a casa, el corazón le palpitaba a punto de salirse del pecho y sentía un hormigueo por todo el cuerpo a causa del pánico y la expectación. El descubrimiento la había emocionado tanto que por un instante olvidó la prohibición de gritar en la calle.

—¡Papá! —aulló al entrar como una exhalación.

Su padre apartó la mirada inexpresiva del fregadero que estaba restregando.

—¿Hummmm? —se limitó a responder.

—¿Quién vive en la casona de los Jardines Poxxley? —La niña plantó el periódico ante los ojos de su desconcertado padre.

—¿Qué casa? ¿Los Jardines Poxxley? Eso es propiedad pública; allí nunca se ha edificado ninguna casa.

—¡Pues mírala! Aquí está, en esta foto.

Su padre meneó la cabeza.

—Debe de haber algún error. Mili, cielo, ¿no ves que estoy ocupado en un proyecto de suma importancia? ¿Por qué no sales a jugar un rato con Pestoso? —Agitó una mano como si quisiera quitársela de encima—. Anda, vete.

La muchacha se indignó y salió de la casa dando un portazo para luego cruzar la plaza de la Pimienta a grandes zancadas. Sólo había una persona capaz de comprenderla o, al menos, dispuesta a analizar su descubrimiento. Ernesto vivía a pocas calles de distancia, en el Callejón de la Baratija. La niña notó que la gente la miraba con suspicacia mientras se encaminaba hacia allí y de pronto comprendió el motivo: lucía un ceño tan feroz que habría ahuyentado al peor de los monstruos. En Villacana se consideraba de mala educación no sonreír como un tonto cuando se

estaba en un sitio público, y esa costumbre estaba recogida en el Código de Conducta villacanesa. No pretendo decir que sonreír como un necio fuera obligatorio, pero se instaba a los ciudadanos a mostrar un semblante alegre en todo momento.

Al llegar a casa de Ernesto, Mili llamó con sigilo a la ventana de su dormitorio con la yema de un dedo a fin de no molestar a la señora Periclavo, una dama extremadamente sensible a toda clase de ruidos que vivía para infligir juegos de silencio a sus hijos. Para los Periclavo la diversión en familia consistía en eso; por lo general se recompensaba al ganador a la hora de cenar con una segunda porción de compota de manzana o pudín de pera. La ventana se abrió en silencio al cabo de un breve intervalo. Mili entró por la abertura y encontró a Ernesto sentado en su cama, con las piernas cruzadas, clasificando con meticulosidad su colección de piedras de río, con los rizos castaños caídos sobre la frente; de vez en cuando se los apartaba con un gesto de fastidio.

—¡Hola! —saludó Mili alegremente. Ernesto gruñó a modo de respuesta—. ¿Qué opinas de esto? —Le entregó la página maloliente. Él enarcó las cejas e hizo una mueca de asco, pero no dijo nada. De pronto comenzó a arrugar el entrecejo. Irguió la espalda y estudió la foto con los ojos entrecerrados, inclinándola hacia un lado y luego hacia el otro.

Primero puso cara de confusión; luego, de perplejidad—. ¿Qué piensas? —le instó su amiga.

Pero el interpelado seguía encerrado en su mutismo. Aunque el silencio era algo que fastidiaba muchísimo a Mili, mantuvo la boca cerrada. Al fin, el niño se levantó de la cama para llevar el periódico a su escritorio; allí lo puso bajo un cristal de aumento.

—¡Hala! —exclamó al mirar por la lente—. Ven a ver esto, Mili.

—Ya lo he visto —le espetó ella—. Te lo he traído yo, ¿recuerdas?

—¡Por las tortas voladoras, Milipop, te digo que mires la aldaba!

Mili se quedó sin respiración al fijarse en el detalle. Parecía un objeto común y corriente, salvo por una diferencia pasmosa. Más sorprendente aún que el tamaño y la localización de la casa era una pequeña mota cromática: el llamador de la puerta. El uso de ese color acarreaba el más grave de todos los castigos: la desaparición... Los únicos llamadores permitidos en Villacana eran los de bronce, ¡y ese era *rojo*! Ni siquiera era marrón, sino bermejo, como un camión de bomberos.



A los pocos minutos, Ernesto se encontraba suspendido en el aire como un trazo horizontal, sin dejar de aferrarse con desesperación al poste de su cama mientras su compañera lo mantenía sujeto por los tobillos y tiraba de un modo implacable.

—¡Nooooooooo! —chilló él—. ¡No iré, Mili! ¡Está maldito! ¿Alguna vez has visto una aldaba roja?

—¡Venga, Ernesto! ¡Nunca hacemos nada interesante!

—No pienso arriesgarme a que se me pongan las orejas de punta o me salgan pelos en los nudillos sólo porque tú quieras jugar a detectives.

Este diálogo podría haber resultado bastante cómico si no fuera porque la situación estaba a punto de entrar en un giro más serio. Desde luego, Mili no veía más que un estímulo apasionante en la idea de invadir una zona prohibida para buscar una casa con llamador rojo. Al fin y al cabo, oportunidades así no se presentaban todos los días; pero tal como resultaron las cosas, habría debido prestar más atención a la aprensión de su amigo.

Ernesto soltó con resignación el poste de la cama cuando temió que estaba a punto de arrancarle los pies y se estrelló contra el suelo en una posición carente de toda dignidad. La muchacha, triunfante, fue de un lado a otro y metió todo cuanto juzgó de utilidad en la mochila de su amigo, que rezaba: «Tres vivas por Villacana». Se sentía muy a sus anchas en el dormitorio de Ernesto, aunque le recordara a un museo. El sol entraba a raudales por las altas ventanas y desde sus marcos polvorientos la miraban los semblantes de exploradores célebres. Aunque el chaval era estudioso y destacaba en todas las asignaturas, su gran pasión eran las piedras. En las paredes se alineaban inmaculadas vitrinas donde exhibía sus especímenes más apreciados, a salvo de dedos entrometidos y pegajosos. La favorita de Mili era la vitrina de las piedras preciosas. Le complacía porque contenía gemas de nombres románticos: lapislázuli, amatista, cuarzo rosa y hematites gris plata. Imaginaba que cada una tenía un poder diferente, lo cual siempre resultaba de la mayor utilidad cuando una aventura tomaba mal cariz.

—¡Que me empañas el cristal! —gimió Ernesto, al verla rondar la vitrina.

Ella puso cara de pocos amigos, le arrojó los zapatos y aguardó con impaciencia a que él se calzara. Se echó al hombro la bolsa de pertrechos y salió por donde había entrado en cuanto el muchacho pasó los cordones por todos los ojalillos. Ernesto la

siguió con gesto sombrío y ánimo vacilante, murmurando algo sobre malos presagios, fatalidades y el fin de la vida tal como la conocían.

El sol estaba a punto de ocultarse en el horizonte cuando la pareja llegó a la entrada de los Jardines Poxxley; cuyas puertas de hierro forjado se habían cerrado ya.

—Entremos —dijo Mili con la voz más segura que pudo emitir.

Pero Ernesto era de los que son capaces de hallar un millón de riesgos posibles en algo tan simple como destapar una botella de soda, y no compartía su entusiasmo.

—Lástima que no se nos haya ocurrido traer abrigo —se lamentó—. Está refrescando mucho. Pues mira, casi voy a por ellos corriendo. No te preocupes, que te alcanzaré en un momento.

Ella le aferró con firmeza por un brazo y le arrastró al otro lado de las puertas. Estaban dentro de los Jardines Poxxley.

Como llevaban ya un rato vagando por los senderos serpenteantes sin haber encontrado nada, el chaval empezó a dar muestras de cansancio y malhumor.

—Oye, Mili, esa casa no existe.

—Sólo quiero echar una miradita al otro lado de esa curva —replicó ella, tolerante.

Ernesto dejó escapar un quejido. Lo que se veía delante era igual a lo que habían cruzado pocos minutos antes.

—Estamos caminando en círculos —refunfuñó, pero ella ya le había dejado atrás y se perdía de vista.

El chico permaneció clavado en su sitio a modo de protesta y siguió a su amiga con una mirada furiosa hasta que sólo se oyó el leve crujir de los zapatos en la gravilla. Si a Mili eso le parecía divertido, él, francamente, tenía cosas mucho mejores que hacer. Para empezar, había cuatro especímenes de cuarzo recién adquiridos que aún debía examinar, rotular y catalogar; pero cuando se oyó el primer grillo cobró súbita conciencia de que estaba solo en la creciente oscuridad de un área de recreo pública, a una hora prohibida, y corrió detrás de la niña.

Enseguida encontró a la muchacha, con la cabeza gacha, inspeccionando las frondas que se desbordaban hacia el sendero.

—Mira estos helechos —susurró ella. Ernesto, aún resentido por el hecho de que ella lo hubiera abandonado (así lo sentía él), apartó la vista—. Cuelgan sobre el sendero —prosiguió Mili—, pero las telarañas están intactas. Parece que por aquí nunca pasa nadie. ¡Y eso significa que estamos en el camino correcto!

—Qué bien —repuso él, inexpresivo—. Vamos a tener que buscarte algún *hobby*.

Los niños avanzaron por un sendero cada vez más estrecho y ahogado por la maleza hasta toparse con un altísimo muro de piedra que les bloqueaba el paso. Las enredaderas cubrían casi por completo la pared; en la parte superior de esta podían verse dos gárgolas acucilladas y a punto de saltar. Ernesto habría dado media vuelta muy gustosamente en ese mismo instante, pero su compañera ya estaba estudiando las diferentes opciones.

—Este muro es demasiado alto para treparlo —observó la muchacha—. Debemos buscar otra manera de entrar.

Se adelantó y empezó a palpar las piedras en busca de una abertura o una grieta a través de la cual poder echar un vistazo al otro lado, pero no había ninguna. Incluso intentó apoyarse en los hombros de Ernesto para auparse por encima del muro y lo único que consiguió fue aplastarle contra el suelo y hacerse un corte doloroso en la pierna izquierda. Estaban a punto de darse por vencidos cuando el niño divisó un tejón que olfateaba la base de la tapia.

—Mira eso. —Codeó a Mili—. ¿Qué está haciendo ese animal?

El mamífero había desaparecido de la vista cuando ella se giró para mirar.

—Probablemente corre a casa en busca de un abrigo —repuso con una gran sonrisa.

Las fosas nasales del muchacho se dilataron de pura indignación hasta adquirir el tamaño de un tapón de botella; luego se encaminó hacia el sitio donde había visto al animalito e inició la búsqueda. Mili le observó con curiosidad. Al cabo de un rato él profirió una exclamación ahogada: había encontrado una pequeña madriguera en la base del muro, oculta por la enredadera. Por suerte era lo bastante grande para que cupieran dos niños menudos si se retorcían un poco.

Ernesto pasó el primero, animado por su descubrimiento, y Mili le siguió inmediatamente después. No les importaron los rasguños de las manos ni la suciedad de la ropa ante la impresionante vista que se extendía ante sus ojos: la casa de la fotografía reverberaba como un espejismo a la declinante luz del sol detrás de los jardines enmarañados y descuidados. El edificio era mucho más imponente al natural: Mili y Ernesto no pudieron evitar sentirse empequeñecidos ante sus dimensiones. Guardaba un gran parecido con las mansiones antiguas descritas en los cuentos de hadas que leían de pequeños. Una calzada circular conducía a la puerta principal y cuatro chimeneas exhalaban vaharadas de humo de diferentes colores. En Villacana no

había ningún edificio como ese; hasta el Ayuntamiento, la edificación más ornamentada de la ciudad, resultaba modesto en comparación. Al acercarse a la entrada, los niños tuvieron ocasión de comprobar que la aldaba roja de la puerta tenía, además, la forma de una cabeza de cerdo, pero eso no era todo: sobre la puerta se leía, en letras negras con profusión de bucles, la inscripción «Casa Cebón». Delante de ellos, ante la puerta, descansaba un enorme felpudo. Debéis admitir, sin duda, que en las casas normales las alfombras de la entrada suelen tener mensajes acogedores, tales como «Bienvenido» u «Hogar, dulce hogar», pero el propietario de esta residencia había optado por un enfoque bastante distinto. El felpudo de Casa Cebón se limitaba a decir: «¡Vete!».

En un tris

ACÍA FALTA MUCHO MÁS que el mensaje hostil de una alfombra para detener a Mili.

—Deberíamos tocar el timbre —propuso con júbilo.

Ernesto no pudo contener el sarcasmo.

—¿Por qué no? Probablemente nos inviten a tomar té con pastas.

—Si hemos llegado hasta aquí, ahora no podemos echarnos atrás —declaró la niña, y alargó la mano hacia el llamador, pero...

H... antes de que pudiera cogerlo sucedió algo aún más inesperado que el felpudo con un mensaje desagradable o esa cabeza porcina: la boca del cerdo comenzó a ensancharse y soltó un vendaval tan potente que los levantó del suelo y los arrojó al prado, a varios metros de distancia, antes de que tuvieran tiempo de dar un salto hacia atrás y retroceder. Ese ventarrón continuó soplando por un tiempo que se les antojó larguísimo, durante el cual tanto Mili como Ernesto debieron protegerse el rostro con las manos a fin de evitar las punzadas de la gravilla impulsadas por la corriente.

La muchacha se puso de pie en cuanto al fin cesó aquel fenómeno y se acercó a la puerta más resuelta que nunca. Esta vez, apenas momentos antes de que su mano tocara la aldaba, el suelo comenzó a temblar debajo de ellos. Se inició como un estremecimiento, pero muy pronto la tierra se sacudía con tanta violencia que los niños debieron aferrarse el uno al otro para no perder el equilibrio. Los dos amigos llegaron a verse moviendo los pies de un modo parecido a como cuando se juega a la rayuela, a fin de no caerse por las mortíferas grietas que se abrían en el suelo circundante.

Los temblores cesaron abruptamente al cabo de un tiempo que se les hizo eterno, aunque en realidad fueron sólo unos pocos minutos. Los chicos se miraron, incapaces de hablar a causa del asombro. Ernesto apoyó una mano en el hombro de su compañera para darle a entender que tocaba iniciar la retirada. Por un momento Mili pareció a punto de cumplir sus deseos, e incluso llegó a dar la espalda a la puerta, pero en el último instante decidió lanzar un ataque por sorpresa y se lanzó de nuevo hacia el llamador.

Por la boca del cerdo brotó un rugido tan grave y terrible que los pájaros alzaron

el vuelo desde los árboles cercanos, entre chillidos de alarma. Por mi parte, os puedo asegurar que si oyera un sonido tan escalofriante como ese, pondría pies en polvorosa y no pararía hasta hallar cobijo en un sitio seguro, con gente y edificios. Pero ¡ay!, este relato no trata de mí, sino de Mili y Ernesto, que no cedieron terreno. Aunque, a decir verdad, sería más exacto decir que Mili no cedió su terreno ni el de Ernesto.

—Ahora propondrás que acampemos aquí fuera hasta que nos dejen entrar, supongo —insinuó él, irritado.

—Es una verdadera lástima, Ernesto Periclavo —replicó la niña—, que no emplees mejor ese gran intelecto tuyo.

—¿Y qué entiendes por «mejor», si puedo preguntarlo?

—¡Venga, idea un plan, hombre!

Si bien es cierto que era Mili quien ponía el arrojito en cada aventura, Ernesto era el cerebro, eso sin duda. ¡Cómo no! Imaginaos, sabía presentarse en ocho idiomas diferentes y había inventado varios códigos secretos, incluido uno basado en los antiguos jeroglíficos egipcios. En ese momento su mente científica entró en actividad. El niño bajó por la calzada, a grandes pasos decididos, y miró a su alrededor con atención.

—¿Qué haces, pitagorín? —bufó Mili.

—Pues mira, cerebritito: estoy buscando el buzón. Los buzones y los cubos de basura suelen revelar muchísimas cosas sobre la gente.

El buzón no fue tan fácil de hallar: era una columna decorativa instalada junto a la calzada, a poca distancia de la casa.

—¿Y qué te dice este, Nancy Drew^[2]?

—Quien vive aquí ha puesto en su buzón una pegatina: «No deje correo basura» —explicó Ernesto, como si se dirigiera a un crío muy pequeño—. Ya sabemos que el correo basura anuncia chollos y mercancía de segunda mano. El propietario de esta mansión debe de ser bastante rico, puesto que no necesita comprar barato.

Mili lo miró como si no entendiera nada.

—Te explico —continuó su amigo—: La gente adinerada está habituada a las comodidades y detesta salir de su casa. O mucho me equivoco o debería haber una llave de repuesto escondida cerca de aquí. Con ella podremos entrar en la casa; tan sencillo como zamparse un merengue. Basta con dar con la llave.

—Además, la gente adinerada suele tener poca imaginación —añadió Mili de forma competitiva—. Debemos buscar en los escondrijos más obvios.

Los dos amigos desviaron la vista hacia la alfombrilla mientras hablaban y echaron a correr hacia allí, donde, rodilla en tierra, levantaron el felpudo por los aires para llevarse la decepción de no encontrar absolutamente nada en el limpio rectángulo de piedra. Ernesto miró mejor, por si la llave fuera tan pequeña que les hubiera pasado inadvertida a simple vista; su amiga había desviado su atención hacia un tiesto de arcilla vacío, situado detrás de un arbusto bien cuidado, lleno de primorosas flores de color crema. El tiesto era un sitio tan apto para esconder una llave que, en sus ansias de alcanzarlo, Mili metió el brazo dentro del arbusto de flores, que resultaron ser venenosas.

Una docena de espinas negras como el regaliz brotaron del centro de cada flor en cuanto los dedos de Mili entraron en contacto con los pétalos y de inmediato alancearon el antebrazo de la niña. Esta dio un alarido de espanto y se apartó del arbusto. Ernesto también gritó, pues, en realidad, no se le ocurría ninguna otra cosa que pudiera hacer.

—¿No has reconocido esa planta? —inquirió, presa del pánico—. Es una Devoradora. ¡Su veneno es tan mortífero que mata a sus víctimas en menos de diez minutos!

Mili estaba demasiado angustiada para responder. Lo que hizo fue derrumbarse a los pies de Ernesto y empezar a reflexionar sobre su vida, tan breve y poco interesante.

—Espero que avises a mi familia —pidió. El niño le chistó para que se callara y se puso a murmurar para sus adentros como loco—. Qué noble de tu parte —prosiguió ella—. Tu mejor amiga se muere y ni siquiera quieres prestar atención a sus últimos deseos.

—¿Quieres callarte, Mili? Creo que está a punto de ocurrírseme algo. Fue mi tía Pimpollo quien me advirtió lo de la Devoradora. La medicina tradicional no sabe de ningún antídoto, pero ella es botánica y ha estado buscando una cura. Tía Pimpollo no está segura de su efectividad, pues aún no se la ha sometido a las pruebas necesarias, pero en este caso vale la pena intentarlo. Si al menos pudiera recordar qué era...

Con la cara fruncida en un gesto de concentración, se dejó caer junto a la niña, que ya estaba entrando en las primeras etapas del delirio.

—Mira —comentó entre risitas, señalando una mariquita que se le había posado en la pierna—. ¿Crees que ella también tiene un nombre y una familia, Ernesto? Una familia con tíos, primos y bisabuelos...

Su amigo no consideró que esa memez mereciera respuesta. Además, seguía devanándose los sesos en busca del posible antídoto que su tía Pimpollo le había revelado. Entretanto, Mili gateó hasta un cuadro del jardín y se despatarró en una zona de tierra donde había un extraño diseño de anillos azules y purpúreos. Ernesto se levantó para ir en su busca, pero se detuvo en seco al ver aquellos aros luminosos.

—¡Higlopung! —gritó, en tanto saltaba treinta centímetros en el aire—. ¡Ahora lo recuerdo! El único antídoto para el veneno de la Devoradora es la destilación de los jugos gástricos del gusano higlopung, pero no tenemos tiempo para eso. Tendrás que tragarte algunos así, enteros.

Mili, aturdida, le vio lanzarse de rodillas y empezar a escarbar en el cuadro, lanzando grandes terrones de tierra grumosa hacia todos lados. Muy pronto asomó apenas una cabeza azul, viscosa. Tenía el grosor de un pulgar, ojos saltones y bigotes rojizos. El cuerpo abotagado del higlopung era del color del queso enmohecido, con una telaraña de finos capilares. La bestezuela torció la cabeza con cara de malhumor, lo cual hizo que las excrecencias de su coronilla se arrugaran de una manera muy poco halagüeña.

Por si no has tenido la suerte de que tu profesor de geografía fuera un explorador, tengo el deber de informarte de que el insólito gusano higlopung es originario de las remotas montañas de Higlopunglia, donde figura entre los animales excluidos de la cadena alimenticia. En Higlopunglia se venera a ese gusano por sus poderes curativos y nunca se lo arranca violentamente de su hogar subterráneo. La única persona a quien le fue concedido el privilegio de actuar así fue al gran rey Compost Tercero, y sólo por muy buenos motivos.

Ernesto, con una exclamación triunfal, tiró del higlopung y se lo ofreció a Mili.

—¡Cómetelo ya! —le urgió—. Es la única manera de neutralizar el veneno.

—¿No bastará con frotarlo en las heridas? —preguntó ella. La sola idea de tragar ese gusano que se retorció la había devuelto inmediatamente a sus cabales. Pero el chico se mostró inflexible.

—No, no —dijo, mientras arrancaba del suelo otro higlopung—. Debes comértelos. Creo que con tres bastará.

Aunque Mili no era remilgada, le parecía inconcebible eso de masticar y tragar a una bestezuela de aspecto tan repulsivo.

—Creo que no podré.

—No es necesario que los mastiques —la tranquilizó Ernesto—. Echa la cabeza

atrás.

Aunque de mala gana, hizo lo que se le ordenaba. Antes de enterarse de lo que ocurría, su amigo le había metido los gusanos en la boca abierta y ya se le escurrían por la garganta.

Tras varios momentos muy largos y muchas arcadas, las espinas negras que tenía clavadas en el brazo cayeron a tierra y los pinchazos que habían dejado cicatrizaron sin dejar huella. Mili se volvió hacia Ernesto, sorprendida de verle preocupado en vez de jactancioso.

—¿Ha funcionado? —preguntó él.

—Tendré que dar las gracias a tu tía Pimpollo —reconoció Mili, dócil.

Ernesto, con una enorme sonrisa, se arrojó hacia ella para abrazarla, lleno de alivio. Como la niña no estaba habituada a recibir de él demostraciones tan emotivas, lo único que logró contestarle fue un cortés «gracias».

El sol ya desaparecía tras Casa Cebón como una bola de fuego. Pronto oscurecería y les sería imposible encontrar el camino de regreso. Además de sufrir los embates de un vendaval y de violentos bramidos, habían estado a punto de ser tragados vivos y de morir envenenados. Hasta la valiente Mili reconoció que era hora de volver a casa.

Cuando llegaron a la madriguera de la pared, ya arrodillados para arrastrarse por ella, se giraron para echar un último vistazo a la mansión. Les pareció que los ojos de la cabeza de cerdo chisporroteaban y se abrían más. Unos fieros globos oculares, inyectados de sangre, se clavaron en ellos por un instante; luego recobraron la inmovilidad de la piedra. Tanto Mili como Ernesto hubieran jurado que eran imaginaciones suyas, pero lo cierto es que no podían quitarse la inquietante y molesta sensación de haber sido vistos.



En tanto marchaban por las calles desiertas hacia la plaza de la Pimienta, Mili reflexionaba sobre los extraños acontecimientos de esa tarde. Tenía la certeza de que iba a regresar a Casa Cebón. De hecho planeaba ir al día siguiente. Al ver que la cabeza de marrano cobraba vida, había sentido más curiosidad que miedo. Ernesto opinaba que ya tenía suficiente desafío con los deberes de trigonometría; obviamente deseaba dejar atrás ese infortunado episodio. Pero Mili se había pasado la infancia

inventando villanos más espantosos que los de cualquier libro de cuentos, para luego buscar maneras ingeniosas de derrotarlos. Sus malvados tenían ciegos ojos blancos que te perforaban el cráneo. Manos negras cubiertas de sangre seca. Uñas amarillas afiladas como puñales y arqueadas sobre los dedos, ansiosas de tallarte su emblema en la piel. Estos villanos escondían armas en las mangas y en las botas; todos los días se daban un banquete con los niñitos que se perdían después del anochecer. Y Mili, en sus juegos, había derrotado a muchos de ellos. Por tanto, como bien podéis imaginar, no iba a preocuparse mucho por un llamador temperamental.

Al llegar a su casa entró por la ventana del cuarto de baño, que siempre quedaba abierta por si se presentaba una emergencia. Mientras se escurría hacia su dormitorio pisó un papel que había en el suelo, junto a la puerta, y resbaló hasta caer dentro del ropero. Se levantó, soltando tacos por lo bajo; era de esperar que el ruido no hubiera despertado a su familia. Cuando estaba a punto de ponerse el camisón se fijó en el papel, que seguía caído en el suelo, y fue a recogerlo. Entonces vio que se trataba de un sobre, con su nombre pulcramente impreso en el frente, en letras muy formales. Cada vez más atemorizada, rasgó el sobre y leyó:

Por orden del Alcalde de Villacana, queda arrestada por perpetrar los siguientes delitos:

1. Estar fuera de casa después de las 16:00 horas.
2. Violación de la propiedad privada.
3. Gritar en la calle.
4. Consumo de medicamentos no autorizados.

Esta noche, exactamente a las 20:15 horas, se te retirará de tu domicilio.
Toda resistencia es inútil.

Mili clavó una mirada de incredulidad en aquella nota. Los habían visto, a ella y a Ernesto, y ahora iban a arrestarlos. Echó un vistazo al reloj; eran las 20:05. ¡Qué desastre! Debía despertar a su padre. No; él no lo entendería. Debía hablar con Ernesto.

Garabateó apresuradamente una nota para el señor Zuecos y la deslizó por debajo de la puerta de su dormitorio. Saldría del aprieto por sus medios. ¿Cómo exactamente? Eso tendría que resolverlo después.

Los cautivos de Casa Cebón

UN ENORME VEHÍCULO GRIS llegó a las ocho y cuarto en punto, ni un segundo antes. Mili lo estaba esperando en la acera; la puerta trasera se abrió sin ruido y esperó a que ella subiera. Quizá os preguntéis por qué la muy tonta no hizo las maletas y escapó en cuanto hubo recibido la carta. Veréis: no hay adónde huir ni dónde esconderse en Villacana. No importa en qué remoto rincón de la ciudad te refugies, siempre te localizarán.

Cuando Mili subió al coche, Ernesto ya estaba en el asiento trasero, encorvado y triste, con la cabeza apoyada en las manos; de vez en cuando se le escapaba un gemido. Una mampara de cristal tintado separaba los asientos traseros de los delanteros. Mili no podía ver al conductor, pero, aun así, tenía la sensación de que este podía observarlos.

—¿Te encuentras bien? —susurró.

Lentamente Ernesto se giró hacia ella; un araño mellado le cruzaba la mejilla izquierda de arriba abajo.

—He intentado huir.

Se le veía tan indefenso allí sentado, con la cara surcada de lágrimas y las manos trémulas en el regazo, que Mili sintió una punzada de compasión con sólo mirarlo.

—Esto es indignante —replicó, rabiosa—. Se nos acusa de delitos que no hemos cometido. ¿Qué significa eso de «medicación no autorizada»?

—Los gusanos higlopung —respondió Ernesto, lúgubre.

—Ah.

De pronto la niña se sintió abrumada por los remordimientos. ¡Todo era culpa suya! Su amigo no quería ir a los Jardines Poxxley, pero ella lo había obligado con halagos y amenazas. Una cosa era meterse ella en dificultades, y otra muy distinta arrastrar al pobre Ernesto. En ese preciso momento Mili decidió conseguir que ambos se liberasen; lo haría por Ernesto Periclavo, su único amigo y compañero de verdad. Alargó las manos para coger la del chico y la estrechó con fuerza. Justo en ese instante el coche viró en una curva cerrada y se detuvo con suavidad.

Les abrió la puerta un hombrón cuyos músculos abultados recordaban a los melones por su redondez. Mientras los niños bajaban, Mili notó de inmediato que no parecía muy malvado: sólo aburrido. Una poblada barba negra le cubría el mentón. La

mandíbula prominente y los largos brazos bamboleantes le daban un aspecto simiesco. Al mirar más allá de su carnoso custodio, Mili reconoció al instante el sitio donde estaban. Las primorosas flores amarillas, la serpenteante calzada de gravilla, el llamador rojo: ¡estaban nuevamente en Casa Cebón!

Periclavo se quedó boquiabierto al reconocer también el lugar, y tuvo que morderse el labio inferior para no romper a llorar. Mili, por el contrario, sentía una mezcla de curiosidad e indignación. Abrió la boca para preguntar cómo era posible que el coche hubiera atravesado el muro de piedra, pero la cerró otra vez al notar que antes habían llegado desde otro lado; la calzada se curvaba hacia la parte posterior de la casa, donde debía de haber otra entrada.

—Seguidme y no intentéis ninguna tontería —gruñó el hombre, en tanto los empujaba hacia la puerta principal.

Mili era incapaz de resignarse ante ninguna circunstancia e intentó escapar, pero el gigantón se limitó a alargar la mano, cogerla y echársela al hombro, como si la niña no pesara más que una bolsa de merengues.

—¡Bájame, tú, cacho de morcilla! —gritó ella, retorciéndose entre sus manos—. ¡Ya verás cuando mi padre se entere! El secuestro es un delito muy grave. Te has metido en grandes problemas.

—Esto no es un secuestro; es un arresto —le corrigió sin inmutarse el hombre de rostro pétreo.

Dejó en el suelo a la muchacha cuando llegaron a la altura de la puerta. El adulto hurgó con torpeza en el bolsillo hasta sacar un delicado pulverizador de cristal azul con forma de vial. Roció la zona alrededor de la cerradura con una fragancia acre y la puerta se abrió instantáneamente.

El hombre los empujó hacia dentro. Los chicos se encontraron de pie en un vestíbulo del tamaño de un campo de fútbol. En los muros había retratos con marcos de oro y cabezas de ciervos cornudos. La luz atravesaba las telarañas polvorientas y proyectaba sobre el suelo de mármol formas fantasmagóricas similares a un tablero de damas. Al piso alto se llegaba por una amplia escalera con balaustradas de hierro forjado en forma de cocodrilos. Una maraña de pasillos salía de ese vestíbulo en todas las direcciones. Los corredores se retorcían y giraban de una manera verdaderamente enloquecedora. Algunos se prolongaban más allá de la vista y tenían a los lados hileras de puertas espejadas. Mili abrió mucho los ojos al recordar las dimensiones exteriores de la casa: era grande, pero no tanto. Aquello era un laberinto.

—Imposible —susurró.

—Debe de ser una especie de ilusión óptica —musitó Ernesto a modo de respuesta.

—¡Silencio! —bramó el hombre, y los empujó hacia la escalera.

En vez de subir por allí, como ellos esperaban, los hizo pasar por debajo; se detuvieron frente a unos cortinajes de terciopelo verde. Con un gruñido, el hombre a quien Mili había apodado Cacho de morcilla, a causa de sus brazos gruesos y rojizos, apartó las cortinas, dejando a la vista un pequeño ascensor de aspecto bastante sucio.

—Disculpe, señor... —musitó Ernesto, cuya voz apenas era audible.

—Me llamo Tendón —informó el hombre, gruñón.

—Claro, sí, disculpe, señor Tendón, ¿podría preguntarle el propósito de nuestra visita?

Tendón puso cara de confusión. Por un momento arrugó aquella frente tan similar a la de un cromañón, pero de inmediato ladró:

—¡Adentro!

Señaló con un gesto las puertas abiertas del ascensor. Obviamente no iba a ser tarea fácil entablar conversación con él.

Mientras iniciaban el matraqueante descenso, Mili aprovechó la oportunidad para estudiarle con mayor atención. Había algo extraño e imposible de identificar en los ojos del hombretón. Luego cayó en la cuenta de que, en vez de la mirada vacía que estaba habituada a ver en los vecinos de Villacana, las pupilas de Tendón centelleaban de emoción. Si las mirabas, podías leerle los pensamientos con tanta claridad como si fueran las páginas de un libro. En ese momento la observaba con suspicacia. Era realmente asombroso. Por debajo del pánico que le causaban su arresto y la posibilidad de no ver a su familia nunca más, Mili no podía negar una diminuta chispa de entusiasmo. ¿Qué otros descubrimientos harían dentro de la mansión? ¿Qué secretos se ocultarían tras sus puertas irradianes? Ya se imaginaba jactándose ante sus compañeros de escuela de haber derrotado a un ogro cuyos ojos eran como lámparas encendidas, pues estaba segura de que la inteligencia de Tendón no guardaba proporción con su tamaño.

Ernesto, por su parte, se preguntaba si allí se estaría haciendo algún descubrimiento científico que él tuviera la suerte de presenciar. Ambos vieron sus esperanzas hechas trizas cuando, al salir del ascensor, se encontraron en el irregular suelo de tierra de una mazmorra subterránea.

El fondo del sótano era húmedo, y las vigas del techo, tan bajas que Tendón apenas podía mantenerse erguido. Unos braseros fijados a una pared iluminaban la oscuridad y dejaban ver una hilera de celdas que más bien parecían jaulas. Tendón los empujó hacia el interior de la más cercana y echó llave a la puerta con el pulverizador de cristal.

—Esta noche dormiréis aquí —les espetó burlón a través de los barrotes—. Mañana os presentaremos a una gente especial.

Y con una última sonrisa de idiota, que él creía aviesa, se marchó.

«Os presentaremos a una gente especial». A Mili no le gustaba el tono con que lo había dicho. Se parecía demasiado a una amenaza.

La niña, exhausta, se dejó caer junto a su amigo en el tosco suelo de tierra. En un rincón había dos desvencijados taburetes de madera, pero no parecían lo bastante estables para soportar el peso de un cojín, mucho menos de un chico. La celda no tenía ventana; era húmeda y olía a cebolla. Contra una pared se veía un montón de sacos; Mili supuso que debían servir como ropa de cama, aunque parecían muy ásperos. Costaba creer que poco tiempo antes, ese mismo día, Ernesto la hubiera advertido contra la casa y la aldaba roja. ¡Cuánto se arrepentía de no haberle hecho caso! Pero ya no tenía sentido lamentarse por eso: el daño estaba hecho y el tiempo no iba a volver sobre sus pasos sólo por dos niños que hubieran cometido una imprudencia. Así que se acurrucaron juntos en el duro suelo y trataron de conservar el calor. Aunque desgastadas por los sucesos del día, aquellas dos mentes aún funcionaban a toda velocidad. Ninguno de los dos hablaba; no había mucho que decir, al menos hasta la mañana. No podían hacer nada mientras no supieran quién los retenía prisioneros. Conscientes de que una buena noche de sueño era esencial para idear cualquier plan, sobre todo si se trataba de huir, ambos cerraron los ojos con decisión, pero, como ya imaginaréis, no pudieron dormir ni un segundo...



... y los chicos estaban tiesos como tablas y les dolía todo el cuerpo cuando Tendón regresó a primera hora de la mañana. El hombre no prestó la menor atención a sus quejas y lamentos y los guio hacia la pared más distante, donde había pintado un mural en el cual estaban representadas las ruinas de un antiguo anfiteatro, con sus

arcadas, columnas y gradas. La pintura mural había pasado inadvertida a los dos amigos cuando llegaron al sótano la noche anterior. Había algo fuera de lugar entre las piedras rotas: dos tronos tapizados de terciopelo azul marino, situados en una plataforma en el centro de la arena. Tendón salpicó la pared con el contenido del vaporizador y el muro se plegó como un abanico. El anfiteatro cobró vida con un solo cambio: la presencia de dos individuos de atuendo extraño, cómodamente instalados en los tronos.

Tendón condujo a Mili y a Ernesto hacia la plataforma y las dos figuras entronizadas. En ese mismo momento varios cientos de presos entraron arrastrando los pies por la arena, azuzados por un puñado de siluetas encapuchadas, cubiertas de pies a cabeza por unas túnicas rojas. Había entre ellos abuelos, madres, padres y hasta niños pequeños. Mili observó a los cautivos y no tardó en reconocer a algunas de aquellas caras sucias y miserables, que le sostenían la mirada. Todas eran personas que, en algún momento, habían desaparecido misteriosamente de Villacana.

Cerraba el grupo el anciano señor Mulberry. Mili le recordaba a la perfección: era el relojero de la localidad, y siempre recibía con agrado la visita de los niños sociables. Le costó reconocerlo, pues había envejecido de un modo terrible. Tenía el rostro grisáceo y lleno de arrugas, pero, aun así, parecía estar muy decidido.

Frente a él distinguió a un niño delgado, de unos quince años, cuyos penetrantes ojos verdes le resultaron extrañamente familiares. Aunque reconoció a varios más, por el momento no era capaz de identificarlos.

Su mirada se detuvo en una mujer situada al frente de la multitud. Aunque tenía la ropa mugrienta y el pelo apelmazado como todos los prisioneros, sus ojos se mantenían desafiantes. Mili se sobresaltó al comprobar que la mujer le sostenía la mirada. «No tengas miedo», parecían decir sus ojos, y la niña creyó entrever una sonrisa fugaz en sus labios, antes de que se volviera hacia otro lado.

—¿Qué está pasando? —murmuró a Ernesto al ver que un hombrecillo raro, vestido de juglar, descendía del palco por una cuerda.

Un empujón de los gruesos dedos de Tendón los disuadió de intentar cualquier otra comunicación. El hombrecito se llevó una trompeta a los labios y por la arena resonó una marcha real. Cuando hubo terminado se irguió en toda su estatura, que era escasamente superior a la de Mili, y anunció con ostentuosidad:

—La señora Alba Aurora Alcalde.

Se levantó la mujer bajita y regordeta que hasta entonces había estado sentada en

uno de los tronos, erguida como un maniquí. Era la viva imagen de la riqueza y el privilegio. Todo en ella sugería redondez, desde las mejillas de manzana hasta las pantorrillas, que parecían jamones de Navidad. Después de saludar al pequeño grupo con un regio movimiento de la mano, les sonrió desde la distancia.

—El señor Aldo Alberto Alcalde —voceó el pequeño juglar.

Se incorporó un hombre de constitución corpulenta. Tenía las mejillas rubicundas y lucía un mostacho de morsa. Todo el mundo hizo una reverencia cuando las dos figuras estuvieron de pie; la de Tendón fue tan pronunciada que a Mili no le habría extrañado verle rodar por el suelo. Los niños observaron a la pomposa pareja con un parpadeo de incredulidad. Habían tardado varios segundos en identificar las caras familiares del señor Alcalde y su esposa: se los veía tan diferentes de la imagen que proyectaban en público que resultaban casi irreconocibles. Él no llevaba su descolorido traje de siempre, sino una mezclanza de colores compuesta por una chaqueta púrpura y dorada, medias verdes y botas de goma amarillas; el pelo rojizo de punta salía desmandado en todas las direcciones, asomando por debajo del sombrero de pirata. Su esposa, junto a él, lucía un vaporoso vestido de baile, que se henchía a su alrededor, y unas mullidas mulas de color rosa. (No me refiero al animal de carga cuando uso el término «mulas», sino a otra acepción: un calzado que deja a la vista el talón). Además se había engalanado con unos guantes de rejilla plateados, y un enorme lazo de satén sujetaba sus rizos dorados. Mili se habría echado a reír si no estuviese tan abrumada por el espectáculo que tenía lugar ante sus ojos.

—¡Milipop Zuecos y Ernesto Periclavo! —exclamó la señora Alcalde, llenándose de hoyuelos—. Sed bienvenidos a vuestro nuevo hogar.

Los niños estaban demasiado estupefactos para responder o reaccionar. Tendón parecía cada vez más enojado por su falta de reacción y acabó por empujarlos para hacerlos avanzar.

Los Alcalde bajaron de su plataforma y caminaron sin prisa alrededor de los chicos. La dama observó a Mili a través de unos binoculares de ópera. Sonreía y luego fruncía el ceño, como si intentara resolver algo. Entretanto, el señor Alcalde inspeccionaba a Ernesto de pies a cabeza, tal como lo habría hecho con un perro premiado en una exposición canina.

—Un poco flaco —fue su veredicto.

Mili y Ernesto repararon en algo peculiar mientras los Alcalde se movían en círculos. Una especie de fantasma se movía con ellos. La primera reacción de los

niños fue una exclamación ahogada. Los dos se agacharon para protegerse: Ernesto, pensando que un murciélago se había lanzado en picado desde algún dintel de piedra; Mili, convencida de que un demonio de ultratumba quería secuestrarlos. Pero no era ni lo uno ni lo otro.

Apareció otra vez cuando la señora Alcalde levantó una mano para examinar los lustrosos rizos de Ernesto. Una brizna oscura, informe, imitó su gesto. La cosa desapareció cuando la mujer entró en una zona de penumbra, pero al regresar a la luz de las llamas, aquello bailaba en torno a ella como si estuviera vivo. Cuando el señor Alcalde salió a la luz sucedió lo mismo: una larga voluta ondulaba a su lado encima de las losas. Aunque era negra y carecía de forma, no cabía duda de que formaba parte del señor Alcalde, tal como la trompa es parte del elefante.

—Se llaman «sombras» —ronroneó su esposa, con aires de superioridad, al reparar en la expresión nerviosa de los chicos.

—¿Sombras? —repitió Mili con un hilo de voz.

—¿No las habías visto nunca? No, supongo que no. Es difícil ver algo si no sabes siquiera que existe. Y esos —señalaba a los personajes vestidos de rojo, con un gesto perezoso de la mano enguantada— son los Guardianes de las Sombras.

La niña iba a preguntar qué era una sombra exactamente, cuando la señora Alcalde prosiguió:

—Supongo que no tenéis idea de por qué estáis aquí.

Mili y Ernesto no respondieron, pues esperaban recibir una explicación, pero no se les dio ninguna.

—¿Sabéis cuál es el castigo para los graves delitos que habéis cometido? —Los niños sintieron que se les humedecían las palmas de miedo. La mujer sonrió con dulzura—. Ahora os declaro prisioneros de Casa Cebón.

Si alguna vez os habéis encontrado en una situación parecida a esta, sin duda sabréis que toda amenaza suena aún más amenazadora cuando se pronuncia con una sonrisa en los labios. Y la señora Alcalde sonreía de oreja a oreja, como el gato de Cheshire.

Una picazón de color rosa

A SEÑORA ALCALDE HABÍA LLEVADO la voz cantante hasta ese momento, lo cual dejaba poco lugar a las dudas de quién cortaba el bacalao en esa relación. Su esposo debió darse cuenta de la situación, pues de pronto pareció cobrar vida y tosió audiblemente para concitar la atención de su público.

L—Como prisioneros de Casa Cebón —empezó mientras dirigía la mirada hacia Mili y Ernesto— trabajaréis para pagar vuestra manutención. Se os asignarán determinadas tareas y se os proporcionará ropa de trabajo, que deberéis usar en todo momento. No dejéis que os engañe mi gallardo encanto. Os aseguro que toda violación de las normas de buena conducta será castigada con la mayor severidad.

La señora Alcalde le sonrió con suficiencia, le tomó del brazo, lanzó una mirada de desprecio a los cautivos e hizo ademán de marcharse con su esposo; pero apenas había dado dos pasos cuando el tacón de aguja se trabó entre dos adoquines, haciéndole tropezar y perder una de las mulas. El señor Alcalde se lanzó al suelo para soltar el tacón trabado en cuanto lo vio, un gesto muy caballeroso, aunque se dio tal porrazo que estuvo a punto de abrirse la cabeza.

—Ya está arreglado, aquí tienes, Ornamento de mi Vida.

Ella volvió a meter el pie regordete en la primorosa zapatilla y reanudó su imperial partida. Mili la siguió con la vista, sin poder evitar que la señora Alcalde le recordara a un pastel de bodas ambulante.

Tendón interrumpió el hilo de sus pensamientos al depositar con brusquedad en los brazos de Mili un raído mono negro de mecánico. Ernesto contemplaba el suyo con disgusto, arrugando la nariz.

—No puedo ponerme esto —le explicó al hombrón, que parecía a punto de golpearle—. Me han aconsejado que evite los tejidos ásperos, pues agravan mis problemas de eccema.

Mili le evitó el golpe apartándole de un empujón justo en el preciso instante en que el hombre descargaba el puño.



El matrimonio Alcalde había llamado Guardianes de las Sombras a los espectros ataviados de rojo y sin rostro visible, tan altos que siempre estaban encorvados y con un aspecto parecido al de unos pajarracos con el plumaje estropeado. Sus movimientos, habitualmente lánguidos, se tomaban veloces como el rayo en cuanto percibían alguna anomalía. Escondían las manos esqueléticas en las mangas, como los monjes, y por debajo de los faldones de las túnicas arremolinadas asomaban unas feas patas de pollo. Sólo era posible verles el rostro cuando se les deslizaba un poquito la capucha, instantes durante los cuales se atisbaba un pico resquebrajado allí donde deberían tener la nariz y, en vez de orejas, unos apéndices tubulares, peludos, diseñados de tal manera que captaban hasta la más leve de las vibraciones. Los ojos, de bordes enrojecidos, parecían los de un lobo.

Esos seres espeluznantes de brazos extendidos condujeron fuera de la arena a Mili y a Ernesto. Tras atravesar un dédalo de pasillos salieron a un magnífico patio iluminado por el sol, donde aguardaban los otros prisioneros. Al observarlos, Mili notó que cada uno de ellos tenía también una voluta negra al costado. Las había corpulentas, pequeñas, gibosas y esmirriadas; cada una hacía exactamente lo que hiciera su propietario. Los niños olvidaron por un instante sus tribulaciones y rieron de placer al descubrir que sus sombras eran igual de juguetonas que ellos.

El momento de frivolidad terminó de forma abrupta en cuanto se asignaron las tareas del día. El trabajo de los chicos consistía en recoger fruta en los huertos bañados por lodosas aguas del río Sobras, que rodeaba la parte posterior de los terrenos.

Uno de los primeros descubrimientos de los dos amigos fue que la mayoría de los alimentos prohibidos en Villacana crecía en abundancia en las huertas de Casa Cebón. Había viñas cargadas de granadilla, fresas rastreras, matas de arándanos, melones galia, redondos como bobinas, uvas gordas como codos, naranjas de la China, manzanas de piel aterciopelada en vez de lisa, y cualquier otro tipo de fruta concebible. Mili y Ernesto recibieron el cometido de recoger una fruta llamada melocotón, muy abundante. ¿Era posible que esas pesadas bolas doradas, cubiertas de una superficie velluda, fueran comestibles? El aroma almibarado era tan tentador que Mili se llevó una a la boca a la primera oportunidad.

—No lo pruebes, Mili, quizá seas alérgica —le advirtió su amigo.

La ocurrencia hizo reír a la recolectora de un árbol contiguo. Era la misma que había observado antes con tanta atención en la arena, y la niña la reconoció.

—Anda, dale un mordisco. Son deliciosos —alentó a Mili—. Rápido. Ahora que nadie mira.

Mili lo hizo. El sabor le estalló en la boca; un zumo dulce y pegajoso le corrió por la barbilla y los dedos. ¡Esa fruta carnosa, cubierta de pelusa, era mucho más estimulante que las manzanas y las peras! Mili pasó el melocotón a Ernesto, que comenzó por mordisquearlo, no muy convencido, y luego lo devoró en un momento.

La novedad de cosechar fruta se acaba muy pronto cuando te obligan a hacerlo durante toda una mañana, y los niños comenzaron a cansarse tras varias horas de trajinar bajo el sol ardiente, pues el proceso era fatigoso.

Reunían los melocotones en redes que luego depositaban con suma delicadeza en unas carretillas de colores brillantes situadas más abajo. Después, unos enanos de guantes blancos y chaquetas recortadas los llevaban a las ventiladas cocinas, donde se transformarían en todo tipo de golosinas. La escena parecía sacada de una pantomima, pero no era ninguna representación, sino algo muy real, concluyó Mili en su fuero interno con abatimiento.

A mediodía les permitieron tomarse un breve descanso a la sombra de unas jojobas. Repartieron entre los cosecheros jarras de agua y trozos de un pan muy poco apetitoso, seco y duro como la piedra. Mili observó con mayor atención a la mujer que les había alentado aprobar la fruta. Era bastante joven y podría considerársela atractiva si no fuese por el cansancio que denotaban sus facciones. Unos círculos oscuros le rodeaban los ojos, que todavía conservaban un destello de la vivacidad de antaño. Una trenza gruesa y negra le caía por la espalda, entretejida con algunas hebras plateadas. La niña reparó en sus manos: las tenía finas, aunque encallecidas por el trabajo duro.

Los niños no pudieron contenerse por más tiempo una vez saciado el apetito y formularon a la vez todas las preguntas que habían ido guardando en su fuero interno. La mujer sonrió con paciencia y se presentó: se llamaba Rosie.

—Comprendo que os resulte confuso —les dijo—. Ordenar las piezas lleva su tiempo.

—¿Qué piezas? ¿Qué pasa aquí?

—Es una historia demasiado larga para contárosla ahora, sobre todo con los

Guardianes de las Sombras rondando tan cerca. Lo que puedo adelantaros es que debemos trabajar todos unidos.

—Pero ¿qué podemos hacer? —gimió Ernesto.

Rosie volvió a sonreír bondadosamente, pero no respondió de inmediato.

—Milipop Zuecos y Ernesto Periclavo —musitó, como si paladeara los nombres—. Empezaba a preguntarme cuándo repararían en vosotros dos.

—¿Cuándo repararían en nosotros? ¿Quiénes? —exclamaron los dos al unísono. Esa conversación no les estaba aclarando nada y Rosie parecía hablar en acertijos.

Una cabeza rubia asomó entre el ramaje de un arbusto cercano y saludó:

—¡Hola!

Ernesto se llevó tal susto que cayó hacia atrás.

El chaval de ojos llamativos que tan familiar le había resultado a Mili cuando lo vio en el escenario les dedicaba una ancha sonrisa desde el follaje. La niña le observó con atención. ¿De qué le conocía? Era demasiado mayor para que hubieran sido compañeros de clase; sin embargo, esos ojos glaucos y esa mata de pelo pajizo, que brotaba vertical como en un cepillo de fregar, le resultaban muy familiares. Lo que no recordaba era esa piel bronceada ni los brazos musculosos; aun así, el chico tenía un atractivo tan alegre que costaba no quedarse mirándolo boquiabierto. Al fin logró reunir la temeridad suficiente para preguntar:

—¿Cómo te llamas?

—¿No me recuerdas? —El muchacho sonrió con aire pícaro—. Soy Leo.



Condujeron a los prisioneros a sus celdas individuales nada más cenar, por lo cual no se les presentó otra oportunidad para entablar conversación hasta la mañana siguiente. Tras un temprano desayuno de gachas viscosas y tostadas quemadas, los prisioneros se reunieron en lo que llamaban «la sala común», donde se les permitía jugar a las cartas u hojear revistas viejas hasta que se les asignara el trabajo del día.

Dicha estancia no era una sala en realidad, sino un espacio vacío entre cuatro paredes. Alguien había tratado de hacerla más acogedora situando en torno a una alfombra raída divanes de terciopelo cubiertos de mugre. Un cajón de embalaje invertido hacía las veces de mesa de café. Había un fregadero y un hervidor

ennegrecido para el té. Mili y Ernesto buscaron un rincón tranquilo y, mientras charlaban en voz baja, bebieron a sorbos el té aguado de las jarritas desportilladas que les entregó Rosie. Tuvieron que conformarse con tomarlo sin leche ni azúcar. Entretanto escuchaban con suma atención las explicaciones de Rosie y Leo.

—Esto es algo que sabe muy poca gente, pero la sombra no es sólo una mancha que te sigue a donde vayas —comenzó Rosie—. Es mucho más. Es tu fuerza vital. Contiene todo cuanto hace de ti un ser único. Sin ella eres como arcilla húmeda que cualquiera puede moldear.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con el hecho de que nos hayan traído aquí? —interrumpió Mili.

—Os encontráis aquí porque a todos los villacanenses les han robado la sombra. El problema comenzó hace mucho tiempo, cuando un mago perverso fue arrebatando poco a poco la sombra de cada hombre, mujer y niño, hasta que no quedó nadie que pudiera protestar. ¿Por qué pensáis que la gente se sienta, se echa, rueda o ladra según lo ordenen los Alcaldes? ¿Nunca os ha extrañado que nadie cuestione el Código de Conducta?

—Salvo nosotros —corrigió Mili.

—Sí —concordó Rosie—. De vez en cuando alguna sombra valerosa se resiste, se niega a la separación y regresa a casa. Cuando eso ocurre, siempre van a por ti.

—¿Por qué nos toman prisioneros? —objetó Ernesto—. ¿Por qué no se limitan a llevarse la sombra?

—Resulta casi imposible desprender a una sombra que se ha reunido con su propietario —explicó Rosie—. Dicen que la separación únicamente se puede efectuar en un momento de vulnerabilidad. La primera vez se dejan engañar, pero son demasiado listas para caer de nuevo en la misma trampa. Si tu sombra consigue hallar el camino de regreso, te raptan y te encierran en estas mazmorras antes de que hayas tenido tiempo de causar disturbios.

—Eso no puede ser —impugnó Mili (en realidad, eso de «impugnar» es una manera bastante rebuscada de decir que objetó, pero resulta más adecuada para su fiera personalidad)—. Yo siempre he sido así. ¿Por qué no me arrestaron antes?

—Es que no prestan mucha atención a los chicos. —Rosie se encogió de hombros—. Son los adultos quienes ostentan el poder de deshacer todo lo que se ha creado. Vosotros dos cometisteis el error de aventuraros por los Territorios Prohibidos, igual que Leo atrajo la atención sobre su persona al no devolver el libro a la biblioteca.

—¿Y por qué no tratáis de fugaros? ¿No ayuda tener tu sombra?

—No con los Guardianes de las Sombras pululando por los alrededores —explicó la mujer. De pronto una expresión traviesa le iluminó la cara—. Pueden retenernos aquí, pero no pueden impedimos pensar.

—¿Cómo ha podido suceder todo esto? —inquirió Ernesto, estupefacto.

—Poco a poco —fue la respuesta de Rosie—, tal como suelen suceder las cosas más terribles. Tan despacio que era apenas perceptible.

—Pero ¿qué se propone hacer ese mago con las sombras? —preguntó Mili.

La mujer se inclinó hacia delante y redujo la voz a un murmullo.

—Nadie lo sabe.

Mili arrugó la frente mientras trataba de hallarle algo de lógica a esa historia inconcebible.

—¿Qué pasa con las sombras? ¿Por qué no se escapan?

—Se las mantiene prisioneras donde nadie pueda encontrarlas. Aquí, en Casa Cebón, sólo se retiene a las que escaparon para reunirse con sus dueños.

—¿Cómo se enteran de que ha escapado una sombra?

—En Villacana —apuntó Leo— una persona con sombra llama la atención más que un perro verde, y lord Aldor cuenta con muchos espías a su servicio.

—¿Quién es ese lord Aldor? —inquirió el niño.

—Aldor el Ilustre, el verdadero cerebro que está detrás de Casa Cebón, los Alcalde y todos sus planes. También conocido como... el Ladrón de Sombras.

Mili y Ernesto se inclinaron con avidez hacia el centro, presintiendo que Leo estaba a punto de revelar una pieza clave del acertijo. Por desgracia, en ese mismo instante se abrió violentamente la puerta de la sala común y la mole de Tendón llenó el vano. Su índice apuntó a Mili y a Ernesto.

—¡Vosotros dos, acompañadme!



Los niños le obedecieron: se levantaron y siguieron al hombrón al interior del ascensor, el cual subió al piso de arriba de la mansión, donde anduvieron detrás de Tendón hasta que se detuvo ante dos puertas muy diferentes, una a cada lado del corredor.

—Enhorabuena —los felicitó con tonillo burlón—. Da la impresión de que os han encomendado funciones más importantes.

Llamó con los nudillos a la gruesa madera de la primera puerta y empujó a Ernesto hacia dentro.

La segunda estaba pintada de rosa pastel y decorada con carnosos cupidos voladores que tocaban cuernos y disparaban flechas. Una vez dentro, Mili dedujo que debía de encontrarse en el tocador privado de la señora Alcalde.

Por mi parte, no podría describir en palabras la magnitud del lujo que insinuaba ese interior. De hecho, era como si todos los decoradores en paro del mundo hubieran trabajado allí al mismo tiempo. Se agolpaban en las paredes espejos con marcos ornamentados de flores, viñas y zarcillos; la alfombra, de un suave matiz rosa, era tan mullida que cualquiera se hundía en ella hasta los tobillos. Los montones de cojines de bordados suntuosos se alzaban casi hasta el techo. Varias muñecas de porcelana, de caritas delicadamente pintadas y pantalones de satén, formaban un pulcro círculo alrededor de un juego de té para niños.

Esa habitación era más amplia que la casa entera de Mili, allá en la plaza de la Pimienta. Le sorprendió ver, en un rincón, una rueda de la fortuna decorada con bellotas de mazapán y luces de colorines. Más adelante descubriría que la señora Alcalde la llamaba «mi rueda de meditación».

Todo aquello era extraño, pero lo más fantástico de ese camarín era el aire, sin lugar a dudas. ¡El aire, sí! Tal vez os preguntéis qué puede tener el aire de asombroso. Es un elemento transparente, inodoro y necesario para la vida tal como vosotros y yo lo conocemos, y en términos moleculares no resulta muy apasionante, la verdad; pero allí, en el dormitorio de la señora Alcalde, estaba colmado de brillos rosáceos y plateados, con una textura de polvo fino, que flotaban por todas partes como en un ensueño.

Por si no bastara con eso, por debajo de la puerta del baño se deslizaba un remolino de luminosas volutas de humo rosáceo. El efecto de esa niebla coloreada era un permanente escozor en la nariz. Mili se alegró de que Ernesto y sus alergias se hubieran librado de permanecer expuestos a eso, pues indudablemente le habría provocado un ataque de estornudos.

La señora Alcalde en persona se sentaba ante el tocador más grande que Mili hubiera visto jamás. Una doncella se aplicaba con esmero en la tarea de pintarle las uñas de los pies con bandas blancas y negras, como las de una cebra.

—No te quedes ahí plantada papando moscas, niña —le espetó la dama—. Acércate para que pueda echarte un vistazo.

La interpelada se acercó con paso vacilante mientras la dueña del lugar la observaba con ojo crítico.

—Tendremos que buscar remedio a esos andares tuyos de loro, pero antes ¡a la bañera con ella!

Una criadita regordeta surgió de los baños en cuanto la señora chasqueó los dedos.

—Quema ese uniforme mugriento que lleva puesto y busca algunos vestidos viejos de Agapanta Regia.

Mili puso cara de pocos amigos mientras se dejaba conducir por la criada al cuarto de aseo, que estaba lleno de vapor, pues aquella mujer tenía un oportuno lapso de memoria y parecía olvidar que había sido ella quien la obligara a ponerse ese horrible mono de mecánico.

Media hora después emergía del baño con las mejillas lustrosas; su pelo olía a champú de macadamia y cada centímetro de su persona refulgía de tanta limpieza. La señora estaba concentrada en revisar una colección de vestidos repulsivos. La niña especuló con lo aburrida que debía de estar para tener que entretenerse jugando a acicalarse.

Hacia mediodía ya había descubierto que esa mujer no se aburría, sino que era espantosa y desvergonzadamente presumida. Podía pasar horas y horas contemplándose en el espejo con expresión soñadora, sólo interrumpida de vez en cuando por un «¡oh!» o un «¡ah!» de satisfacción. A veces se acariciaba las mejillas y hacía mohines, sin dejar de parlotear sobre la importancia de ofrecer una imagen impecable en todo momento.

La dama presumida fijó su atención en Mili en cuanto hubo terminado de acicalarse. Los rizos de la niña fueron sometidos y enroscados en un peinado elevado en forma de cono. La muchacha se vio obligada a apretar los pies para meterlos en diminutas zapatillas de baile. Le cambiaron el mono de mecánico por un vestido de gala hecho enteramente de tafetán verde lima, en forma de hojas de arce. Luego le pintaron las uñas de colores tan intensos que hacían llorar, y le empolvieron el semblante hasta dejárselo más blanco que el de las muñecas de porcelana. No cabía la menor duda de lo que sucedía: Mili había sido adoptada.

Un flamenco agobiado

A
 L OTRO LADO DEL PASILLO, Ernesto se encontró en un estudio enorme, tan polvoriento y mohoso que parecía salido de la Inglaterra victoriana. En el poco tiempo que llevaba allí, el niño había comprendido que nada de cuanto había en Casa Cebón tenía un tamaño moderado. Los Alcaldes parecían creer que cuanto más grande, mejor, y el estudio no era la excepción a esa regla, sino la ejemplificación: tenía las dimensiones de una carpa de circo y las paredes eran tan altas que se desdibujaban los perfiles del techo; cuando se miraba hacia arriba no era posible ver dónde se unían al cielo raso. Hasta donde alcanzaba la vista había armarios archivadores de pared a pared. El único elemento decorativo eran las alfombras orientales dispersas por todo el suelo. Había una sola ventana enrejada del tamaño de una claraboya.

Más extraña aún era la cosechadora de cerezas instalada a un lado. Por si no lo sabéis, este artefacto es una especie de grúa provista de una plataforma y su aspecto guarda cierta semejanza con el de esos artefactos usados en la limpieza de las ventanas de los rascacielos. La plataforma de esta grúa estaba cargada de gruesas carpetas; Ernesto supuso que esperaban ser archivadas en esos armarios increíblemente altos. Justo en el centro del estudio se veía un pesado escritorio de roble, también cubierto por una torre de gruesas carpetas y abultados sobres de papel manila. Una voz resonó a través de la penumbra:

—¡Ya estás aquí, chaval! —El señor Alcalde cerró de un golpe seco el volumen encuadernado en piel que estaba hojeando, reclinado en una amplia tumbona, y se incorporó. Estrechó con entusiasmo la mano de Ernesto, como quien se reencuentra con un viejo amigo—. Encantado de tenerte a bordo.

Luego recogió un puñado de caramelos duros de un cuenco de cristal amarillo y se los metió en la boca; eran tantos que se le abultaron las mejillas. Mientras masticaba ofreció el cuenco a Ernesto, quien declinó cortésmente.

—A mediodía volveré a por ti. —Mientras hablaba cubrió la cara del niño con un rocío de fragmentos pegajosos—. Cuida tu aspecto, debe ser inmaculado. Tu madre quiere que tomemos el té con ella. Hasta entonces puedes echar una mano a mi secretario.

Dios sabe que necesita toda la ayuda posible. ¡Hala, a pasártelo bien!

Después de una cordial palmada en la espalda del niño, marchó a grandes pasos hacia la puerta.

—¡Un momento, señor! —barbotó Ernesto—. ¿Puede especificarme qué debo hacer?

El señor Alcalde empezó con una risa entre dientes que pronto se convirtió en una carcajada reverberante.

—Conque eres todo un comediante, ¿eh, hijo? —exclamó, al tiempo que se enjugaba la frente sudorosa con un pañuelo de seda—. Mira, si necesitas algo, no tienes más que pedirselo a mi escribiente.

El chico miró en derredor, pero no parecía haber señales de ningún secretario. Cuando giró para preguntar al señor dónde podía haberse escondido su empleado, él ya se había marchado, no sin antes echar la llave a la puerta del estudio.

Así encerrado a cal y canto, a Ernesto no le quedó otra opción que curiosear por la habitación. ¿Qué se esperaba de él? Los ubicuos armarios de archivo no ofrecían la menor pista. A menos que abriera alguno, desde luego.

Hizo la prueba con un archivador, pero estaba cerrado con llave, como todos los demás con los que probó suerte. Lo único que consiguió fue pillarse el pulgar con una cerradura defectuosa que le atrapó el dedo en cuanto intentó abrirla.

—¡Ay! —gritó.

No tuvo tiempo de examinar el daño sufrido, pues un chillido de pánico llenó toda la estancia e inmediatamente después la montaña de carpetas apiladas en el escritorio como una fortaleza se derrumbó a izquierda, derecha y centro. Las nubes de polvo saturaron el aire de la sala, haciendo toser a Ernesto, y cuando al fin se disiparon apareció a la vista, sentado tras el escritorio en una silla giratoria, con una pluma de ganso en la pata, un flamenco muy sobresaltado. Aunque el muchacho no habría sabido decir qué esperaba encontrar allí, lo último que hubiera imaginado era un ave de plumaje rosáceo con gafas y corbata de lunares.

El suave plumón que coronaba la cabeza del flamenco se estremecía de modo casi incontrolable mientras observaba al niño. Tenía el pico negro, y las patas, largas, flacas como juncos y palmeadas, se abrían en un ángulo curioso, como sucede siempre a los flamencos cuando se sientan. El ave se ajustó los espejuelos sobre el pico, sin interrumpir la nerviosa vigilancia del intruso. Transcurrió un rato penosamente largo sin que ninguno de los dos dijera una palabra.

—¿Tú... tú eres... el secretario? —tartamudeó Ernesto.

El pájaro saltó de la silla con súbita indignación y se encaró con el chico, quedando los rostros de ambos uno frente a otro, pues erguido sobre las dos patas medía casi un metro y medio. Al mirarlo de cerca, el muchacho notó que tenía un área despoblada en la coronilla: el estrés le estaba haciendo perder las plumas del mismo modo que la gente pierde el pelo. Le extrañó que el flamenco le guiñara erráticamente el ojo derecho, hasta que al fin comprendió que se trataba de un tic nervioso.

—Por si no lo sabes —le espetó el ave con voz aguda y chillona—, los flamencos somos famosos por nuestras destacadas facultades secretariales.

—Perdona —musitó el niño—, no estaba enterado.

El animal no escuchó la disculpa.

—Y te agradecería que te abstuvieras de hacer tanto ruido y tanto gemido. El ruido me saca de quicio, y no puedo pensar con claridad cuando estoy nervioso, y cuando no pienso con claridad me retraso. ¡Y cuando me retraso puedo poner en peligro mi reputación de poseer las facultades secretariales más destacadas de todo el reino animal!

Razonar con el ave no parecía posible, eso era obvio, de modo que Ernesto probó otra táctica.

—¿Puedes decirme qué se supone que hago aquí? —inquirió.

El flamenco ahuecó las plumas dándose aires de importancia.

—A pesar de mis destacadísimas facultades secretariales, no puedes pretender que esté al tanto de la razón de tu presencia en este lugar. ¿Vienes con alguna recomendación? ¿Has traído tu currículum? ¿Eres un hijo legítimo al menos?

Ernesto se sintió reconfortado por haber descubierto finalmente a un ser todavía más nervioso que él y tuvo el coraje suficiente para continuar la conversación.

—¿Qué estás organizando exactamente? —quiso saber.

—¡Eso es irrelevante! —le espetó el flamenco.

Y se dejó caer de rodillas para concentrarse por completo en la tarea de recoger las carpetas caídas. A esas alturas, el niño estaba totalmente perplejo, pero sabía que su única esperanza de recabar información era entablar un diálogo con esa ave tan poco sociable.

—A propósito, me llamo Ernesto. ¿Y tú?

—Soy un empleado de los Alcalde. No necesito nombre.

—Pero debes de tenerlo.

—Si alguna vez lo tuve, hace tiempo que está olvidado. —De pronto el animal se mostró abatido. Se le contrajeron las comisuras del pico y el plumón de la cabeza tremoló más que nunca.

—Hombre, deja que te ayude —se ofreció el niño, con intención de distraer al secretario de un tema que, obviamente, le afectaba mucho.

Conmovido por esa muestra de amabilidad, algo que nunca antes había experimentado en Casa Cebón, el flamenco le permitió recoger las hojas dispersas y colocarlas de nuevo en sus carpetas.

—Gracias, gracias. No tengo tiempo que perder. No tengo tiempo para charlar. ¡No puedo permitirme otro retraso! —Mientras Ernesto ordenaba el caos de hojas caídas, él se instaló en la cosechadora de cerezas, que se fue elevando hasta desaparecer de la vista.

Puesto que el flamenco no estaba visible, probablemente ocupado en archivar cosas, el niño aprovechó la oportunidad para examinar las carpetas que tenía ante sí. Al parecer, esas contenían información sobre varios villacanenses. Dentro de la primera encontró perfiles y fotografías de la familia Limpiatubos: Ema Limpiatubos, de seis años, con sus pulcras trenzas; mamá y papá Limpiatubos, con idénticos jerséis de punto damero, y la abuela Limpiatubos, con un horrible corte de pelo que la hacía parecer un duende. Había una amplia colección de partidas de nacimiento y casamiento, solicitudes presentadas, permisos otorgados, pedidos y recibos, todo sujeto por una gran banda elástica. Mientras hojeaba los documentos, Ernesto descubrió que había una hoja por cada año de vida de Ema Limpiatubos, hasta sumar seis en total. ¡Había ochenta y tres folios en el expediente de la abuela-duende!

El chico vio interrumpida su investigación por el regreso de la cosechadora de cerezas, que descendía en medio de un gran estrépito. El flamenco bajó de un salto y reanudó su trabajo ante el escritorio.

—¿Qué son todas estas carpetas? —preguntó Ernesto, tratando de parecer poco interesado, mientras entregaba al secretario un montón de papeles recogidos del suelo...

... pero el flamenco giraba furiosamente en su silla, tan atorado que no le escuchaba. Al girar, sus patas palmeadas volaban de un lado a otro para clasificar documentos, grapar hojas e insertar las carpetas listas en una tolva que se abría al pie del escritorio. En cuanto se levantaba para cargar una brazada de carpetas en la cosechadora de cerezas, otra tolva le arrojaba una nueva pila al escritorio. Cada vez

que esto sucedía se levantaba una gran nube de polvo y él se llevaba al pico un pañuelo de cuadros y se ponía a estornudar.

—¿Cómo has llegado a ser el secretario del señor Alcalde? —interrogó Ernesto, en la suposición de que no había sido por propia voluntad. Nunca en su vida había visto un ave tan estresada.

El flamenco le lanzó una mirada fulminante a través de los anteojos sucios.

—Estoy muy atareado. Estas carpetas no se archivan solas. No será tu cabeza la que acabe en el tajo, sino la mía.

El niño insistió, pues presentía que había allí toda una historia.

—Es la primera vez que veo a un flamenco hacer trabajo de oficina. ¿A qué hora regresas a casa?

Al escuchar la palabra «casa», el animal dejó caer las alas en el escritorio, inmóviles, y contempló con melancolía, a través de la ventana enrejada, un fragmento de cielo azul. De pronto se le arrugó la cara, se le estremeció todo el cuerpo y rompió en sollozos histéricos.

—¡Jamás volveré a ver mi casa! —jadeó—. Jamás sentiré correr el agua por mis plumas. Jamás sentiré el sabor salobre de la sopa de algas. —Ernesto quedó mortificado, pues no esperaba que sus comentarios desataran semejante estallido. Apoyó una mano consoladora en el lomo del flamenco y le dio unas palmaditas vacilantes. Habría querido abrazarlo, pero no le pareció correcto, dado que se acababan de conocer—. No reconocería a mis hijos si los viera —gimió el flamenco, trágico—. ¡Ni siquiera recuerdo cómo me llamo! —Se le habían empañado los quevedos y las lágrimas le rodaban por el pico.

—Tranquilízate —le pidió el niño, arrodillado junto a él—. ¿Quién te trajo aquí?

—Me capturaron —susurró el flamenco—. Me arrancaron del nido delante de mi esposa, mis hijos y todos mis vecinos. A estas horas, sin duda, ya se han cansado de esperar mi regreso.

—No, hombre, seguro que te esperan —le tranquilizó Ernesto—. Escucha: a mí también me tienen prisionero, pero voy a encontrar la manera de fugarme. Ni mi amiga Milipop Zuecos ni yo tenemos intención alguna de quedarnos en esta pesadilla.

Esta noticia pareció reanimar un poco al ave. Se sonó la nariz, limpió las gafas con las plumas y miró a su compañero con un parpadeo esperanzado.

—¿De verdad? ¿Cómo?

—Estamos trabajando en eso —explicó el chico—, pero tenemos a mucha gente

de nuestra parte.

El flamenco suspiró.

—La vida no fue siempre así —rememoró—. Como sabrás, en otros tiempos los flamencos fuimos reverenciados como encarnación viviente del dios Sol, pero después las cosas cambiaron y ahora no tenemos ningún derecho. ¡En una ocasión cierta niña temeraria usó a mi bisabuelo, que Dios lo tenga en Su Gloria, a guisa de mazo de croquet!

»Vivo con el temor constante de acabar servido en la mesa de los Alcaldes. Ellos, como los antiguos romanos, opinan que la lengua de flamenco escabechada es un verdadero manjar. Por eso debo ser un secretario excelente y hacerme indispensable.

—No te preocupes. No permitiré que nadie te haga escabeche —prometió Ernesto.

Ante eso el ave dejó escapar un gimoteo gozoso y rodeó el cuello del niño con las alas.

—Cuando Mili y yo escapemos de aquí te llevaremos con nosotros —prosiguió el chico. No estaba seguro de que fuera prudente hacer tales confidencias a un virtual desconocido, pero tenía la sensación de que podía confiar en ese melancólico animal.

—Si puedo ayudarlos, a ti o a esa amiga tuya, Milipop Zuecos, no dejes de avisarme —se ofreció el ave.

Un repiqueteo en la bocallave de la puerta puso abrupto final a la conversación. El señor Alcalde asomó su carnosa cara por la habitación. El flamenco apenas tuvo tiempo de escabullirse hacia la cosechadora de cerezas y ascender a toda velocidad antes de que su amo notara algo raro.

—¿Listo para tomar el té? —preguntó el hombre—. Confío en que tu mañana haya sido productiva.

Al tiempo que abandonaba el estudio detrás del señor Alcalde, Ernesto echó un vistazo hacia arriba con la esperanza de ver por última vez a su nuevo amigo y de ofrecerle tal vez una sonrisa reconfortante, pero el flamenco había desaparecido. Únicamente tuvo ocasión de ver la caída morosa de una solitaria pluma rosácea.

Un té con espinas

ERNESTO SE VIO OBLIGADO a sufrir una transformación radical, dictada por los cánones de lo que el señor Alcalde consideraba elegante y moderno, antes de que su aspecto fuera considerado lo bastante presentable para asistir al té de media tarde. Se encontró ataviado con un chaleco amarillo, unos pantalones bombachos de lana y una corbata con mariquitas diminutas estampadas. Los rizos, en vez de caerle sobre los ojos, fueron disciplinados hacia atrás con fijador para el cabello, de manera tal que formaban una especie de casco reluciente. Mili, al verlo, no pudo contener una risita, aunque su gorrito de encaje y su vestido de mangas abullonadas eran igualmente cómicos.

El escenario elegido para llevar a cabo la ceremonia del té de media tarde era un patio elegante con varias estatuas clásicas sobre pedestales de piedra y burbujeantes fuentes con forma de leones y de ninfas que retozaban juntos. Había que cruzar un tupido laberinto de setos pulcramente recortados para llegar hasta allí. Era tan serpenteante y tortuoso que los niños debieron corretear tras los Alcalde para no quedarse atrás. Obligados como estaban a caminar tan deprisa, al principio no repararon en que los setos no estaban compuestos por arbustos plantados uno junto a otro, que es lo que normalmente se espera de un seto. En realidad los componían erizos amontonados unos sobre otros, como acróbatas de circo. Por lo que pudieron ver, se obligaba a esos animales a permanecer inmóviles en sus posiciones todo el tiempo que durase la merienda. Unos soldados de uniforme rojo, armados de mosquetes, estaban listos para disparar contra cualquier erizo que abandonara de forma accidental su puesto. La idea era a un tiempo ridícula y repugnante. Mili y Ernesto se conmovieron al ver que cientos de ojos suplicantes seguían cada paso suyo.

—Estos puercoespines parecen estar terriblemente incómodos —aventuró Mili—. ¿Por qué tienen que quedarse así, inmóviles?

—Qué pregunta más tonta, criatura. ¡Pues porque para eso existen! —replicó la señora Alcalde, despreocupada—. Tal como las sillas existen para sentarse. —Y se rio de la preocupación de la niña con una estruendosa carcajada.

—¡Pero es muy cruel! —estalló Ernesto.

—¿Cruel? —Los Alcalde se miraron con fingido horror—. ¡Lo primero es divertirse, como decimos siempre!

—¿Y la bondad no cuenta aquí para nada? —soltó Mili, de mal humor.

—Bon... dad. —El señor Alcalde pronunció la palabra como si fuera extraña a su vocabulario.

—La bondad... ¿Se lleva esta temporada la bondad? —quiso saber su esposa, muy interesada.

—¿Se cotiza bien? —inquinó el marido, lleno de esperanzas.

—¡Pero si no es una cosa! —exclamó Mili, frustrada—. Es... es... una manera de comportarse.

Los dueños de la casa parecían desconcertados. Por mucho que se esforzaran, no les entraba en la cabeza la idea de que pudiera tener importancia algo que no fuera un artículo de consumo. Al fin alzaron las manos en un gesto de exasperación.

—La bondad —bufaron— ¿para qué sirve?

Mili y Ernesto se dieron por vencidos.



Ocupaba el centro del patio una mesa de hierro forjado cubierta por un mantel con volantes sobre el cual habían colocado piezas de porcelana fina. Los dos amigos debían admitir que el conjunto resultaba bastante exquisito. La magia se rompió cuando llegó la señora Basilisco, el ama de llaves, con esa cara suya tan avinagrada, y la señora Alcalde comenzó a ladrar órdenes.

—Que la cocinera prepare una porción de panecillos Boffin^[3], algunos pasteles Margarita, una bandeja de bocadillos de pasta Tortuga, una gelatina Jirafa y un buen bol de melaza para mojar sopas. ¿Qué quieren mis tesoros para beber?

A juzgar por lo que habían visto hasta ese momento, ¡quién sabía qué bebidas exóticas compondrían la carta de Casa Cebón! Los chicos decidieron ir sobre seguro.

—¿Podría ser un zumo, por favor? —pidió Mili.

—¿Zumo? —bufó la dueña de la casa—. ¿Qué clase de zumo? ¿Fresa, frambuesa, nubarrón, madera silvestre o musgo húmedo?

—Mejor un té —replicó Ernesto en un intento de disimular lo confundido que se

sentía.

—Vale. Té de zarzamoras para cuatro —fue la decisión de la señora.

El ama de llaves vestía de negro riguroso y llevaba un camafeo en el cuello. Al regresar depositó ruidosamente la bandeja del té en la mesa y fulminó a los chicos con una mirada que parecía decir: «Aunque hayáis hechizado a los Alcalde, tan impresionables, no os hagáis ilusiones conmigo». La señora Basilisco era flaca como un palillo y tenía la tez azafranada. De hecho, los niños nunca habían visto a nadie que necesitara tanto una buena dosis de vitamina D. Mantenía las piernas medio flexionadas, lo cual le hacía parecerse a un saltamontes, y fruncía tanto los labios que bien podrían confundirse con el trasero de un gato.

Durante el té, la señora Alcalde se esforzó por repartir equitativamente el tiempo entre la cháchara y la masticación; a veces le costaba compaginar ambas cosas. Cuando de su boca voló un saturado trocito de panecillo que fue a alojarse en los bigotes de su marido, él lo rescató como si fuera un obsequio de los dioses y se lo metió entre los labios con exagerado placer. Apodaba a su esposa «mi apetitosa croqueta» e intercambiaba con ella miradas ardientes y sonrisas cómplices. Durante estos intercambios, nuestros ingenuos protagonistas mantenían la vista baja en las tazas de té. Si vosotros o yo hubiéramos estado presentes, habríamos sabido con exactitud qué estaban pensando los Alcalde y, con toda probabilidad, habríamos tenido que dejar de comer inmediatamente.

Los chicos terminaron su té mucho antes de que el señor y la señora Alcalde se limpiaran al fin los labios grasientos con las servilletas de hilo, que tenían sus iniciales bordadas. «¡Por fin se termina esta tediosa merienda!», dijo Mili para sus adentros. Pero aquello distaba mucho de haber acabado.

La señora Alcalde pidió hojas de menta para mascar antes de adentrarse con su esposo en una conversación de hondo calado que a los niños les costó seguir. Estaban excluidos del todo de los asuntos de los adultos y no había nada que mirar, aparte de aquellos erizos totalmente inmóviles, de modo que empezaron a inquietarse. Ernesto se removía en el asiento. Mili se tironeaba del cuello y observaba la mesa: el diseño floral de las teteras, el rastro de migas que llevaba al plato de la mujer y, al fin, el panecillo de Ernesto, a medio comer. Su amigo, con la punta del índice, desmigó el trozo contra el mantel de encaje. Poco a poco fue escribiendo una sola palabra: «Paseo». Por suerte, el matrimonio estaba tan enzarzado en el diálogo que ninguno de los dos reparó en esa comunicación secreta.

—¿Podríamos Ernesto y yo dar una vuelta para estirar las piernas antes de que se haga demasiado tarde? —preguntó la niña, abriendo mucho los ojos en su mejor expresión de inocencia—. Hoy no hemos hecho mucho ejercicio.

—¡Vaya, es verdad! —añadió el chico—. Tengo las piernas entumecidas de tanto estar sentado.

El señor Alcalde frunció el entrecejo e hizo un gesto de aprobación.

—No conviene que les dé un calambre, ¿verdad, Alba Aurora? —dijo, con auténtica preocupación.

—¡No, por cierto! —replicó su esposa—. Me parece estupendo que vayáis a dar un paseo, pero creo que Tendón debería acompañaros.

Mili se llevó una gran sorpresa cuando Tendón emergió enseguida del laberinto, donde había permanecido oculto y a la espera.



La compañía del hombrón no fue del agrado de Mili, pero por fortuna la presencia de los chicos parecía serle tan desagradable como a ellos la suya, por lo cual se mantenía a cierta distancia. La niña se dejó caer sobre un banco cercano en cuanto doblaron un recodo, pero se levantó inmediatamente de un salto al descubrir que también el asiento estaba compuesto por un grupo de erizos erguidos sobre las cuatro patas. La muchacha optó por quedarse de pie después de haberse disculpado varias veces y procedió a contarle a su compañero todo cuanto había sucedido en las habitaciones de la señora Alcalde. Ernesto, a su vez, le habló del flamenco deprimido y de lo que había visto en los archivos sobre Ema Limpiatubos y su familia. Los dos creían estar sobre la pista de algo, pero tendrían que andarse con cuidado. Sin embargo, lo más difícil era encontrar sentido a esa inesperada adopción.

—¿Para qué quiere hijos este par de bestias? —preguntó Mili.

—No los desean —le aclaró Ernesto—. ¿Acaso crees que se interesan un ápice por nosotros?

—Pues entonces... ¿por qué?

—Porque no hay nada como adoptar niños para mejorar la imagen política.

Un ruido similar al de un corcho al saltar atrajo la atención de ambos y la teoría de Ernesto quedó a medio formular. Al levantar la vista vieron que había quedado un

lugar vacío en la hilera superior de erizos, como si faltara un diente. Por ese hueco se veía ahora una aparición escalofriante. Era un semblante tan pálido y demacrado que bien habría podido ser el de un cadáver. Permaneció allí apenas un momento; luego desapareció.

Sobresaltados por semejante visión, los niños avanzaron con cautela hacia el sitio de donde había provenido el ruido y encontraron en el sendero el cuerpo sin vida de un erizo, patas arriba. Por el olor a chamusquina que perduraba en el aire, parecía haber sido incinerado; aún brotaban de él volutas de humo. Nunca antes habían visto un espectáculo tan triste: alguien o algo había eliminado fríamente a la bestezuela, sólo por la oportunidad de espiarles mejor. Demasiado abrumada para hablar, Mili se quitó la rebeca de encaje (regalo de la señora Alcalde) y cubrió con ella el cadáver del pequeño puercoespín.

Al regresar a la mesa los recibieron dos caras radiantes.

—Os tenemos reservada una sorpresa —arrulló la mujer—. ¿A que no adivináis qué es?

—No.

—¡Intentadlo!

Desde luego los niños no pudieron acertar. Casa Cebón era tan imprevisible que nadie era capaz de imaginar lo que iba a suceder en los segundos siguientes. La señora Alcalde apenas podía dominar su entusiasmo.

—¡Vuestra habitación infantil ya está lista!

Mili y Ernesto no supieron qué responder a esa noticia. ¿Por qué se les asignaba un cuarto infantil?

—Mira —ronroneó la señora—, ¡están tan felices que se han quedado sin habla!

—Vuestra deliciosa madre ha decidido que queráis tener habitaciones propias —explicó su esposo— para retozar, jugar y hacer todo eso que hacéis los niños.

Mili, por su parte, creía estar ya demasiado crecida para un cuarto infantil; aun así esbozó una sonrisa beatífica.

—Gracias, gracias —barbotó—. Es que no merecemos que nos consintáis tanto.

—Tonterías —dijo la mujer—. Otra cosa... es una pequeñez. Hemos estado pensando...

—Es que vuestros nombres... —añadió el señor Alcalde. E hizo una pausa para esperar a que cesara un ruido de disparos.

—... son demasiado vulgares para nuestra familia —concluyó su esposa.

—Por tanto —continuó él— os hemos rebautizado...

—Tú vas a llamarte Bella Ranúnculo —chilló la señora Alcalde, encantada, mientras aplicaba un vigoroso pellizco a las mejillas de Mili.

Su marido desvió la atención hacia Ernesto.

—¡Y tú, Mozart Eucalipto! —anunció, dejando al chico sin aire en los pulmones con un abrazo de oso—. Ahora id a jugar hasta la hora de la cena.

Tal vez os extrañe que los Alcalde cometieran la tontería de dejar solos a los chicos para que pudieran conspirar y planificar la fuga, pero estaban convencidos de que Mili y Ernesto se sentían muy contentos de vivir en la mansión de los Jardines Poxxley, rodeados de lujos, y no se les pasaba por la cabeza que quisieran marcharse. Además, esos dos estaban bastante locos. Ahora bien, no vayáis a pensar que eso iba a facilitarles las cosas a los niños. Los villanos locos suelen ser más terroríficos que los malvados, pues nunca se puede prever lo que harán a continuación. Los villanos tradicionales tienen al menos una conducta previsible; los Alcalde, al contrario, sabían cambiar de planes en el tiempo que te lleva estornudar.

A estas alturas del relato quizá os preguntéis también por qué estos niños no echaban a andar tranquilamente hasta salir de Casa Cebón y volvían a las suyas; pero esto sería lo que se conoce como «solución fácil», común entre quienes sólo ven las cosas desde su perspectiva. Por propia experiencia puedo aseguraros que las soluciones fáciles rara vez sirven de algo. Y los chicos, avisados y astutos, sabían que serían localizados y capturados en menos de una hora si regresaban a Villacana en secreto, con lo cual no conseguirían más que perder los privilegios adquiridos y dar otra vez con sus huesos en las mazmorras, donde no serían de utilidad para nadie. Además, ya no podían pensar sólo en su pellejo. Por primera vez a los prisioneros se les había ofrecido un destello de esperanza; Mili y Ernesto eran demasiado responsables para arrebatarársela. Por frustrados que se sintieran, por el momento debían seguir siendo Bella Ranúnculo y Mozart Eucalipto hasta que, con el correr de las horas, se les presentara un plan más eficaz.

Los niños disponían de una hora exacta antes de que se sirviera la cena. A Mili le habría gustado ir directamente a las mazmorras, donde los prisioneros estarían descansando tras haber pasado la jornada plantando *nabollas*, un cruce afortunado de nabos y cebollas; pero la señora Alcalde quiso que se familiarizaran con su nueva habitación.

Ese cuarto infantil no se parecía a nada de cuanto habían contemplado hasta

entonces. Ni siquiera en los libros de cuentos había visto Mili algo tan mágico. Por mucho que se esforzó no pudo disimular su deleite. La alcoba en sí estaba diseñada a imitación de un enorme tiovivo, con caballos de crines doradas, piedras preciosas engarzadas en las sillas y un techo en forma de cúpula, con bandas como las de los Chupa Chups. Dos de los carruajes del tiovivo oficiaban de camas; una, con el edredón rosa; la otra lo tenía azul. Por encima de las camas pendían, formando un arco, los nombres Bella Ranúnculo y Mozart Eucalipto, que por la noche se iluminaban con luces multicolores. Con sólo activar un interruptor, el tiovivo comenzaba a girar y un órgano escondido tocaba una suave nana. La base estaba cubierta de juguetes, tableros, libros e instrumentos musicales.

Mili recogió un volumen de cuentos de hadas tradicionales. Mientras volvía las páginas se llevó una gran sorpresa al comprobar que las facciones de héroes y heroínas habían sido reemplazadas por las de los Alcalde. Ahí estaba él, con su cara de pudín, en vez del Príncipe Azul, y sobre los hombros de todas las princesas descansaba la cabeza de su esposa, con sus ricitos, y no sólo eso, sino que todos los nombres originales se habían cambiado por Alba y Aldo.

Cuando al fin los mayores se retiraron, agotados por la compañía de los niños, Ernesto quería seguir explorando el cuarto infantil. Estaba seguro de encontrar, en los cajones empotrados en los muros, artefactos para entretenerse horas y horas; pero su amiga se mostró implacable: tenían una cita con los prisioneros, a quienes ya consideraban amigos.

Llegar a las mazmorras era relativamente fácil una vez que aprendieron a evitar a los Guardianes de las Sombras. Eso se lograba fundiéndose con las paredes y buscando los rincones oscuros. Puesto que los Guardianes de las Sombras nunca se habían topado con intrusos, mantenían una vigilancia rutinaria y no estaban demasiado alerta, por decirlo con suavidad.

—¡Por todos los bombones de merengue! ¿Qué os ha pasado? —rio Rosie al verlos—. Habéis pasado de la miseria a la riqueza en pocas horas.

—Al parecer, se me ha asignado el papel de mascota de la señora Alcalde —replicó Mili, ceñuda.

La mujer miró a Ernesto con las cejas enarcadas en un gesto inquisitivo.

—A mí, tareas de oficina —explicó él—, sólo que aún no sé cuáles son.

—¿Tienes acceso a la oficina del señor Alcalde? —preguntó Leo—. ¿Te has parado a pensar en la cantidad de información que se esconde allí? En ese lugar se

guardan todos los archivos secretos de lord Aldor. ¡Archivos que pueden sernos de enorme utilidad!

—Ya sabía que vuestra llegada no era mera coincidencia —aseguró Rosie, con toda la cara iluminada—. Bien podéis ser lo mejor que haya pasado aquí en mucho tiempo.

—¡Hombre, no creo que tanto! —Ernesto rio, nervioso y horrorizado ante la posibilidad de tener entre las manos el destino de alguien—. En verdad no tengo madera de héroe. Mili y yo sólo queremos volver a casa.

—Lo que Ernesto quiere decir, naturalmente —intervino su amiga—, es que ayudaremos en todo lo posible.

—¿Has dicho que quieres volver a casa? —apuntó Leo.

—Decidnos qué debemos hacer.

—Buscad pistas sobre la marcha —aconsejó Rosie—. Intentad averiguar cuanto sea posible, pero manteneos alejados de lord Aldor. Es implacable cuando se irrita.

—Aún no sabemos quién es —dijo Mili. Por su mente pasó el rostro descolorido que habían visto en el laberinto.

—En realidad nadie sabe gran cosa de él, salvo que todo lo malo que ha sucedido en Villacana se debe a él. —Rosie echó un vistazo en derredor; luego bajó la voz hasta que sonó a murmullo—. Según la leyenda, lord Aldor el Ilustre vendió su corazón a Hécate, la diosa del Mundo Inferior, a cambio de vivir mil años.

—¿Y quién querría vivir tanto? —se extrañó Mili, desconcertada.

—Debe de haber pensado que en mil años tendría tiempo de sobra para dominar el mundo entero —explicó la mujer—. Ya tiene a Villacana en un puño.

—Algunos dicen que, si no tiene corazón, tampoco ha de tener sangre —añadió Leo—. Se alimenta única y exclusivamente de morcilla; se la preparan con especial esmero en las cocinas de Casa Cebón.

Los chicos se estremecieron sin querer ante esa imagen. Y en verdad no podría criticarlos por eso. Si sabéis lo que es una morcilla, habéis de saber también que se trata quizá del comistrajo más monstruoso inventado jamás por los humanos. Mi abuela acostumbraba prepararla, junto con buenas salchichas y jamón salado, y se la daba en secreto a mi madre, en sus primeros años de vida, sin que ella conociera sus ingredientes. Debo agradecer que la familia no continuara con la tradición. Este bárbaro fiambre, que originariamente se conocía con el nombre italiano de *sanguinaccio*, se hace con la sangre del cerdo, para no desperdiciar ninguna parte del

animal. He aquí una de tantas recetas repelentes para hacer morcilla.

Morcilla

1. *Desángrese el cerdo recién sacrificado en una olla profunda.*
2. *Revuélvase constantemente con un palo largo para evitar que se coagule (pues de suceder esto quedará lleno de grumos y se echará a perder).*
3. *Póngase la olla al fuego y añádanse grandes cantidades de chocolate negro cortado en trozos, uvas pasas y almendras tostadas, así como una ramita de canela o un trozo de corteza de limón, si se desea. Hiérvase a fuego lento y revuélvase hasta que alcance la consistencia del requesón.*
4. *Cuando la mezcla se haya enfriado un poco, viértasela en frascos o moldes para pudín.*
5. *Suminístrese en cualquier momento, tanto fría como a temperatura ambiente, a cualquier niño desprevenido, con la seguridad de que su valor nutritivo es insuperable.*

Según aquellos desdichados que han consumido el plato sin saberlo, es delicioso mientras uno no sepa qué contiene. (Vaya un consejo: desconfía de cualquier adulto que te ofrezca un pudín con una cantidad excesiva de chocolate). Mili y Ernesto no lograban imaginar qué clase de persona escogería un alimento como ese voluntariamente.

—Los Alcalde son sólo títeres en el juego de lord Aldor —continuó Rosie—. Le conoceréis tarde o temprano, y entonces no olvidéis...

En ese momento retumbó el gong, llamándolos a la cena de forma ensordecedora. Los niños tuvieron que marcharse a la carrera a fin de que Tendón los encontrara en el cuarto infantil cuando fuera a por ellos. Mientras Mili subía rauda la escalera, en la cabeza le resonaba el nombre de Aldor el Ilustre. Pendía como un presagio. No le hacía ni pizca de gracia que ese sujeto anduviera hurgando en su mente como un gusano gordo que no se deja desalojar.

Cuando Tendón vino por ellos estaban sin aliento, pero él no hizo ningún comentario. Le siguieron en silencio a lo largo de una serie de pasillos y pudieron echar un rápido vistazo a lo que había dentro al pasar por delante de algunas puertas abiertas. Vieron una bodega polvorienta, una habitación pintarrajeada con todos los colores del arco iris y varios cuartos en los que sólo había algún objeto extraño y

solitario, como una bañera para pájaros, una cascada y un castillo hecho por entero con bloquecillos de construcción. Se detuvieron ante unas magníficas puertas blancas, que se abrieron lentamente como respuesta a un rocío del vial vaporizador de cristal azul que Tendón parecía llevar siempre consigo. Dos lacayos de librea escoltaron a los niños hasta sus sitios y luego se retiraron discretamente a sus puestos junto al trinchante.

El comedor era tan ostentoso como cabía esperar de cualquier sala en Casa Cebón. La mesa estaba puesta con candelabros y cristalería centelleante; adornaban las paredes frescos con escenas de antiguos banquetes y junto a cada plato había un copón de peltre; Mili ya había contado varios botellones de vino. Pero la pieza central de la habitación era la imponente mesa de madera oscura. Era tan larga que quienes se sentaran en las cabeceras iban a necesitar megáfonos para oírse el uno al otro. Las sillas talladas eran de estilo Tudor, tan altas que la cabeza de Mili apenas llegaba a la mitad del respaldo y sus pies no tocaban el suelo; se sentía muy pequeña alojada allí, en un asiento donde habrían cabido cuatro personas. Los apoyabrazos curvos terminaban en zarpas de león. Por un momento la niña creyó ver cómo se contraían, pero sabía por experiencia que, cuando se mira fijamente un objeto el tiempo suficiente, parece cobrar vida ante tus ojos.

En el grandioso comedor pendía un silencio solemne, quebrado tan sólo por el tictac de los relojes que había en el trinchante. Mili observó el refulgente despliegue de cubiertos junto a su plato de plata. Nunca en su vida había visto tantos cuchillos, tenedores, cucharas y pinzas. Ella lo desconocía todo sobre las normas de etiqueta en la mesa, y si comía con cuchillo y tenedor era porque la obligaban. Esa ignorancia iba a causarle una rabieta a la señora Alcalde.

Los niños se revolvieron en las sillas e intercambiaron una mirada de angustia; los dos habían notado al mismo tiempo que la mesa estaba puesta para seis comensales.

SEGUNDA PARTE

ACERTIJOS Y PROBABILIDADES



Bon appétit

A PRIMERA EN LLEGAR al comedor fue una chica de unos quince años, o eso parecía, cuya aparición provocó cierta confusión. Su pelo renegrido se erizaba en varias púas, cada una de las cuales era un claro desafío a las leyes de gravedad, y se había puesto tanto kohl^[4] en los ojos que cualquiera habría pensado que venía de una reyerta callejera. Sus ropas también eran negras, cargadas de cadenas plateadas que repiqueteaban a cada movimiento suyo. Llevaba ceñida al cuello una correa de cuero decorada con tachuelas, un gran imperdible en una de sus fosas nasales y botas tochas con cordones.

—Los nuevos agregados a la familia —comentó la muchacha con sarcasmo, mientras se dejaba caer sin ceremonias en una silla y comenzaba a escarbarse las uñas melladas con un cuchillo—. Lo que siempre he soñado: un hermanito y una hermanita.

Estaba claramente fuera de lugar en Casa Cebón. Mili le encontraba más aspecto de ser la novia de Frankenstein que la hija de los Alcalde.

La chica se hundió aún más en la silla y puso cara de pocos amigos cuando sus padres entraron y tomaron asiento frente a los niños.

La expectación cargaba el ambiente de la estancia ahora que sólo quedaba un cubierto libre en la cabecera de la mesa. Mili y Ernesto lo percibían a pesar de no tener la menor idea de la posible identidad del último comensal. De pronto las puertas blancas se abrieron de par en par. Ellos apenas alcanzaron a ver que la irascible muchacha ponía los ojos en blanco y sus padres saltaban de los asientos, en un gesto de bienvenida, antes de que un hombre entrara levitando en la habitación.

Probablemente imaginéis que, cuando alguien «entra levitando», hay algo elegante y grácil en su manera de caminar, pero no es eso lo que quiero decir, en absoluto. Lo que digo es que levitaba, caminaba en el aire, en sentido literal; sus pies, en vez de tocar el suelo, pendían a un palmo de él, lo cual aumentaba su estatura, ya notable, y le asemejaba más a un fantasma que a un hombre. Los niños adivinaron que se trataba de Aldor el Ilustre aun antes de que fuera formalmente presentado.

—Bienvenido, Señoría. Nos honra en grado sumo con su presencia esta noche —parloteó con efusión la señora Alcalde. Junto con su esposo, procedió a halagarle y afanarse en derredor como si su vida dependiera de que él la aprobara.

Lord Aldor era mucho más alto que todos ellos. Cubría la delgadez extrema de su cuerpo con un fino traje talar de suaves pliegues y mangas de campana que le llegaban casi a las rodillas. Su tez era de una palidez enfermiza y las mejillas, de tan hundidas, se le pegaban al hueso. Tenía la expresión ausente propia de quienes consumen su vida en intrigas execrables. Mili observó cómo avanzaba hacia su asiento, y entonces reparó en un delgado ovillo de humo que, según iba a tener ocasión de descubrir más adelante, arrastraba siempre tras de sí.

Mientras que los anfitriones se sentían sobrecogidos de forma ostensible por la presencia del recién llegado, este contemplaba las bufonadas del matrimonio casi como un padre indulgente que estuviera al límite de su paciencia.

Lord Aldor se inclinó para besar la mano a la señora Alcalde.

—Mi querida dama —le saludó con esa voz suya tan sonora como la de un oboe—, está tan radiante como de costumbre.

La mujer apenas pudo contener su entusiasmo al recibir ese cumplido. Se ruborizó, toda aturullada, y cuando quiso hablar sólo emitió una risita aniñada.

El mago se deslizó hacia su lugar en la mesa despacio, como si fuera a cámara lenta. Se había recogido la barba luenga con una trenza, pero llevaba alborotados los cabellos blanquiazules, cuyas finas hebras le llegaban hasta la cintura. La luz del salón arrancaba brillos a los hilos de metales preciosos que adornaban sus cabellos.

Una mueca burlona le curvaba los labios a modo de sonrisa mientras recorría la mesa con la mirada. Mili se sintió traspasada por una punzada de frío cuando sus ojos se encontraron con los del mago. Sus pupilas eran de un color indeterminable; se disolvían constantemente, para reaparecer con un matiz diferente. Unas veces eran dos negros charcos sin fondo, y otras relumbraban como ascuas encendidas. En ese momento eran ambarinas, como las de una víbora de sangre fría.

Tal vez os preguntéis qué podía tener de villano un viejo hechicero con un peinado de lujo y un poco de humo detrás de su persona. Sin duda conocéis el antiguo refrán: las apariencias engañan. Lo que convertía al nigromante en alguien tan terrorífico era su total incapacidad para sentir. Lord Aldor no amaba a nadie ni sentía remordimientos ni valoraba nada. En pocas palabras: era imposible reconocerlo como ser humano.

Si los niños le hubieran visto cortarse accidentalmente un dedo en medio de algún horrendo rito de magia, habrían advertido que su carne era blanca como la panza de una lagartija; si hubieran osado tocarle la mano, la habrían sentido fría como la piedra,

y las posibilidades de morir eran muy altas si se pasaba mucho tiempo en su compañía, tanta era la maldad que brotaba de los poros de su piel.

El brujo sacudió el meñique y el dedo tintineó como una campanilla. De inmediato acudió un torrente de criadas con una humeante variedad de platos, fuentes y bandejas. El soniquete del meñique no era sólo una señal para que entrara el personal de servicio, sino también para que cobraran vida los apoyabrazos de las sillas. Mili pegó la espalda contra el respaldo de roble al ver cómo las garras de león sacudían la servilleta y se la metían con cuidado bajo el mentón. Los dos amigos se quedaron de piedra, pero el resto de los presentes actuó como si aquello fuera de lo más normal. Las garras procedieron a escoger los mejores bocados y los dispusieron en los platos, frente a cada comensal.

Las viandas servidas no se parecían en nada a las que ninguno de los niños hubiera visto ni probado nunca. En la mayoría de las cenas se sirve un primer plato, luego el segundo y finalmente el postre; y, algo más tarde, té o café. En esta cena se servían todos los platos a la vez, a fin de que cada uno pudiese comenzar por donde se le antojara. Si alguien rechazaba un plato que no le apeteciera, el gesto pasaba inadvertido y nadie se ofendía.

Había enormes torres de gelatinas bamboleantes junto a fuentes cargadas de fragante arroz verde y dorado, alas de pollo sazonadas con especias y dispuestas en bandejas de plata en pilas de forma piramidal, cintas tricolores de espaguetis enroscadas en torno de setas silvestres y espolvoreadas con trufas ralladas, tortitas de camarones, anguilas al curry, tarrinas de salmón y espárragos, y montañas de fruta confitada. El niño se alteró cuando vio en el centro de la mesa una fuente con un pulpo a la parrilla servido con una guarnición de pasas y almendras. Los platos más exóticos del mundo se amontonaban en aquella mesa.

La conversación se redujo al mínimo en cuanto empezaron a masticar, momento que la muchacha, peinada como si llevara radios de rueda en la cabeza, aprovechó para dejar la cuchara sobre la mesa y pedir permiso para retirarse.

—No seas tan descortés, Agapanta Regina —siseó la señora Alcalde—. ¡Pero si acabamos de sentarnos!

«Qué nombre tan poco adecuado para esa inadaptada vestida de negro», se dijo Mili. Al parecer, la muchacha pensaba lo mismo.

—Podéis llamarme Ortega —repuso, y dedicó a los chicos un guiño conspiratorio (o sea, como si todos tuvieran algún acuerdo secreto).

A Mili le pareció que sería de buena educación presentarse, pero la señora Alcalde la interrumpió bruscamente.

—Por favor, Agapanta Regina, haz el favor de dar la bienvenida a Bella Ranúnculo y a Mozart Eucalipto. Les apodamos Bella y Mozi para abreviar.

Mili estuvo a punto de atragantarse con una oliva rellena de caviar.

—¡Pero esos no son nuestros nombres! —replicó, enfadada.

—Por supuesto que sí —aseveró la mujer, descartando sin más la objeción de la niña—. Son mucho más monos que los vuestros, ¿a que sí?

Mili torció el gesto y volvió a centrar su atención en la comida, consciente de la inutilidad de perder el tiempo con personas tan frívolas como la señora Alcalde. Por suerte lord Aldor puso fin al asunto de los nombres.

—Supongo que ya se han preparado las invitaciones para el Baile de Abracadabra, ¿verdad? —inquirió. Su voz expresaba tanta emoción como un carámbano.

—Todo está arreglado —le aseguró el señor Alcalde.

—¡Qué ganas tengo! Estoy contando los días —chilló su esposa.

El hechicero le contestó con una sonrisa fría y forzada mientras los dos amigos intercambiaban una rápida mirada. ¿Acaso era una pista? Ese Baile de Abracadabra parecía importante, pero ¿cuál era su finalidad?

—Es el evento mágico más grande del siglo —les informó lord Aldor, adivinando la pregunta que se estaban haciendo—. Reunirá a los artistas más brillantes del Reino de los Taumaturgos.

Esta información era más desconcertante que esclarecedora.

—Bella y Mozi serán nuestros invitados de honor —continuó parloteando alegremente la mujer.

Lord Aldor curvó los finos labios unos instantes y esbozó una mueca agresiva, como si estuviera a punto de pegarla. Luego inspiró hondo y su cara volvió a la impassibilidad de siempre.

—No es un evento para niños —observó con aplomo.

En torno de la mesa reinó un silencio tenso, al que siguió un gimoteo afligido de la señora Alcalde. Los gemidos aumentaron de volumen; la mujer se sonó la nariz ruidosamente y parpadeó, levantando hacia el mago unos ojos desbordantes de lágrimas. Al final lord Aldor decidió que los niños podrían asistir; era mejor que soportar ese despliegue de emociones que tanto le molestaba. Y accedió.

—Pero cuidado de no estorbar —les gruñó.

Ortiga ya se había cansado de esperar el permiso para abandonar la mesa, de modo que bebió el último sorbo de zumo de brandy de miel, soltó un eructo bien sonoro y se levantó de la silla.

—¡Qué modales son esos, Agapanta Regina! —la regañó su madre.

La chica no se molestó siquiera en volverse a mirarla.

—No le hagas caso —susurró el señor Alcalde—. Tiene un temperamento muy artístico. Es cosa de familia, ¿verdad, mi albondiguilla Picasso?



Cuando Mili y Ernesto volvieron al cuarto infantil, Ortiga los estaba esperando. Así, apoyada en la pared y mascando chicle con descaro, se la veía más intimidante que artística. Cada pocos segundos se formaba en sus labios un enorme globo azul que le ocultaba toda la cara. No parecía la misma chica que habían visto antes; la expresión tensa había desaparecido y se la veía más relajada.

—Yo diría que tenemos algo en común —insinuó.

Mili se mostró escéptica.

—¿Qué, por ejemplo?

—Un ardiente deseo de largarnos de aquí.

—¿Por qué habríamos de confiar en ti? A fin de cuentas eres hija de ellos.

—¡Eh! —Ortiga le clavó un dedo en el brazo—. Sólo de nombre.

Aunque su desafecto por los Alcalde parecía sincero, Mili seguía desconfiando. Esa chica moraba en Casa Cebón y ellos no podían permitirse el riesgo de confiar en nadie.

En cambio Ernesto parecía cautivado por el rampante descaro de Ortiga, que le hacía palpar el corazón. Él era el primer sorprendido, pero no veía en ella a una rebelde que se pasara las convenciones por el forro, sino a un alma extraviada y solitaria. Tenía la sensación de que entre ambos existía un vínculo invisible.

—Vamos a tolerar esta tontería sólo hasta que ideemos la manera de escapar —barbotó, por congraciarse con ella.

—¡Ernesto! —Mili habría querido darle de patadas.

—Os comprendo bien. —Ortiga, con complicidad, bajó la vista a los incómodos zapatos de laniña y dio un capirotazo a uno de los lacitos que adornaban su vestido

—. He pasado por lo mismo, creedme. Mis queridos padres me han dado abundantes motivos para chivarme. Os soplaré todo lo que sepa.

Al ver que la señora Basilisco pasaba el dedo enguantado por la superficie de una consola, en busca de la más mínima mota de polvo, Mili recordó lo expuestos que estaban.

—¿Dónde podemos hablar sin peligro? —preguntó.

—Mi dormitorio está en el piso de arriba; nos encontraremos allí mañana a esta hora.

—¿Cómo sabremos cuál es tu habitación? —quiso saber Ernesto.

—Lo sabréis.



Todos los sábados por la tarde, mientras el señor Alcalde iba a la ciudad a visitar las salas del Ayuntamiento, su esposa se metía en la cama para lo que ella denominaba «sueño reparador», aunque en realidad no dormía mucho. Su actividad consistía en dar vueltas y vueltas durante veinte minutos, y a continuación dedicaba unas cuantas horas a hojear montañas de revistas de papel cuché sin dejar de mordisquear dulces de importación; a su modo de ver, cualquier posición medio reclinada contaba como descanso. Ese sábado no fue una excepción, lo cual concedió a Mili y a Ernesto total libertad para conspirar a puerta cerrada en el cuarto infantil. La niña había convencido a la señora de que necesitaban trabajar a solas en la preparación de una sorpresa para el Baile de Abracadabra. Abrumada por una mezcla de orgullo maternal y entusiasmo, ella les había concedido generosamente todo el tiempo del mundo.

Tras dejar a la mujer absorta en un ejemplar de *Arpía* y una aterciopelada caja de Copitos Cappuccino, los niños se retiraron a su habitación para ponerse manos a la obra. Ernesto vacilaba entre analizar el misterio de las sombras robadas o jugar con un tren en miniatura.

—Tenemos que apoderarnos del vial vaporizador de Tendón para abrir las puertas —le instó Mili por tercera vez.

Pero la única respuesta que extrajo de Ernesto, quien, como todo chaval que se precie, había sucumbido a la pasión de las máquinas y la locomoción, fue:

—¡Brummmmmm!

—¡Esto es una trampa! —exclamó su amiga antes de tirar el tren por una ventana abierta—. ¿No ves que te estás dejando seducir por juguetes y aparatos?

—¿No podría dejarme seducir siquiera cinco minutos más? —imploró él.

—¡Venga, hombre, reacciona! —le reprendió Mili, mientras le agarraba por los hombros y le sacudía con fuerza para que recuperase el sentido común...

... pero antes de que pudiera lograr su objetivo les llegó del pasillo un aullido de alma en pena.

Echaron a correr hacia el dormitorio de la señora Alcalde, cuya puerta estaba abierta de par en par, donde la encontraron acurrucada debajo de un montón de cobertores llenos de volantes. Para su sorpresa, hallaron también allí a Ortega, quien, con un brillo de locura en los ojos, hacía añicos cuantos espejos tenía al alcance de la mano. Su madre no dejaba de proferir un hiriente aullido similar al chirrido de varias uñas arañando una pizarra, sólo que diez veces más agudo e irritante.

Ortega se había desmelenado y hacía volar grandes trozos de cristal. Mili y Ernesto agacharon la cabeza para evitarlos y se quedaron quietos sin saber qué hacer, pues ninguno de los dos había presenciado nunca semejante despliegue de hostilidad. El alboroto acabó tan abruptamente como había comenzado al entrar la imponente figura de lord Aldor.

Con una calma sobrehumana, flotó por la habitación y contuvo a la adolescente con sólo estirar los brazos por encima de ella. Las amplias vestiduras del mago ocultaron de la vista a la muchacha mientras pronunciaba un encantamiento que nadie logró escuchar a causa de la batahola que estaba montando la señora Alcalde.

—A tu habitación —ordenó lord Aldor.

Y ella obedeció con la docilidad de una marioneta.

La madre salió de debajo del edredón con cautela en cuanto su hija se hubo marchado y echó mano de un frasco de Bruma reparadora de agua floral, con la que se roció las mejillas arreboladas y se alisó los cabellos revueltos. Luego, sin prestar atención a aquella ruina de cristales rotos, sonrió a su salvador, agradecida, y empezó a reacomodar sus revistas como si el incidente ya estuviera olvidado.

—Decidme, niños, ¿cómo marcha esa sorpresa especial?

Descubrimientos desagradables

MILI Y ERNESTO DEBIERON ESPERAR hasta que todos los habitantes de Casa Cebón estuvieran profundamente dormidos; sólo entonces se escabulleron hasta el tercer piso para acudir a su cita con Ortiga. La señora Alcalde tardó muchísimo en adormecerse, probablemente porque se había empeñado en que Mili le cantara las nanas de un confuso volumen titulado *Nanas del País de los Sueños*. La niña tuvo que inventarse las melodías sobre la marcha, pues no conocía la mayoría, y resultó ser una tarea ardua, puesto que los versos eran espantosos.

Duerme, duerme, mi pulguita chiflada.
Cierra los ojos y sueña conmigo,
y con las sardinas aventureras
que hacen burbujas con el pegamento.

Todo es de color azul cobalto en mi sueño.

La dama se adormeció al cabo de pocos segundos y Mili notó con cierta alarma que, apenas pasados cinco minutos, comenzaba a sufrir extraños paroxismos durante los cuales se lanzaba hacia arriba, con las extremidades bien abiertas. Cada espasmo duraba sólo unos segundos; luego volvía a caer en la cama y reanudaba sus rítmicos ronquidos. La niña se alejó con sigilo en cuanto estuvo segura de que no la despertarían esas sacudidas y anduvo por el corredor apenas iluminado, donde se alineaban retratos de los antepasados de Casa Cebón. Al llegar al cuarto infantil descubrió que aún no se había librado, por esa noche, de la mala poesía: Ernesto trabajaba en la composición de una *Oda a Ortiga*, que obviamente se le estaba resistiendo.

La niña espió por encima de su hombro.

—Hay que ser tonto para creer que a las chicas nos gustan estas cosas —dijo, pacata, con la intención de que él no continuara por un camino que sólo podía acabar en lágrimas.

—¿Qué sabes tú de eso? ¿Acaso alguien te ha dedicado algún poema?

—No, porque quien tuviera semejante atrevimiento no viviría para contarlo.

—Pues mira, no todas son tan cínicas como tú, Mili. Estoy seguro de que ella

sabr  apreciar mis sentimientos.

—Al menos trata de no irte por las ramas. Tenemos cosas ALGO más importantes que hacer. Anda, vamos.



Ortiga había acertado al decir que su habitación no les pasaría inadvertida. Esto podía deberse, en parte, a su puerta medieval, decorada con enredaderas naturales llenas de espinas que crecían por una calavera con tibias cruzadas. Los chicos llamaron con discreción; dos ojos oscuros se clavaron en ellos a través de la mirilla; luego se oyó descorrerse un cerrojo y la puerta se abrió con un chirrido.

El dormitorio de Ortiga era un caos de trastos en desorden, persianas cerradas y la cama sin hacer; además, el aire olía a quemado. Había una pila de ropas arrugadas en el suelo, junto a una mont a de envoltorios de dulces. El  nico juguete a la vista era un oso marrón con una cicatriz en la mejilla; vestía de cuero negro y bland a un alfanje. All  el rosa estaba prohibido por ley.

Ortiga echó unas cuantas cosas al suelo para despejar un espacio en la cama y que los invitados pudieran sentarse. Se hizo un incómodo silencio hasta que Mili rompió el hielo. Después de la vacilación inicial, el clima se entibi  y los chicos se sintieron lo bastante a gusto para abordar el tema que traían en mente.

— Qu  ha pasado all  abajo?

—No soporto la obsesión vanidosa de mi madre —respondió la muchacha, como al desgaire—. Supongo que se me ha ido la olla. —Jugaba con un botón flojo de su chaqueta militar (negra, no podía ser de otro color)—. Se preocupa más de su esmalte de uñas que de mí.

— Alguna vez tuvisteis una buena relación? —quiso saber Mili, demasiado consciente del vacío que puede crear la ausencia de madre.

—Sólo tengo memoria de haber sido siempre un bochorno para mis padres. —Ortiga suspiró—. Nunca lucía mona y jamás decía lo debido. Después de mí, el Ilustre les aconsejó que no tuvieran más hijos biológicos.

Se hizo un silencio incómodo en tanto los niños registraban los motivos en que se basaba, en gran parte, el antagonismo de la chica. Ernesto intentó cambiar de tema con discreción.

—¿Qué papel desempeña lord Aldor en esto? —preguntó.

—Siempre acude al rescate cuando mi madre no sabe qué hacer. Ella no se atreve ni a estornudar sin su autorización.

—Pero ¿por qué? —inquirió Mili.

—Porque está completamente chalada por él, y mi padre, también. Él los mueve a su antojo, como a peones en una partida de ajedrez.

—¿Y por qué lo permiten?

—Mis padres son trepas sociales; es decir, son capaces de cualquier cosa por llamar la atención. Su trato con Aldor les permite mantener el tren de vida que llevan. A cambio sólo tienen que sonreír y estrechar la mano a la gente.

—Sigo sin comprender —confesó Ernesto.

—Pues mira, es muy simple —explicó la muchacha—: Eso se llama codicia.

—¿Y qué es eso del Baile de Abracadabra?

—Lo están organizando por todo lo alto, lo cual significa que esperan ganar algo con eso.

—¿Se sabe quiénes serán los invitados a quienes no debemos estorbar?

—Están invitados todos los magos conocidos y respetados en el Reino de los Taumaturgos.

Ernesto se maravilló ante la idea de que existiera un reino dedicado por completo a la magia.

—Nunca he conocido a ningún mago —comentó.

—Pues aquí verás un buen espectáculo. Comparados con esos tipos, mis padres parecen aburridos.

Mili se dijo que había llegado el momento de salir pitando al ver que su amigo rebuscaba algo en sus bolsillos.

—Será mejor que nos larguemos antes de que alguien se percate de nuestra ausencia. Me alegra que te sientas mejor, Ortega —dijo...

... y trató de empujar a Ernesto hacia fuera, rogando que se dejara llevar sin oponer resistencia. Lo último que necesitaba era que él complicara las cosas enamoriscándose. Además, ¡Ernesto le pertenecía! Después de dedicar tantos años a cultivarlo, no iba a permitir que cualquier chica vestida de luto se lo llevara así como así.

Por desgracia sus plegarias no fueron oídas. El chico había tenido su poema muy presente durante toda la conversación y no hacía sino esperar el momento oportuno

para declamarlo. Y como ese parecía un buen momento, extrajo el papel del bolsillo, inspiró hondo y fijó la mirada a media distancia, recurso bien conocido de todos los que deben hablar en público. Sin la menor introducción, se lanzó a un recitado teatral.

A Ortega

Hubo una chica llamada Ortega
con el pelo del negro del hierro más candente,
con la nariz por un imperdible atravesada,
más agudo que la espina más afilada.
¡Jamás vimos chica tan valiente!

Mili contuvo el aliento, segura de que a continuación se oiría una carcajada, pero no fue así: Ortega miró con otros ojos a Ernesto cuando este hubo terminado la declamación.

—¡Ostras! Muchas gracias, Erni. Es la primera vez que alguien me dedica un poema.

Y le dio un puñetazo amistoso en el brazo. Ernesto estaba tan feliz como si le hubieran descargado una camionada de raras piedras preciosas en la puerta de su casa.

—¿Amigos? —ofreció la chica, esperanzada.

—Amigos —convinieron los niños.

Se estrecharon los tres la mano y, por segunda vez, comprendieron que no estaban solos. Se había establecido un pacto.



Todos los miembros importantes de la mansión parecían llevar encima uno de esos viales vaporizadores de cristal azul. Era prioritario apoderarse de uno de ellos, y así lo acordaron. Eso les brindaría acceso a todas las habitaciones, lo cual significaba que podrían investigar sin obstáculos. Si bien no tenían una idea exacta de lo que esperaban encontrar, cualquier investigador que se precie sabe que toda puerta cerrada con llave lo está por algún motivo. Hasta donde llegaba su información, los únicos que poseían esa preciosa esencia eran los Alcalde, lord Aldor, Tendón y la señora Basilisco. Sin duda sería imposible coger desprevenidos al mago y al ama de llaves; por tanto, las únicas opciones eran los Alcalde o Tendón, a los cuales creían poder

engañar con más facilidad, pero tendrían que robar la ampolla sin ser descubiertos. Si los pillaban, irían a reunirse con los otros prisioneros en la mazmorra, y entonces ya podrían despedirse de cualquier esperanza de escapar.

Mili y Ernesto debieron esperar una semana antes de que se les presentara la oportunidad de escamotear una ampolla, y cuando surgió fue casi por casualidad. Los dos amigos se habían puesto a explorar los mil y un rincones de Casa Cebón que no les estaban vedados por puro aburrimiento. En la amplia y despejada cocina, con sus lajas de piedra, alguien golpeaba un pulpo contra la mesa de mármol para hacerlo más tierno. Los cocineros, ataviados con immaculados delantales blancos, amasaban y apartaban con impacientes patadas a los pollos que correteaban entre sus pies. Mili y Ernesto quedaron especialmente fascinados por la Rueda Robótica Restregadora, un artefacto de brazos metálicos rotativos que sumergía la vajilla primero en agua jabonosa y luego en agua limpia para aclararla.

Un malhumorado chef salió de una habitación blandiendo un gran cuchillo de carnicero y los empujó al pasar; así descubrieron la despensa, en cuyo interior tuvieron ocasión de cerciorarse de que los Alcalde eran muy aficionados a las conservas. Allí se encurtía todo lo que se pudiera. Ernesto no pudo menos que pensar en el abrumado secretario del señor Alcalde; ya no le parecían tan infundados sus temores por el futuro de su lengua. Mientras examinaban aquellos frascos de condimentos y salsas fueron sorprendidos por la ceñuda señora Basilisco, quien los escoltó hasta la puerta de la cocina bien cogidos por las orejas y amenazó con ponerlos a limpiar lentejas si volvía a encontrarlos allí.

Ya estaban a buena distancia de sus garras cuando les llamó la atención un son de música. Mili y Ernesto lo siguieron por una escalera de caracol, tan estrecha que tuvieron que subirla en fila india. La escalera apestaba a calcetines viejos y bocadillos de huevo, pero los condujo inesperadamente a las habitaciones de Tendón: una torreta dentro del ala más apartada de la casa. La puerta a la que llegaron estaba entornada y en el interior vieron, apoyada en la pared, una cachiporra que habían visto a menudo en manos del hombre. Ernesto se lo pensó mejor.

—¿Crees que es buena idea? —susurró.

—Buena o mala, es nuestra única oportunidad de conseguir ese vial vaporizador —replicó ella; luego respiró hondo y empujó la puerta.

Se dieron un buen susto y se les quedó cara de espanto cuando se alzó junto a ellos un horrísono gorgorito de ópera procedente de un maltrecho gramófono

instalado en un estante. Aturdía tanto que estuvieron a punto de echarse atrás. A juzgar por el grito, una señora gorda estaba a punto de arrojarle desde un acantilado, pero antes quería estar segura de que el mundo entero lo supiera. Las notas agudas rebotaban en las paredes y los golpeaban con la fuerza de pelotas de cricket.

La pequeña habitación circular estaba asombrosamente limpia y ordenada. Los rescoldos de la chimenea la calentaban y le conferían un aspecto acogedor. Había una cama de hierro con un colchón medio hundido situada debajo de un ventanuco arqueado por el cual Tendón tendría difícil asomar la cabeza, al menos según los cálculos de Mili. El cuarto parecía diseñado para albergar a un elfo, no a un ogro como él. En el alféizar descansaba un manual tocho titulado *Ópera para tontos*; las páginas se alborotaban con el soplo de la brisa. Completaba el mobiliario una silla rústica cubierta con un echarpe lleno de remendones. Un cuadro torcido pendía de la pared; parecía pintado por los dedos de un niño.

Se accedía a un cuarto de baño aún más minúsculo por otra puerta también entornada, pues Tendón no se había molestado en cerrarla, seguro de estar completamente solo. Al mirar por la rendija, los chicos se encontraron con un espectáculo perturbador: el hombrón estaba en una bañera de hojalata rebosante de agua y a punto de desbordarse, rodeado de burbujas y espuma. A su lado, en una fina taza de porcelana, humeaba té. Su cara se reflejaba en un espejo con forma de corazón empañado por el vapor.

La música había embelesado al gigantón, que permanecía con los ojos cerrados y una sonrisa de satisfacción como nunca antes le habían visto mientras un patito de goma cabeceaba junto a él en el mar de burbujas. Los fisgones descubrieron en la repisa de piedra una sorprendente cantidad de accesorios para el baño: una gigantesca piedra pómez, un cepillo colgado de un cordón, un bol lleno de bombas de baño efervescentes, una máquina de afeitar y un frasco de Burbujas Beso de Banana.

Tendón cantaba al son de la música del disco mientras se restregaba y de vez en cuando utilizaba el cepillo de batuta. ¡Conque ese era el santuario privado en el que el hombrón desaparecía todas las noches, entre las seis y las siete, único momento del día en que estaba libre de preocupaciones! Los niños se hubieran echado a reír en otras circunstancias, pero sabían demasiado bien cuáles serían las consecuencias si los descubrían en aquel lugar.

—¡Allí! —indicó Mili por señas...

... al ver unas botas junto a la puerta del cuarto de baño.

El vial de cristal asomaba imperceptiblemente bajo la lengüeta de una bota. Sin perder de vista la espalda velluda de Tendón, la niña se arrodilló en el suelo y alargó una mano vacilante para retirar con extrema cautela la ampolla de su escondrijo. Sustrajo el vial veloz como el rayo y trasvasó el contenido a un frasco vacío, rotulado «Brujas de medianoche», que les había facilitado Ortega. Se lo entregó a Ernesto una vez terminada la operación y devolvió el vial al sudado escondrijo, esforzándose por evitar todo contacto con la bota.

Los niños estaban tan satisfechos con su logro que no escucharon el chapoteo del agua: Tendón estaba saliendo de la bañera. La puerta se abrió de par en par y el gigante apareció con un albornoz y pantuflas de conejito. Se miraron fijamente en desconcertado silencio durante un minuto largo; por suerte, Ernesto había tenido el buen tino de esconder la botella a su espalda y meterla bajo el cinturón.

—¡Mil perdones, señor! —tartamudeó al tiempo que retrocedía—. No queríamos molestarle.

—Es que estábamos jugando al escondite y nos hemos extraviado —agregó la niña.

Tendón parecía más avergonzado que furioso; se agachó hasta poner la cara a la altura de ellos.

—Ya tenéis la habitación infantil para jugar —refunfuñó mientras avanzaba hacia ellos.

Los chicos huyeron a toda carrera por la escalera de la torre y no se atrevieron a detenerse hasta que les faltó el aliento. Entonces utilizaron la ampolla recién sustraída para abrir la puerta más cercana: la de la biblioteca de Casa Cebón, una habitación sombría y sofocante de techos altos y abovedados e innumerables tomos alojados en anaqueles cubiertos de telarañas. Los estantes cubrían todas las paredes desde el suelo hasta el cielo raso. Las motas de polvo en suspensión revoloteaban en los haces de sol que se filtraban por las claraboyas mientras las velas chorreaban cera. El silencio era ensordecedor.

Mili se acercó a un estante para retirar un grueso volumen, pero cuando trató de abrirlo descubrió que estaba cerrado con llave. No figuraban el nombre del autor ni la fecha de publicación; en la cubierta sólo se leía el título: *Breve tratado sobre el dominio mundial*. Los otros tenían nombres igual de amenazadores: *El tiempo y la tiranía*, *Delinquir con provecho*, *Cómo dominar el mundo y hacer amigos en seis lecciones fáciles*, *El poder: un goce a tener en cuenta* y *El arte del engaño*. Ernesto descubrió títulos aún más sugerentes en otra sección: *Remedios mágicos a base de*

antipolillas, por madame Listilla, *Ciento una aplicaciones para los huevos de araña* y *El caldo de escarabajos: dieta para echar alas*. Ninguno les serviría de mucho mientras no fueran capaces de abrirlos.

Al devolver a su sitio *Tinturas para curar todos los trastornos de la piel* notaron que surgía luz por detrás de un estante. Por un momento estuvieron a punto de iniciar una retirada apresurada, pero algo los impulsó hacia delante. Con el corazón palpitante, retiraron con suavidad varios volúmenes de su lugar a fin de continuar investigando. Un vistazo a la rendija les reveló cuán peligroso era su descubrimiento. Habían tropezado con el prestidigitador, que estaba trabajando en su refugio. Si lo piensas un poco, esta palabreja imposible (¡prueba a decir «prestidigitador» en voz alta!) va de maravilla para definir a los magos, pues combina la idea del ¡tachaaán!, cuando hacen un truco de magia, con la de los fríos dígitos.

El taller de lord Aldor era una cocina estrecha y en penumbra, repleta de todo tipo de especímenes horrorosos: una tortuga pendía de las vigas de la techumbre; una palma de gorila servía de cenicero junto a unas orejas que en otros tiempos habían pertenecido a un perrillo de aguas, y en el interior de una bandeja de plata se bamboleaba un trozo de hígado crudo. Amontonados en una mesa de mármol se veían platos de bacteriología sucios, cuyo contenido había cristalizado, y varios implementos científicos más.

Y allí estaba lord Aldor en persona, frente a los niños, inclinado sobre su quehacer: ensartar de manera despreocupada escarabajos australianos en un hilo de pescar. De vez en cuando se llevaba a la boca algo que cogía de un cuenco lleno de confites gelatinosos. Los dos niños dieron a la vez un paso atrás; pero antes de que pudieran apartarse de esa horrenda escena sin ser detectados, el mago levantó súbitamente la cabeza para mirarlos mientras recogía el cuenco de gelatinas transparentes; entonces los chicos vieron que el contenido se retorció.

—¿Os apetecen unas larvas?

Hasta el cielo

ASARON LOS DÍAS y las espectaculares escenas de Casa Cebón llegaron a hacerse familiares. En más de una oportunidad los niños se preguntaron si estarían destinados a pasar el resto de sus días en medio de ese lujo ocioso. La responsabilidad de ayudar a los otros descansaba íntegramente sobre sus hombros, pero ¿qué meta podían alcanzar con los escasos medios que había a su disposición para orientarse? Mili y Ernesto pasaron muchas horas insomnes tratando de aclarar el misterio de las sombras. No había nadie que respondiera a sus preguntas ni que explicara las intenciones de lord Aldor. En esos momentos echaban de menos más que nunca la previsibilidad de la vida que habían llevado en Villacana, que ya no les parecía tan monótona, y los consejos sensatos que los adultos de la ciudad no dejaban nunca de ofrecer. Además, existía el enigma de las sombras que se habían reunido con sus dueños sólo para que se las encarcelara en las mazmorras de Casa Cebón. Mili y Ernesto eran conscientes de que deberían trazar un plan basado por entero en su ingenio y su inventiva para hacer posible la fuga de los prisioneros. Hasta entonces no habían tenido mayores oportunidades de exhibirlos. En vez de eso, pasaban largas horas en el cuarto infantil, jugando con algún artefacto nuevo, o en el comedor, probando nuevas delicias gastronómicas.

Además, daba la impresión de que lord Aldor los observaba cada vez que trataban de reunir pistas. Cuando se escapaban a los jardines para conferenciar con Rosie y Leo, allí estaba él, sentado en un banco, siempre con su sardónica sonrisa. Cuando bajaban a las mazmorras para llevar secretamente algún bocado a sus hambrientos amigos, allí aparecía él de la nada, como si estuviera empeñado en descubrir todos sus planes. Cuando quedaban con Ortega para encontrarse en la habitación del baño para pájaros, le encontraban esperando junto a la puerta y debían pasar de largo, como al desgaire, fingiendo que iban a otro lugar. Cada día se sentían más abatidos, hasta que, cuando menos lo esperaban, hicieron un descubrimiento.

Mientras los niños leían tranquilamente en el cuarto infantil, Ortega vino a anunciarles que lord Aldor partiría para ocuparse de asuntos importantes. El señor y la señora Alcalde deberían haberlo acompañado, pero en el último momento se arrepintieron, porque no soportaban separarse de Bella y Mozi, sus preciosos pupilos.

A pesar de la nostalgia, a los niños no les costaba demasiado asumir el papel de Bella y Mozi: tenían toda una mansión para explorar, festines todas las noches, tutores que los adoraban y, además, la amistad de Ortega y los prisioneros; pero el saberse reducidos a los terrenos de Casa Cebón hacía que continuaran con el plan. La mansión era una cárcel a pesar de todos los lujos y por añadidura veían a sus amigos privados de libertad y dignidad.

Mili apenas pudo reprimir el entusiasmo al ver que Tendón se llevaba a lord Aldor en el largo coche gris, levantando a su paso una nube de polvo. No sólo estarían momentáneamente libres de la opresiva presencia del mago, sino que también los magnánimos Alcalde habían salido a inaugurar un invernadero y las obligaciones oficiales los retendrían en Villacana la mayor parte de la mañana.

—Es hora de poner manos a la obra —anunció Mili con decisión mientras se frotaba las manos.

—Si te es igual —objetó Ernesto—, creo que por hoy ya he tenido bastante. Preferiría acostarme temprano.

—¡Pero si es mediodía! —le recordó la niña—. Y, en todo caso, no podemos darnos por vencidos.

El chico casi lamentó que la señora Alcalde no se hubiera llevado a Mili para que le dieran un masaje con piedras calientes. Tenía la sensación de estar siendo desleal; sin embargo, puesto que era muy inteligente, era consciente de que se trataba de una lealtad mal entendida.

—El señor Alcalde vendería tus órganos de buena gana si le conviniera a sus intereses —le aseguró su amiga.

Luego se puso en marcha hacia el estudio con tanta decisión que a Ernesto no le quedó más opción que seguirla. Por un simple proceso de deducción (es decir, porque miraron en derredor y no encontraron nada mejor) habían decidido que el estudio era el mejor lugar para iniciar la búsqueda. Era muy posible que el señor Alcalde, por ser un lacayo de lord Aldor, tuviera acceso a información importante, aunque no la comprendiera del todo.

Mili dio un enérgico toque a la puerta del estudio. Un momento después se abrió apenas una rendija lo bastante amplia para que los niños divisaran el característico pico negro de cierto flamenco muy nervioso. Aunque advertida de que el secretario escapaba un poco a lo normal, la niña se quedó desconcertada al ver un ave con quevedos y corbata moteada; pero los niños tenemos una capacidad de adaptación

asombrosa: en un abrir y cerrar de ojos ya estaba charlando con él como si fueran viejos amigos.

—Tú debes de ser Milipop Zuecos —aventuró el flamenco de forma obsequiosa—. Pasad, pasad.

Una vez que los chicos estuvieron dentro sanos y salvos, corrió el cerrojo y echó una mirada temerosa en derredor, como si esperara que el señor Alcalde apareciera de un salto en cualquier momento, ladrando órdenes imposibles de cumplir a tiempo.

—Han salido todos y no volverán hasta la noche —aclaró Ernesto en voz baja—. No tienes de qué preocuparte, ¿verdad, Mili?

La niña no contestó, absorta en la contemplación de los armarios de carpetas de la oficina que se alzaban por encima de ella. Puso los brazos en jarras, pero no parecía apabullada, sino todavía más decidida a vencer otro de los obstáculos que se interponían entre ella y la fuga.

—¿Dónde están los archivos secretos, di? —preguntó de sopetón al flamenco.

—¿Los qué? —tartamudeó él.

—Los archivos secretos —repitió Mili—. Sin duda conoces esta oficina mejor que nadie.

—Pues... no sé de ningún archivo secreto... No tengo acceso a ese tipo de información. —Vacilaba—. Pero hay algunos que... Oh, no debo... ¡Acabarán conmigo!

—Escucha. —Ella se arrodilló junto a la trémula ave. En torno de sus patas había ya un montón de plumas rosáceas caídas; el plumón de la cabeza se le estremecía violentamente—. Ernesto y yo queremos ayudarte a salir de aquí, pero antes tendrás que cooperar con nosotros.

El flamenco pareció comprender la importancia de la misión e hizo un gesto de asentimiento después de inspirar una gran bocanada de aire.

—Hay algunos archivos de los que ni siquiera yo tengo llave.

—Esperábamos algo así. —Mili se incorporó para sacar el frasco de esencia de su bolsillo. Desde el encuentro con Tendón en la torre lo llevaba consigo, a la espera de que se presentara la ocasión de darle uso.

—En ese caso, de acuerdo —aceptó el ave, con cara de haber hecho un trato con el diablo—. Ahora bien, si alguien pregunta, no he tenido ninguna participación en estas actividades traicioneras. Por el contrario, hice todo lo posible por impedir que llegais a los archivos secretos, pero estaba en inferioridad numérica. ¿Vale?

—Vale.

La sonrisa traviesa de Mili no era como para calmar los nervios del secretario.

Condujo a los niños hacia la cosechadora de cerezas, la cual, vista de cerca, parecía bastante insegura. A Ernesto se le cayó el alma a los pies. El muchacho se consideraba de cierta utilidad mientras no apartara los pies del suelo, pero las alturas le asustaban, y cuando se ponía nervioso tendía a chillar como un conejo atrapado o, según le decía Mili con fruición, como una niña. Había estado rogando que la suerte lo acompañara por una vez y que los archivos estuvieran cerca del suelo, pero en ese momento recordó, como si hubiera sucedido ayer, que cuatro años antes había pisado una bellota partida; eso significaba que aún le quedaban otros dos años de mala suerte.

La cosechadora de cerezas ascendió entre sacudidas, moviéndose de una manera muy inestable. Ernesto empezó a sentir náuseas tras cinco minutos de vacilante ascensión. Aún no se veía el techo y tampoco podían ver ya el suelo.

—No mires hacia abajo —le aconsejó Mili al ver que se ponía verde, con el matiz enfermizo de las coles. Tampoco a ella le gustaba mucho ese paseo, pero no cometería el error de expresar sus temores delante del chico.

La cosechadora se detuvo al fin con una sacudida y los niños bajaron los ojos para ver el abismo en que se había convertido el estudio, allí abajo.

El armario ante el cual se habían detenido les desilusionó, pues parecía normal y corriente; no tenía aspecto de contener información clasificada. La única diferencia entre ese y los demás era que su contenido estaba guardado tras un fuerte candado rojo. La niña apuntó con decisión la ampolla hacia la cerradura y oprimió el émbolo; de inmediato vio que el candado caía rebotando. Aunque escucharon con atención, la altura era tal que ni siquiera oyeron el golpe contra el suelo.

El hueco del armario era muy grande y se sintieron burlados al descubrir su contenido: una única carpeta. Cuando Mili se asomó para recogerlo descubierto, la distancia entre el armario y la cosechadora de cerezas pareció crecer de forma descomunal. Por un terrorífico instante, el vehículo dio una sacudida y la niña se encontró colgada peligrosamente hacia delante. Por fortuna el flamenco tenía sobrada experiencia en ese tipo de emergencias y actuó con la sangre fría de los auxiliares de vuelo cuando el avión entra en una zona de turbulencias: utilizó la corbata como lazo para sujetar a Mili, al tiempo que daba a Ernesto unas palmaditas tranquilizadoras en la cabeza.

Una vez que la carpeta estuvo bien segura bajo el brazo de Mili, el ave maniobró con los rígidos mandos de la cosechadora para iniciar el bamboleante descenso...

... y cuando llegaron sanos y salvos, los niños se instalaron cómodamente en el amplio sillón de piel del señor Alcalde detrás del escritorio, donde se sentaron mientras el flamenco rondaba la puerta, nervioso y alerta a cualquier ruido de pisadas cercanas. La blanda cubierta de la carpeta había asumido un aire de malevolencia y los tres estallaban de expectación. La tensión se palpaba en el ambiente.

Pero les esperaba una gran decepción. Dos decepciones, para ser más precisos. La primera fue que dentro de la carpeta había una sola hoja de papel. Después de tanto esfuerzo, los niños esperaban encontrar un grueso fajo de documentos. Pero la vida es injusta, como bien sabéis. ¡Y eso que todavía no os he dicho cuál fue la segunda desilusión!

—¡Dibujos! —exclamó Ernesto, consternado—. ¡Dibujos sin sentido!

Y, en efecto, así era, la hoja estaba cubierta de garabatos: líneas onduladas, retorcidas, enmarañadas, como las que hace un ordenador cuando se grilla. Era completamente indescifrable. ¿Sería una falsificación? ¿Los habrían llevado al huerto o en verdad la carpeta contenía la información necesaria? Los chicos se miraron con desconcierto en tanto se devanaban los sesos en busca de una solución.

—¡Y pensar que podría estar armando mi nuevo modelo de avión! —se quejó Ernesto, nada solidario.

—¡Mira que te pones membrillo a veces, chico! —replicó ella, acalorada.

—Venga, venga —intercedió el flamenco—, que con pelear no ganamos nada.

Una vez más se concentraron en aquel críptico papel, como si bastara observarlo con mucha atención para incitarlo a revelar sus secretos. La niña miraba aquel documento como si quisiera hacerlo trizas.

—Ábrete, Sésamo —siseó.

Nada.

Fue el flamenco quien decidió probar una idea diferente.

—Pensemos —comenzó—. ¿Cuál es la regla primera y principal de Casa Cebón?

Los niños pusieron cara de no entender nada, hasta que Mili gorjeó:

—¿Que nada es lo que parece?

—Exacto. Los libros pueden ser quesos; los floreros, camellos. Y las carpetas de archivo podrían ser algo así como... bolas de cristal. —Al ver que a Mili y a Ernesto les costaba seguir su razonamiento lógico, se limitó a sugerir—: Probad a hacer una

pregunta a esa carpeta.

La idea parecía ridícula incluso para Casa Cebón, pero Mili no deseaba ser grosera, y aunque pensaba que era una solemne idiotez, se acercó la página a la nariz y preguntó:

—¿Dónde están las sombras? —Puesto que no sucedía nada, bajó el papel y dirigió a Ernesto una mirada desvalida—. No pensaríais que iba a ser tan sencillo, ¿verdad?

Pero no recibió respuesta, pues tanto su amigo como el flamenco observaban, atónitos, aquellos símbolos, que habían comenzado a reconfigurarse ante sus ojos. Se iba formando una imagen. Según se tornaba más clara, vieron que representaba las aguas lodosas de un lago. Puesto que había un solo cuerpo de agua en un radio de ciento cincuenta kilómetros, no cabía duda de cuál era: lo que tenían a la vista era, ni más ni menos, las aguas rojas prohibidas de la Laguna Fantasma, y eran todavía más espeluznantes de lo que habían imaginado.

Envalentonada por ese primer éxito, Mili interrogó de nuevo a la página.

—¿Cómo se llega hasta allí?

Surgió a la vista un ondulante mapa de color sepia y la página mostró los cuatro accidentes geográficos reconocibles que componían los Territorios Prohibidos: la ancha y roja extensión de la Laguna Fantasma; pequeños montículos que representaban los Arenales del Bochoro, hábitat natural de los escorpiones mamut, provistos de pinzas cuyas descargas eran de alto voltaje; los Pantanos Roquefort, famosos por emitir una fetidez tan potente que provocaba desmayos; y, por fin, sombreando la esquina superior derecha, las terroríficas Grutas del Eco. Había líneas de puntos que serpenteaban hacia todos lados, pero ¿qué rumbo debían tomar? Tres difusas palabras se deslizaron bajo sus ojos: «Id por sobras».

Por suerte para los niños, el flamenco era un cartógrafo muy hábil; inmediatamente echó mano de pluma y pergamino para copiar el mapa con todo detalle. El entusiasmo crecía minuto a minuto. Al parecer, los diseños de esa página les dirían todo cuanto necesitaban saber.

—¿Qué es el Baile de Abracadabra? —preguntó Mili, ansiosa.

La página empezó a vacilar ante esa pregunta y se puso a zumbear de un modo similar a la estática en el televisor. Se retorció como una lombriz dentro de un cubo. Los chicos presintieron que se avecinaba algo importante. Por fin surgió a la vista un rollo de pergamino manuscrito con una caligrafía pulquérrima. Al mirar mejor, Mili

notó que no era un pergamino cualquiera. Era una invitación... al Baile de Abracadabra, redactada en letras doradas.

Convocatoria a todos los taumaturgos...

Lord Aldor el ilustre requiere glacialmente vuestra presencia en lo que promete ser el evento mágico del siglo:

EL BAILE DE ABRACADABRA

Hora: 20:00 clavadas

Lugar: Salón de Baile de Casa Cebón (amplio aparcamiento en la parte trasera)

Atuendo: Traje de caprícho

Acudid preparados para ser sorprendidos, deslumbrados, cautivados e incluso catapultados al cosmos para alternar con las estrellas del mundo mágico y alucinar con el espectacular final de la Gran Comilona de las Grutas del Eco. (Se desaconseja el espectáculo para blandos y pusilánimes).

ADVERTENCIA: Quienes padezcan de hipertensión o cardiopatías hereditarias deberían consultar con el médico antes de asistir.

Hambrientos de más información, los niños lanzaron una pregunta más, tal vez demasiado profunda:

—¿Qué es la Gran Comilona?

Entonces, por desgracia, la instructiva página se cerró en banda y los diseños, ofendidos por la consulta, giraron tan frenéticamente que, debido a la fricción, el papel estalló en llamas. El fuego devoró el pergamino en pocos segundos y las cenizas se desmoronaron sobre la mesa. Al final sólo quedaron unas cuantas manchas negras en el bonito juego de escritorio del señor Alcalde.

«Id por sobras»

CUANDO EL SEÑOR ALCALDE y su esposa regresaron a casa, después de dispensar limosnas y buena voluntad a un pueblo al que despojaban de su espíritu, lo primero que hicieron (después de encargar una merienda caliente) fue mandar a por Bella y Mozi. Cuando uno tiene la conciencia sucia tiende al sobresalto; por eso la reacción inicial de Mili y Ernesto fue pensar que sus actividades vespertinas habían sido descubiertas. Con el temor de que los Alcalde lanzaran un pelotón de búsqueda si ellos trataban de evitarles, no les quedó más remedio que asumir una expresión ingenua y acudir al llamado de sus nuevos padres.

Los recibieron las caras rubicundas de siempre. La señora Alcalde estaba delante del tocador, como de costumbre, perfilándose los labios, sujetándose los rizos y empolvándose la nariz. Esbozó una amplia sonrisa con sus labios intensamente pintados de carmín y puso los ojos en blanco con ademán misterioso.

—Hora de vuestra lección —comenzó, provocativa. Y los acompañó a una sala que hasta entonces no habían visitado: Estudio Samba...

... una sala de baile muy bien equipada, regalo con que el señor Alcalde había sorprendido a su «musa voluptuosa» en el último aniversario de bodas. La señora Alcalde era una apasionada de la danza y solía dar la murga contando que habría hecho carrera en el mundo del ballet si no hubiese sido por un accidente de equitación sufrido en su infancia, a resultas del cual tenía artritis en los pies. Omitía convenientemente el hecho de que le faltaran unos cuantos palmos de estatura y le sobrarian otros tantos kilos para ser bailarina profesional. Puesto que se había visto frustrada en su vocación, se conformaba con hacer del baile su pasatiempo favorito.

Estudio Samba era una larga sala rectangular de suelo barnizado y plataformas giratorias de pared a pared de cuyo techo pendían luces estroboscópicas y una bola de espejos. Un caballero larguirucho y delgado los esperaba recostado sobre la barra para ejercicios de ballet con una expresión de absoluto desdén.

—¡Marcel! —canturreó la señora Alcalde mientras besaba el aire junto a las dos mejillas del hombre—. He traído a mis querubines y no hay tiempo que perder. Vendremos por ellos dentro de dos horas, ¡y para entonces queremos que sean

expertos!

Marcel le hizo una profunda reverencia. Eso hizo que su lustrosa masa de rizos negros le cayera sobre los ojos; se los echó hacia atrás con un gesto lleno de gracia.

—No *fallaguemos* —dijo con gutural acento francés, zumbando como un abejorro—. Son como dos *ggandes* esponjas listas *paga absogbeg*.

La mujer lo contemplaba con tanta admiración como si tuviera ante sí al mismísimo Adonis. A decir verdad, Marcel, con esos ajustados pantalones de cuero, la camisa de volantes y los zapatos de claqué, se parecía un montón a un actor de cine mudo. Los bigotes encerados se enroscaban por los extremos y las gruesas patillas le llegaban casi hasta el mentón. Miraba a los chicos con una curiosidad tan hostil como si fueran marcianos.

—El *agte* de la danza se basa en la disciplina y la *concentgación*. Sin eso no se puede *haceg* nada. ¡*Obsegvad*!

Dio un salto como si volara e hizo una pirueta en el aire. Los chicos se quedaron horrorizados al ver lo que Marcel ambicionaba para ellos. No les pareció que fuera a digerir bien la desilusión. Ernesto parecía calzar dos zapatos izquierdos, y Mili, los dos derechos.

—¡Esto *segá* un *desastge*! —dijo el chico.

—¡Silencio! La *cháchaga* impide *concentgagse*. Bien, ¿quién *quiegue seg* el *pgimego*?

—¡Oh, yo! —gorjeó la señora Alcalde—. Escógeme a mí.

—Vamos, vamos, *ma petite* —arrulló Marcel—. Más *tagde baguemos bgillag* la pista, *pego ahoga* les toca a los pequeños.

Hizo girar enérgicamente a la mujer. Cuando la soltó, ella continuó girando hasta salir por la puerta, que Marcel cerró con firmeza.

Luego dio unas palmadas y se oyó un rápido foxtrot. Empujó a los niños a sus puestos. Por mucho que Mili estirara el cuello, no pudo ver de dónde provenía la música.

—¡Pie *deguecho*, pie *isquiegdo*, vuelta! —bramó Marcel.

Ernesto, que había practicado algo en la intimidad de su dormitorio del Callejón de la Baratija, era menos patoso que Mili, que le pisó tantas veces que su compañero perdió la cuenta. En una oportunidad los dos giraron simultáneamente y acabaron en el suelo hechos una maraña de brazos y piernas. Los chicos no pudieron menos que reírse de su torpeza, pero Marcel alzó los brazos al cielo, desesperado.

—¡Basta ya! —aulló—. ¡Esto es *hogogoso*! No *quiego volveg a veg* una cosa así. ¡Un poco de *vigog*, niños! ¡*Obsegvad*!

Hizo un *spagat*^[5] lateral en el aire, aterrizó como un gato y se puso a dar saltos de rana por todo el Estudio Samba. Bailó boogie y rock e hizo pasos de ballet, se irguió cabeza abajo y, como culminación, se tendió de espaldas y pataleó en el aire como una mosca moribunda.

Los chicos se vieron obligados a pasar varias horas en el Estudio Samba, tutelados por Marcel. Aprendieron a bailar vals, lo cual les causó cierto bochorno, claqué (que todos creen fácil hasta que lo intentan) y salsa, que les llevó a concluir que el cuerpo humano no está preparado para eso. Mientras bailaban tango, Mili se preguntó cómo sería bailar con Leo. Desechó la idea de inmediato. Lo que no imaginaba era que Ernesto, empeñado en dominar sus pies frente a ella, estaba pensando algo muy parecido respecto a una chica llamada Ortiga.

Por fin Marcel cayó al suelo de puro cansancio, perdida la elasticidad de sus miembros y sus bigotes. Detestaba ver que la gente corrompiera el bello arte de la danza, y esos chicos lo convertían en una burla.

—No puedo *haceg* más —dijo a los Alcalde cuando estos volvieron—. Soy *maestgo*, no mago.

—Es de esperar que vuestra sorpresa no incluya ninguna danza —bromeó el señor Alcalde, codeando a los niños en las costillas.

—¿Qué sorpresa? —Mili había olvidado aquel acuerdo.

—La que preparáis para el Baile de Abracadabra. Nuestros invitados esperan de vosotros algo estupendo.

—Naturalmente. —La niña se obligó a sonreír—. Nuestra sorpresa marcha muy bien.

Un centenar de preguntas martilleaba las sienes de los niños cuando al fin pudieron cerrar la puerta del cuarto de juegos. ¿Qué sorpresa podrían preparar para el Baile de Abracadabra? ¿Cómo se las arreglarían para escapar de Casa Cebón sin ser vistos? ¿Sería la Gran Comilona una especie de festín para bufones? ¿Cómo iban a arreglárselas para atravesar sanos y salvos los Territorios Prohibidos? El mapa indicaba el camino a través de la infame Laguna Fantasma, pero eso no les servía de mucho, puesto que ignoraban dónde estaba esa laguna.

Lo que no imaginaban es que una de esas cuestiones iba a quedar resuelta esa misma noche.



—Disponemos de un mapa de los Territorios Prohibidos —explicó Mili, y mostró a Rosie y a Leo el dibujo del flamenco. Ella y Ernesto estaban en las mazmorras, sentados en un montón de bolsas, con las piernas cruzadas—. Sólo hay un inconveniente: no sabemos cómo llegar hasta allí.

Rosie, pensativa, terminó de pintar una hilera de estrellas fugaces en una lámpara y la puso a secar. Desde hacía una semana se les permitía a los prisioneros cambiar sus agotadoras tareas por la elaboración de ornamentos para el Baile de Abracadabra. Mili sospechaba que era un cambio muy grato.

—El pergamino nos proporcionó una única pista: «Id por sobras» —añadió Ernesto—. ¡A saber qué significa eso!

Leo estaba tallando un rostro en una calabaza y alzó los ojos de inmediato al oír aquello.

—¿Sobras? ¿Os referís al río Sobras, el que atraviesa la finca de los Alcalde y desemboca en la Laguna Fantasma?

Los niños reflexionaron un momento. No habían caído en la cuenta de que las Grutas del Eco estuvieran a media jornada de Casa Cebón, si navegaban por el río.

—Y cuando lleguemos allí —preguntó Ernesto—, a la laguna, ¿qué hacemos? No podemos cruzarla a nado, y me parece que a los Alcalde les resultaría un poquito sospechoso que les pidiéramos un bote.

—Pues bien —musitó Rosie, muy seria— sólo hay una manera de averiguarlo.



Cuando los relojes de Casa Cebón dieron las doce de la noche, Mili y Ernesto bajaron de puntillas a las mazmorras en busca de Leo. Era quien mejor conocía los terrenos de la casa, pues durante su estancia allí había trabajado a la intemperie. Si Tendón escuchó el ruido que hacía el ascensor al bajar al sótano, debió de hacer oídos sordos.

Provisto de una linterna para iluminar el camino, Leo guio a los chicos hasta una puerta trasera; luego cruzaron los huertos y descendieron por las pendientes que ahora

reconocían como las riberas del río Sobras. El frío de la noche les helaba hasta el tuétano a pesar de haberse envuelto en gruesos capotes. Ese rigor los había pillado desprevenidos, pues el clima interior de Casa Cebón se mantenía siempre a una temperatura agradable, y habían olvidado que la naturaleza era algo que no podían controlar los Alcaldes. Las ráfagas de viento también hacían temblar a Leo, pues contaba con la escasa protección de sus pantalones raídos y su chaleco remendado, las prendas que vestía tres años atrás, cuando el coche gris fue a por él.

Los tres bajaron cautelosamente por el ribazo bajo una lluvia fina, tropezando con los guijarros y resbalando en la hierba mojada. Después de casi una hora de caminata llegaron a un puentecillo curvo, de esos que no tienen baranda. La madera estaba podrida y el río gorgoteaba de forma amenazadora por debajo, pero era la única manera de cruzar.

En unos cuantos pasos estuvieron al otro lado del puente. La madera no cedió y nadie cayó al agua, de modo que pudieron continuar la marcha alegremente.

¡Ay!, esto no es el relato veraz de lo que ocurrió en realidad aquella azarosa noche. Habrían podido cruzar el puente sin percances, si no fuera por la gigantesca polilla que decidió meterse entre los pliegues del pijama de Ernesto, justo cuando seguía a Mili y a Leo por esa desvencijada pasarela. Cualquiera otro se hubiera limitado a sacudirse el insecto de la ropa o, al menos, habría dejado el pánico para cuando llegara al otro lado del puentecillo; pero cada uno es como es y Ernesto no podía actuar así. Lo que hizo fue ponerse a saltar como un demente (por cierto, habría sido el orgullo de Marcel), agitando los brazos y tironeándose de la ropa. Los movimientos frenéticos para expulsar a la polilla le hicieron perder pie y cayó al río con un chapoteo. La corriente le arrastró río abajo de inmediato.

—¡Rápido! —gritó Leo.

Abandonaron el camino para lanzarse a través de las matas de la orilla, tan densas y apretadas que a veces apenas podían pasar de costado. Así corrieron como nunca lo habían hecho para rescatar a Ernesto antes de que el Sobras se lo llevara para siempre. Por fin Mili y Leo llegaron a un claro, sin aliento, maltrechos y rasguñados. El muchacho no estaba a la vista.

El corazón de la niña palpitaba con fuerza. ¿Adónde se habría llevado el río a su mejor amigo? Recordó el día en que la Devoradora la había pinchado en el brazo. Habría muerto de no ser por Ernesto.

Leo corría a lo largo del ribazo, alerta como un halcón al menor movimiento.

Pendía sobre el caudal una enorme parra que daba la impresión de colgar del cielo y cuyas hojas formaban una maraña tan densa que ocultaba por completo lo que hubiera al otro lado. A Mili le pareció ver algo durante unos instantes, pero resultó ser un zapato solitario flotando en el agua. ¡El zapato de su amigo! Las lágrimas se agolparon en los ojos de la niña.

Se oyó un grito por encima del rugido de la corriente.

—¡Aghhhhh!

Acto seguido, debatiéndose como un pez, ¡apareció Ernesto!

Mili y Leo se metieron en el torrente para intentar rescatarle, pero pasó como un cohete... y quedó atrapado en la enredadera que colgaba hacia el río Sobras. Lo había inmovilizado como una red. Sus amigos quedaron tan complacidos que, en un primer momento, se limitaron a sonreír de alivio, sin pensar en ayudarlo.

—¿Ya se ha ido la polilla? —preguntó el chico una vez que sintió la tierra firme bajo los pies.

—¡Cabeza de chorlito! —gritó Mili mientras le daba de coscorriones—. ¡Podrías haberte matado!

—Perdonad si os he asustado —dijo su amigo humildemente—. Gracias por salvarme.

Leo le tendió una mano para ayudarlo a levantarse.

—Te diré cómo podrías agradecérmelo —insinuó mientras miraba a ambos con una expresión peculiar en sus ojos verdes.

—¿Cómo?

—Podrías prestarme tu navaja de bolsillo.

Con mucha destreza, el chaval abrió una mirilla en la enredadera y llamó a sus compañeros para que vieran lo que había al otro lado. Ante ellos se abría una vasta extensión de agua que tenía el color de la tinta roja: la Laguna Fantasma. En vez de rizarse, correr a borbotones o bramar, como cualquier curso de agua, ¡ese respiraba! Se movía hacia arriba y hacia abajo, como una siniestra manta roja. Los sonidos de la noche parecían haberse disuelto y sólo se oía el rítmico aliento del agua.

Toda una flota de alegres góndolas amarradas cabeceaba a lo largo del ribazo, a la espera del Baile de Abracadabra; al terminar transportarían a los invitados a las Grutas del Eco. Esas embarcaciones medían unos once metros de eslora; la popa estaba decorada en hierro y la proa se curvaba en forma de cabeza de cisne. Los asientos eran de terciopelo y algunos tenían doseles desmontables de madera para servir de

refugio en caso de mal tiempo.

Una góndola destacaba entre las otras. En el cielo, encima de ella, se habían agolpado unas nubes oscuras que arrojaban sombras amenazadoras a su cubierta. Estaba pintada de oro y en la proa tenía una talla en forma de verraco rugiente. En el centro de la cubierta se veía un trono tapizado de color rojo sangre. No cabía duda: esa embarcación pertenecía a lord Aldor.

Los nueve infames

ORTIGA YACÍA DESPATARRADA en un asiento del carrusel de Mili, fascinada por una foto de Rosco Rufián publicada en la portada del último número de *Credo Negro*, su revista favorita, que sus espías le traían a escondidas. Ernesto tenía la nariz sepultada en un libro titulado *La belleza de los insectos*; estaba empeñado en demostrar a la chica, a quien Mili había descrito el incidente de la polilla de forma muy gráfica, que su relato era una burda exageración. Mili descargaba su frustración contra un cubo de Rubik que ya estaba en las últimas. Su amigo opinaba que se habría desfogado más a gusto con un saco de arena.

—¡Todavía no sabemos nada! —gimió la niña—. A este paso jamás volveremos a casa.

Ortiga arrojó la revista al suelo e hizo un intento por mostrarse optimista.

—Sabemos más que antes.

—¡Pero nos falta la pieza más importante del puzle! ¿Por qué se ofrece ese baile y qué es la Gran Comilona?

Puesto que la muchacha no tenía respuesta que dar a ninguna de esas preguntas, se agachó para recoger la revista. Ernesto tropezó con la imagen de una araña de aspecto sumamente horroroso, de las que no escapan ni aunque las persigas a escobazos, soltó un alarido y arrojó el libro al otro extremo de la habitación, pero se apresuró a recobrar la compostura.

—Lo que no entiendo —dijo— es por qué eso que llaman Gran Comilona se hará en las Grutas del Eco. ¿Qué hay allí? Es lo que me pregunto. ¿Qué tienen de atractivo, si no son más que un montón de cuevas?

—En realidad no sabemos qué hay allí; si alguien ha ido a esas cavernas, no ha vuelto para contárnoslo —especificó Mili en tono exasperado—. No olvides que forman parte de los Territorios Prohibidos.

—¿No se os ha ocurrido pensar por qué motivo están prohibidos? —insinuó Ortiga—. Tal vez allí se esconda algo valioso, algo cuya existencia lord Aldor quiere ocultar a todos.

Apenas hubo dicho eso ocurrió algo inesperado: un repentino golpe de viento

abrió de par en par las ventanas del cuarto de juegos. Fue tan violento que casi derribó a los chicos. Los cristales de las ventanas temblaron, los libros cayeron de las estanterías y los edredones salieron volando limpiamente de las camas. Mili, Ortega y Ernesto se acurrucaron juntos en el tiovivo, que giraba a toda velocidad, bien aferrados a las riendas de un caballo; la ropa y el pelo se les pegaban como una segunda piel. Más de una vez, mientras duró el embate, pudieron imaginar cómo sería estar dentro de una lavadora durante el centrifugado.

Por fin cesó ese viento sobrenatural y el tiovivo aminoró la marcha hasta detenerse. Comprendieron al instante que lo sucedido no era una coincidencia cuando percibieron un gemido lejano que rompía el solemne silencio imperante en la habitación. Aunque apagadas, se distinguían con claridad unas voces tan desoladas que uno sentía deseos de llorar. Era un sonido que los tres relacionaban con estar perdido, solo y sin esperanza.

Mili fue la primera en actuar; salió trabajosamente del carrusel seguida por Ernesto y Ortega, ambos desarrapados como ella.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la muchacha con la voz más trémula que hubieran escuchado nunca.

—Alguien ahí fuera intentaba decirnos algo —respondió el chico en un susurro, como si ese alguien pudiera estar aún presente, callado e invisible—. Algo o alguien que estaba escuchando.

—¿Las sombras? —murmuró Mili.



La tarde siguiente, cuando lord Aldor regresó a Casa Cebón, no venía solo. Le acompañaba una rimbombante procesión de nueve invitados. Estos individuos no eran en absoluto lo que Mili habría imaginado como cortejo para el mago. El grupo parecía una caterva de malvados salidos de un cuento de hadas.

Había un gigante fornido y calvo, sin cejas ni pestañas, que llevaba un arpa de oro bajo un brazo. Mientras caminaba iba charlando tranquilamente con un rey de gnomos que tenía una corona en la cabeza tumefacta y le brotaba vello verde de las orejas; no podía cerrar la boca del todo, pues mucho tiempo atrás había sufrido una severa parálisis cerebral a consecuencia de haber sido burlado por un rebaño de cabras

monteses. De los labios entreabiertos le colgaba un hilillo de baba que iba formando un parche en la solapa de su americana.

A continuación venía la princesa más increíblemente adorable que hayáis visto jamás. Tenía ojos de gacela, azules como zafiros, y el cuello tan largo como el de un cisne. Correteaba tras ella una vieja bruja de orejas grandes y dientes grises; unos cuantos mechones de pelo ralo y aceitoso se le adherían al cuello y a los hombros. Le seguía un pirata cubierto de tatuajes, a tal extremo que no se sabía dónde acababan los dibujos y dónde comenzaba la piel. Caminaba de la mano de una dama enana subida a unos tacones de aguja que llevaba un bolso hecho de cuentas; la barba le colgaba hasta el ombligo e iba emitiendo extraños graznidos (es lo que hacen todos los enanos cuando ríen).

El siguiente miembro de la *troupe* lucía una gorra y una camisola con volantes; era un hombre de apariencia lobuna: entre los labios asomaban dientes afilados como navajas, y la nariz, peluda y larga como un hocico, se estremecía al olfatear el aire. Detrás, una hechicera con una enmarañada cabellera de un rojo dorado iba hablando en susurros con el espejo que llevaba en la mano. Los niños no llegaron a entender los susurros, pero le vieron sonreír con aire ufano al oír la respuesta del espejo. Al final del grupo bailoteaba un extraño hombrecillo de tamaño no mayor que un gato. Sus orejas terminaban en punta y calzaba botas rojas hasta los tobillos mientras decía desafiante una y otra vez: «¡A que no adivináis mi nombre!»; luego se carcajeaba y correteaba por el pasillo.

Aunque los magos eran tan diferentes como el queso de la tiza, todos tenían una característica común: que si te los encontraras por la calle no podrías resistir la tentación de volverte a mirarlos y, probablemente, darías un codazo al amigo que caminara a tu lado para que no se lo perdiera. Porque todos y cada uno de ellos parecían haber salido de tu peor pesadilla.



En los días siguientes, Mili y Ernesto tuvieron muchísimo tiempo libre. Los Alcaldes estaban tan ocupados en atender a los huéspedes de lord Aldor que se olvidaron por completo de Bella y Mozi. La señora Alcalde se pegaba a la princesa como una sanguijuela; con esto no quiero decir que intentara chuparle la sangre para obtener

nutrientes, sino que, fascinada como estaba por la belleza de la joven, imitaba todos sus movimientos. Entretanto, su esposo dedicaba gran parte de su tiempo a escribir libretos para *sketches* breves con la esperanza de que fueran incluidos en los entretenimientos de la velada y de la noche del baile; si alguien dejaba escapar la más leve risita ante uno de sus chistes, él se sentía muy halagado. A lord Aldor, en cambio, había que tratarle igual que a un rey: todos se comportaban como si su mayor ambición en la vida fuera lograr la aprobación del nigromante, pese a los aires que se daban los hechiceros del grupo.

Los nueve personajes estaban diseminados por diversos dormitorios de Casa Cebón y los chicos no podían dejar de tropezar con ellos. Por orden de sus padres debían hacerles siempre una reverencia y preguntarles si deseaban algo. Por lo general, sólo pedían indicaciones para llegar a alguna parte, pero cierta vez la hechicera les solicitó algo muy tedioso: los chicos debieron recorrer minuciosamente los jardines en busca de ciento ocho briznas de hierba cuyas puntas hubieran comenzado a marchitarse, lo cual los obligó a andar doblados en dos por todas partes, inspeccionando cada brizna en busca de las que cumplieran con los requisitos. Puede parecer algo sencillo, pero como los jardineros de Casa Cebón eran muy meticulosos en su trabajo, acabó siendo un verdadero desafío.



Los días exentos de ese tipo de tareas les resultaban interminablemente largos, pues había poco en que entretenerse y demasiadas zonas valladas por los preparativos para el baile. Hubo una tarde de tormenta en que debieron recurrir al juego del escondite para matar el tiempo. Cuando Mili estaba a punto de declararse derrotada, encontró a Ernesto instalado todo cómodo frente a un tocador del cuarto infantil, olvidado por completo del juego. Al oír que ella entraba escondió raudo un puñado de tubos y potes en un cajón, al tiempo que la saludaba con exagerado entusiasmo. Mili se quedó estupefacta al descubrir que Ernesto había sometido su pelo a una operación fallida: ahora lo tenía erizado en picos rígidos, más o menos como crestas de cacaatúa. Se había pintado sombras oscuras alrededor de los ojos y una cicatriz dibujada con delineador le serpenteaba por una mejilla. Además se había pegado una cadena desde una fosa nasal hasta el lóbulo de la oreja con algún tipo de adhesivo. Era de esperar

que sus efectos no fueran permanentes. Finalmente, un chal de seda floreada de la señora Alcalde, enrollado en la frente, quería darle un aire de pirata.

—¿Qué estabas haciendo? —se burló Mili.

—Experimentando un poco —respondió él, como al desgaire.

—¿Pues sabes qué te digo? Que estás ridículo.

—¿De verdad? ¿No parezco un tío duro? —imploró Ernesto.



Se acercaba la noche del Baile de Abracadabra, tema recurrente que estaba en boca de todos, y daba la impresión de que nadie era capaz de pensar en otra cosa. Adonde fueran reinaba el caos. Los cocineros corrían cargados con grandes trozos de carne que debían rellenar y asar. Los jardineros recorrían el terreno para asegurarse de que no hubiera una sola hierba mala en los parterres y que cada gravilla ocupara su lugar en los senderos. Las doncellas se pasaban el día acicalando a los Alcalde, en tanto los lacayos vivían para subirse a las escalerillas y decorar cada centímetro del salón de baile. Dondequiera que fuesen los chicos encontraban a alguien dedicado a pulir picaportes, sacudir las cortinas o desahuciar a las arañas de sus telas, en los rincones. Les echaban de todas partes por temor a las huellas pegajosas que dejan siempre los dedos de los niños.

—Los huéspedes querrán recorrer la casa —explicó la señora Alcalde cuando ellos le preguntaron por qué había puesto a todo un ejército de criadas a limpiar las cerraduras con bastoncillos de algodón.

La mujer estaba en su elemento: nunca era tan feliz como cuando daba órdenes a gritos, susurraba amenazas o apuntaba en una libreta rosa el nombre de quien se hubiera detenido a recobrar el aliento.

Mili y Ernesto eran los únicos que temían la llegada de la gran noche. Los Alcalde, cada vez más obsesionados por ponerles presentables, los acosaban con preguntas inútiles sobre la sorpresa que supuestamente estaban preparando.

—Ya está casi lista —parloteó Mili, cuando la nerviosa señora volvió a interrogarla. En ese momento tuvo una inspiración—. Lo tenemos todo bien atado. Sólo necesitaríamos a unos cuantos de esos horrendos prisioneros para que nos ayudaran, si no os molesta.

La señora Alcalde arrugó el ceño.

—Pues... no sé. Pensábamos mantenerlos fuera de la vista la noche del baile. Podrían alarmar a los huéspedes, y lord Aldor no quiere ninguna interrupción.

—Di que sí, por favor —imploró la niña—. Con la ayuda de los prisioneros nuestra actuación tendrá muchas más posibilidades de ser... —Aquí hizo una pausa efectista y juntó las manos con una palmada... ¡maravillosa!

Bastó esa palabra para que la rolliza mujer comprara la idea como envuelta para regalo. Desde que había oído a la princesa utilizar la palabra «maravilloso» se había convencido de que era el epítome de la sofisticación. En cuanto Mili mencionó que la actuación podía ser siquiera un poquito maravillosa, la señora Alcalde decidió concederle cualquier cosa que necesitara para hacerla tan maravillosa como fuese posible. Con toda seguridad, dejar que los prisioneros salieran de sus mazmorras por unas pocas horas no sería un precio demasiado caro por hacer la velada aún más maravillosa. «Qué estupendo —pensó— si la princesa opinara que soy maravillosa. ¡Qué gran golpe de efecto!».

—¡Vale, sea! Pero cuidado de que permanezcan en todo momento entre bastidores, y no diremos nada a lord Aldor, ¿entendido?



Leo se quedó muy complacido cuando Mili le contó la novedad. Aunque ninguno de los dos sabía con certeza de qué serviría el aporte de los prisioneros, ambos estaban de acuerdo en que ya tenían el comienzo de un plan excelente. Sólo una cosa era segura: la noche del baile deberían llegar a las Grutas del Eco antes que lord Aldor. Por mucho que ignoraran qué implicaría la Gran Comilona, estaban casi convencidos de que no sería una simple reubicación de las festividades.

Pero eso no era lo único que los niños tenían en mente. Ernesto echaba de menos a sus hermanos a pesar de encontrarse entre juguetes nuevos y cojines suntuosos. Se preguntaba quién ganaría los juegos de silencio en su ausencia y rogaba que los más pequeños se mantuvieran alejados de su colección de piedras. Los pensamientos de Mili también solían volar hacia su familia. ¿Cómo se las arreglaría su padre sin ella? ¿Se acordaría de dar a Pestoso un hueso al día para refrescarle el aliento? ¿Habría reconocido al fin Dorkus que sus posibilidades de caer fulminada por un rayo de

camino al baño eran de una entre un millón? Tanto ella como su amigo trataban de no pensar en el hogar y en vez de eso se reunían con Leo y Rosie para idear un plan, que paso a describir.

Mili y Ernesto pedirían permiso para abandonar el salón de baile a la primera oportunidad y se escabullirían hacia los jardines de Casa Cebón. Desde allí seguirían el río Sobras hasta llegar a la enredadera enmarañada; una vez en las aguas resonantes de la Laguna Fantasma, cogerían una de las góndolas (con tantas como había, seguro que nadie notaría la falta de una) y cruzarían hasta las Grutas del Eco, donde aguardarían la llegada de lord Aldor y su atroz cortejo de hechiceros. Allí derrotarían de una vez por todas al mago y pondrían a las sombras en libertad. Era un plan pulcro y ordenado. Un plan infalible.

Lo que los niños no podían evaluar era la potencia del hechizo que mantenía a las sombras sujetas en las cavernas. Preveían la victoria, pero no los peligros terribles que les esperaban en la travesía a la Laguna Fantasma. Ni siquiera Mili, con su vivida imaginación, era capaz de concebir la malignidad de la ceremonia conocida como Gran Comilona.

Empolvados, emperifollados y endomingados

RA LA VÍSPERA del Baile de Abracadabra. Los chicos habían cenado hasta casi reventar faisán cocido en clarete, arroz pilaf con setas silvestres, berenjenas rellenas y batatas fritas, pero al refugiarse en su cuarto estaban lejos de sentirse contentos y comentaban con abatimiento las pocas pistas que habían podido desenterrar en las últimas veinticuatro horas mientras esperaban a que los Alcaldes se retiraran para poder bajar a las mazmorras. Tendón se presentó de improviso y anunció que «la Patrona» (así llamaba a veces a la señora Alcalde, en broma) requería su presencia en la Sala de Máscaras.

—¿Qué quiere ahora? —gruñó Mili.

—Hay decisiones que tomar —fue la seca respuesta del gigante.

La niña no cesaba de maravillarse ante el gran número de salas asombrosas que contenía Casa Cebón, pero esa noche estaba cansada y preocupada. Lo último que necesitaba era otra ocurrencia de la señora Alcalde. ¡Pero si se cansaba con sólo pensarlo! Francamente, no estaba segura de poder aguantar hasta el final sin perder los estribos, fuera lo que fuese lo que esa mujer tenía pensado.

La Sala de Máscaras, según descubrieron, era un simple vestidor, pero albergaba una colección de disfraces y vestidos tan amplia que habría podido competir con la de cualquier compañía teatral importante. La señora Alcalde quería escoger los disfraces para el baile. Los chicos pensaron que sería bastante fácil, pero resultó ser un proceso largo y arduo.

El lugar estaba poco iluminado y olía mucho a antipolilla. El polvo era tan denso que Ernesto comenzó a estornudar nada más entrar. Colgados en perchas o dispuestos en los estantes, ordenados por colores, había pelucas, sombreros, mantos y trajes de fantasía para todas las ocasiones posibles. Y maniqués sin cara engalanados con trajes de novia...

... e incluso una armadura completa. Ernesto, una vez que cesaron los estornudos, casi deseó que le invitaran a probársela. Los disfraces eran muy variados: desde una máscara de vampiro con gotas de sangre pintadas en los colmillos hasta un traje de payaso con motas amarillas y anaranjadas. Los accesorios incluían narices de bruja con sus correspondientes verrugas, gafas de plástico y una vitrina llena de uñas y

pestañas postizas. Una pared estaba dedicada por entero a hebillas y cinturones; otra mostraba una colección de máscaras venecianas que te daban la sensación de ser secretamente observado por cien pares de ojos.

Tras la vitrina, sentada en un banquillo, la señora Alcalde se limaba las uñas pintadas de color bermellón. Había seleccionado para los chicos varios disfraces, ya apartados. Les dio una percha a cada uno y señaló el vestidor. La súbita aparición de la espectral señora Basilisco detrás de la cortina les hizo dar un respingo. La habían reclutado para ayudar a los niños y parecía disfrutar con la tarea tan poco como ellos. Mili y Ernesto se probaron cada uno un disfraz como si fueran autómatas, pues a esas alturas de la historia estaban tan habituados a Casa Cebón que ya no les abochornaba verse ridículos, aunque tú o yo, rojos como tomates, habríamos rogado que nos tragara un terremoto.

—Hum —reflexionó la señora Alcalde, mientras apuntaba algo en su libreta perfumada—. No, no me convencen. Probemos con otros, Basilisco.

El ama de llaves sacó a Mili y a Ernesto vestidos de príncipes egipcios.

—Dramático..., pero no acaban de gustarme. ¿Y si probáramos con los trajes de Bo Peep^[6] y Humpty Dumpty^[7]? Sí, veamos cómo quedáis. ¡Me gustan tanto los desfiles de máscaras...!

Al final del proceso, la señora se decidió por convertir a Mili en una «arrebataadora» mariposa con alas multicolores y antenas. Ernesto iría de pastor alpino, con *lederhosen*^[8] y sombrerito emplumado. Y ella tuvo el descaro de preguntarle si sería capaz de cantar a la manera tirolesa, con un grito en falsete, cuando hiciera su aparición.

Mili se dijo que su amigo lo tenía bastante fácil, excepción hecha de la ocurrencia del grito tirolés, mientras que ella, por el contrario, debía meterse en un estrecho tubo cilíndrico hecho de ballenas y seda amarilla fluorescente. Del dobladillo pendían unos vaporosos pañuelos de tul. Sus accesorios eran unas alas que despedían brillos rosáceos, calzas de rayas, guantes negros de rejilla y zapatillas doradas bordadas, dos números menos que el suyo. La señora Alcalde completó el atuendo de Ernesto con gruesos calcetines naranjas y botas de cordones de charol negro.

Los disfraces adquirirían una nota humillante por culpa de los accesorios, que la señora Alcalde había convertido en un arte. La situación se parecía mucho a los postres de los restaurantes de postín, donde te arruinan un pastel delicioso por recargarlo con frutas confitadas, chocolate rallado, flores de mazapán o chorritos de

sirope.

Hubieron de exhibirse dos horas con los disfraces antes de que la mujer quedara por fin satisfecha. Los niños salieron de la Sala de Máscaras sonrojados y demasiado exhaustos para pensar en planes de fuga y en tretas sagaces. De hecho, a esas alturas sólo tenían un objetivo a la vista: acostarse cuanto antes. Regresaron a su cuarto tambaleantes mientras los adultos enviaban sus atuendos para que los lavaran y plancharan.



Mili se incorporó bruscamente en su cama a primera hora de la mañana. El sol se escurría entre las nubes como una bruma de oro hilado; las copas de los árboles, vistas a través de la ventana, parecían tener halos. Casa Cebón aún dormía. Ernesto seguía roncando apaciblemente bajo su edredón azul pastel. Mili se frotó los ojos. Suele suceder, cuando uno sale de un sueño profundo, que tarde varios segundos en registrar los eventos preparados para ese día. Por ejemplo, imaginad que os despertáis el día en que os vais de vacaciones a la playa. Durante unos instantes permanecéis arrebujados en la abrigada cama, sin saber bien qué provoca dentro de vosotros esa sensación agradable y burbujeante. Entonces recordáis que vais a viajar a la playa, os levantáis de un salto y tratáis de recordar dónde tenéis guardados los bañadores.

Lamento informaros de que, en el caso de Mili, esa mañana en concreto no necesitó esos segundos. Sabía demasiado bien lo que le esperaba y la sensación que la colmaba no era agradable ni excitante. ¡Esa noche sería la noche del Baile de Abracadabra!

Salió de la cama y fue a despertar a Ernesto con una brusca sacudida.

—¿Sabes qué día es? —susurró.

—¿Miércoles? —insinuó él, aturdido.

—¡No, es sábado! ¿Recuerdas lo que va a pasar esta noche?

—¿Que iremos a pescar? —balbució Ernesto alegremente.

Por lo general, el muchacho tardaba sus buenos veinte minutos en despabilarse cada mañana, y aún no entendía la pregunta de Mili en toda su importancia. Ella decidió permitirle ese último ratito de paz en tanto recogía las provisiones. No sabía exactamente qué necesitarían para llevar a cabo una gesta como la que estaban a punto

de afrontar, y se sentía demasiado inquieta para volver a la cama. Tomó la taleguilla de piel que le pendía del cuello a un oso blanco de felpa vestido de marinero.

—La necesito más que tú —le aseguró al oso, cuyos negros ojos de cristal parecían mirarla con aire acusador.

No era tarea fácil escoger qué llevar a esa misión destinada a liberar las sombras de Villacana y salvar a los habitantes de una vida rutinaria sin remedio. Al fin Mili se decantó por unos cuantos elementos imprescindibles. En primer lugar puso la ampolla de Tendón, con su esencia secreta, por si surgiera la necesidad de abrir alguna puerta. Luego, el mapa de la Laguna Fantasma, tan solícitamente dibujado por el flamenco gracias a su excelsa habilidad como secretario. Por último añadió la navaja de ébano de Ernesto, junto con un puñado de caramelos blandos, por si necesitaran reponer energías durante el viaje. Cuanto más crecían sus funestos presentimientos, más se afanaba Mili en la tarea. Por fin ató los cordeles de la taleguilla y puso las pantuflas de Ernesto junto a su cama; pero todo eso no sirvió de nada: por mucho que trajinara, la sensación de mal presagio la rodeaba como una niebla.

Cuando su amigo acabó de despertar le mostró los artículos reunidos. El muchacho se puso las pantuflas, complacido al encontrarlas en un sitio tan conveniente, e hizo un severo gesto de asentimiento.

—Vístete —le indicó Mili—. Si nos damos prisa, podremos llegar a las mazmorras antes de que alguien despierte.

Pero ¡ay!, no lograrían nada de eso. La puerta de la habitación se abrió de par en par antes de que Ernesto acabara de vestirse y los niños se vieron asaltados por la señora Alcalde, que estaba entusiasmada. El chico, sumamente abochornado por estar a medio vestir, trató de esconderse detrás de una casa de muñecas, pero la señora, que ya estaba maquillada y con un vestido nuevo, no se lo permitió. Era sorprendente que necesitara tan pocas horas de sueño. No obstante, Ernesto notó que el trazo del lápiz delineador de ojos estaba levemente desviado y que tenía carmín en los dientes; ambos indicios señalaban que los había aplicado con bastante precipitación en su ansia por iniciar las tareas del día.

—¡Bien!

La mujer sujetó a los sobresaltados niños, tomándoles por un brazo para empujarlos hacia sendos cuartos de baño, que ya estaban inmersos en una bruma de vapor.

Mili descubrió con horror que allí la* esperaba nuevamente la silenciosa señora

Basilisco. El ama de llaves solía comunicarse taladrando con su dura mirada a un interlocutor hasta que este adivinaba lo que ella esperaba de él. En esta ocasión sus intenciones eran cristalinas, pues tenía en la mano un cepillo de baño y estaba junto a una mesilla rodante, cargada con una pavorosa variedad de esponjas y lociones perfumadas. Había cremas para retirar las células muertas, cremas para mejorar el tono de la piel, cremas para pulir, reponer y dar lustre. Mili tuvo la sensación de ser un mueble mientras estuvo sometida a las atenciones de la señora Basilisco.

Cuando las caras de los chicos mostraron el semblante patético de un cachorro perdido, los envolvieron en albornoces gigantescos y los pusieron a secar. El agua de las bañeras estaba tan cargada de cosméticos que aquello era como estar sumergido en sopa. Estaréis en condiciones de compadecer a Mili y a Ernesto si habéis pasado alguna vez un par de horas a remojo, como una patata en un baño de sopa, y si no os ha tocado sufrir esa experiencia, deberíais estar muy, pero que muy agradecidos.

Pero el baño era sólo el comienzo del suplicio.

Entraron seis doncellas en la habitación. Por qué seis y no una, os preguntaréis. O por qué no dos, si era absolutamente necesario. Os lo explicaré: la señora Alcalde tenía la firme convicción de que el cuerpo humano se divide en tres regiones principales: superior, media e inferior (más o menos como los reinos del Antiguo Egipto antes de que se unificaran bajo el gobierno de un faraón cuyo nombre no recuerdo). A su modo de ver, cada una de estas tres regiones requería una atención específica e individualizada. Por eso los pobres niños se vieron obligados a soportar los cuidados de tres criadas cada uno.

A las diez en punto llegó la Brigada del Pelo: un equipo formado por los estilistas de la señora Alcalde; vestían monos de mecánico color caqui, pañuelo al cuello y botas refulgentes. Entraron literalmente a la carga, trayendo carritos negros cargados de cepillos gigantescos y secadores turbo.

Más o menos a esta altura los niños intercambiaron una mirada significativa. Si hemos de traducir su expresión, decía que preferían vivir en una caja de cartón, a flote en un mar infestado de medusas, antes que soportar semejante tratamiento un segundo más. Ya habían aguantado tirones, palmadas, frotamientos y pellizcos para el resto de sus vidas. Pero aquello aún no había terminado.

No cometáis la ingenuidad de pensar que con el pelo de los niños no se puede hacer tanto como con el de las niñas. Cada uno de los rizos naturales elásticos de Ernesto fue planchado con un artefacto monstruoso compuesto por dos placas de

cerámica que, cuando se las enchufaba, emitían un calor chamuscante. En cuanto a Mili, no fue ninguna maravilla que su melena salvaje fuera retorcida en coletitas, atada en la coronilla y adornada con abalorios brillantes multicolores. Si movía la cabeza, los abalorios resonaban con un tintineo irritante. Y justo cuando Mili estaba segura de que era imposible lucir peor, la estilista liberó dos mechones y los endureció con productos de peluquería para que permanecieran erguidos como un par de antenas.

La señora Alcalde retrocedió un paso para admirar la obra de arte que había orquestado y quedó muy complacida.

—¡Pero si habéis quedado maravillosos! —exclamó, mientras se tocaba los ojos con un pañuelo, como si estuvieran húmedos de emoción.

Mili y Ernesto lanzaron un suspiro de alivio. Gracias a Di... nosaurios, aquella dura prueba había llegado a su fin.



Ya era media tarde cuando la señora Alcalde los dejó por fin en paz y fue a prepararse ella también para el baile. Mili y Ernesto echaron un vistazo al reloj y luego se miraron el uno al otro, desesperados. ¡Sólo faltaban tres horas para el Baile de Abracadabra!

Como por arte de magia

ILI SE DEJÓ LLEVAR por el pánico al ver que se les acababa el tiempo.

—¡Y ellos esperan «algo grandioso»! —gritó, retorciéndose las manos—. ¿Qué diantre significa eso?

Los niños habían pasado la última hora en las húmedas mazmorras discutiendo posibles ideas para la sorpresa del Baile de Abracadabra. Por el momento sólo tenían tres proposiciones bastante pobres.

La primera fue una carrera de huevos en cuchara, por si acaso los hechiceros nunca hubieran visto alguna y se entretuvieran con las salpicaduras de yema. Difícilmente merecería la calificación de maravillosa.

La segunda opción consistía en bailar una jiga que les había enseñado Marcel, pero eso no contaba como novedad y, aunque la señora Alcalde pudiera encontrarla deliciosa, los niños sabían que viajar a las Grutas del Eco se les haría más cuesta arriba con un miembro fracturado.

La tercera alternativa era emocionarlos recitando algunos versos de Ernesto. Esto, además de revelar lo desesperados que estaban, dependía de que él pudiera escribir versos conmovedores en tan poco tiempo. Los tres planes eran cuanto menos dudosos y les avergonzaba su falta de imaginación; sólo cabía atribuirlo a la vida de excesos que llevaban.

—Tranquila —recomendó Leo, cuando la voz de Mili empezó a sonar chillona como un clarinete desafinado—. Ya inventaremos algo. Como siempre.

Se hizo un incómodo silencio en tanto cada uno trataba de pensar algo creativo. Como bien sabemos, eso es casi imposible de lograr cuando lo intentas, aunque algunos profesores que conozco parecen pensar que la creatividad se puede abrir y cerrar como si fuera un grifo.

Probaron a resumir el dilema, con la esperanza de que la enumeración de los distintos puntos activara la inspiración del poder mental colectivo.

- Debemos preparar una sorpresa.
- Una sorpresa «maravillosa».
- Que se revelará esta misma noche.
- En el Baile de Abracadabra.

—¡Delante de todos los invitados!

—Que esperan algo mágico.

—¡Por no decir maravilloso!

—Vale. —Rosie puso fin a la creciente aflicción. De todos ellos parecía la menos preocupada—. ¿Qué tenéis hasta ahora?

—Hasta ahora... pues... hasta ahora estamos todavía en las primeras etapas de la planificación —titubeó Mili.

—No tenéis nada de nada, ¿verdad?

—Sí —reconocieron los niños, mansamente.

Hasta ese momento habían evitado tocar el tema, con la esperanza de que todos lo olvidaran en el caos de los preparativos. Apenas comenzaban a aceptar que, si no cumplían, no podrían asistir al baile.

Rosie analizó el dilema. Era grande, pero no lo suficiente para causar dificultades graves. Con un dedo en cada comisura de la boca, estiró los labios para dejar oír un silbido penetrante. Casi de inmediato se hizo un respetuoso silencio en las mazmorras. Rosie había decidido que se requería un llamamiento a los prisioneros. Al fin y al cabo, la gente privada de libertad suele tener la imaginación como amiga íntima.

—Estos niños necesitan vuestra ayuda —explicó—. Esta noche van a cruzar la Laguna Fantasma para adentrarse en las infames Grutas del Eco.

Corrieron murmullos de disenso entre los prisioneros.

—¡Es ridículo! —gritó un ex barbero villacanense.

—¡Absurdo! —le secundó otro.

—¿El destino de Villacana, en manos de unos niños? —se mofó un pastelero, antes mofletudo y sonrosado.

—Esta noche será nuestra noche de libertad. ¡Lo siento en los huesos! —gorjeó un antiguo lechero, en tono más esperanzado.

—¡Alguien tendría que dar a ese Aldor y a sus compinches una buena patada en el culo! —chilló una vocinglera matrona, ya entrada en años, haciendo girar el bastón por encima de la cabeza.

Rosie alzó las manos y esperó tranquilamente a que cesara el clamor.

—Esta noche Mili y Ernesto se enfrentarán a graves peligros —anunció—. Tendrán que demostrar una valentía inmensa. Tal vez no triunfen, pero al menos están dispuestos a intentarlo. Son nuestra única esperanza..., a menos que alguno de vosotros tenga una idea mejor. —Aquí hizo una pausa dramática para dar paso a las

respuestas. No hubo ninguna—. Quedaremos en deuda con ellos para siempre si el éxito les sonríe, y merecen que les brindemos todo nuestro apoyo.

Los prisioneros analizaron las implicaciones de la alocución de Rosie entre respetuosos murmullos, todos salvo Ernesto, que a partir de la palabra «peligros» no había registrado nada más. Nadie sabía qué se ocultaba en las cámaras rocosas de las Grutas del Eco, pero todos habían oído relatos que ponían los pelos de punta y la carne de gallina. Nadie se habría ofrecido para ir en lugar de Mili o Ernesto. Esos chicos debían de tener nervios de acero para aventurarse solos por allí.

—Sin embargo —continuó Rosie— antes de que ellos puedan poner su plan en acción, los invitados esperan un espectáculo. ¡A nosotros nos toca ocuparnos de eso!

Se oyeron fuertes vítores, a los que siguió una animada discusión. Se propusieron muchas ideas, que fueron debatidas... y rechazadas. Todo el mundo tenía algo que opinar sobre el tema, pero ninguna opinión se materializó en un plan concreto.

Cuando Mili y Ernesto comenzaban a desmoralizarse, el murmurante gentío se abrió para dar paso al anciano señor Morero, que se inclinó para susurrar algo al oído de Rosie. La cara sombría de la mujer dejó ver poco a poco una sonrisa.

—Preparad vuestras varitas mágicas —declaró—. ¡Haremos que estos niños desaparezcan!



Un Armario de Desaparición requiere varias herramientas esenciales para un carpintero, entre ellas tablas de madera, clavos, martillos y serruchos varios. La señora Alcalde, cautivada por la perspectiva de semejante representación, otorgó a Mili y a Ernesto, con liberalidad, todos los elementos de la lista que le presentaron. Además, los prisioneros tenían a su disposición los materiales sobrantes de las decoraciones hechas para el baile. Construir un Armario de Desaparición no es difícil. El mayor problema era la desaparición en sí. Los niños eran perfectamente conscientes de que, al no ser magos de oficio, tendrían que utilizar otros medios, quizá más enrevesados, para esfumarse.

Avanzaban con celeridad. Cuando llegó la caja de herramientas los prisioneros se lanzaron sobre ella con tanta pasión como si fuera un sabroso lechón asado. Ahora estaban entusiasmados; los impulsaba la perspectiva de la inminente libertad que hasta

entonces habían creído inalcanzable. A decir verdad, tampoco ahora creían que fuera posible, pero la idea había arraigado. Y no hay como tener una misión, realista o no, para fomentar el trabajo en equipo.

Mili y Ernesto prestaron toda la ayuda posible. Los dos recordaban que, en una oportunidad, habían encontrado por casualidad, en la biblioteca de Villacana, un libro para niños muy diferente a los demás. Su cubierta no era prístina, sino vieja y raída; trataba de cierto Circo de Pompón y Borlas y de un gran mago, Fantasio el Fantasioso III, que se introducía en una caja y ordenaba a su asistente cerrar la puerta con candado. Después de una fórmula mágica, seguida de una explosión de chispas azules, se volvía a abrir la caja, pero Fantasio el Fantasioso no aparecía por ninguna parte. El relato pasaba a ofrecer al lector una serie de pistas para hallar al mago desaparecido; por fin se descubría a Fantasio III disfrazado de equilibrista y caminando por la cuerda floja. Cuando los niños trataron de pedir el libro en préstamo, la señorita Línea, jefa de bibliotecarios, puso cara de horror y se apresuró a confiscarlo, sin dejar de echar miradas en derredor por si algún otro se hubiera percatado. Después de murmurar algo sobre no sé qué «descuido», la señorita Línea les aconsejó un volumen más adecuado sobre dos hermanos que perdían a su gatito y lo encontraban trepado a un árbol. Mili y Ernesto jamás habían olvidado a Fantasio el Fantasioso. Ahora ellos también, como el bueno de Fantasio, desaparecerían del baile para escabullirse ante las mismísimas narices de lord Aldor.

Era tal la productividad de los prisioneros que el Armario de Desaparición estuvo terminado en un ratito de nada. Medía dos metros de altura y estaba bastante torcido, pero los presidiarios no habrían podido sentirse más orgullosos del esfuerzo invertido. Para darle un toque festivo le pusieron cortinas amarillas, estrellas refulgentes y papel de plata. Además habían previsto unas ruedecillas para poder llevarlo con facilidad hasta el salón de baile. Prometía toda clase de cosas mágicas. Y lo mejor era el fondo falso, que se podía abrir cuando llegara el momento de que se escabulleran Mili y Ernesto.

El regocijo se acabó cuando alguien hizo una pregunta para la que nadie tenía respuesta:

—¿Cómo harán los chicos para salir del salón sin que nadie los vea?

Mili se desinfló, pero sólo por un instante, pues de inmediato se le ocurrió una idea brillante.

—¡Plumas y volantes! —exclamó, para estupefacción de todos—. ¡Enseguida

vuelvo!

Cuando regresó, cinco minutos después, traía la cara arrebatada de entusiasmo; cargaba una brazada de mantos de colores y chisteras, de los que se había apoderado en la Sala de Máscaras.

—¿Listo para desaparecer, Mozi? —preguntó—. ¡Como por arte de magia!



Los Alcalde vinieron a recoger a los niños vestidos como las antiguas deidades griegas. Ella llevaba el pelo hecho una colmena de rizos y la frente adornada con una diadema dorada; lucía una túnica larga con un cinturón ancho de bronce batido y sandalias de piel entrecruzadas hasta la rodilla; las tiras estaban demasiado prietas y empezaban a cortarle la circulación. El señor Alcalde no vestía más que un taparrabos, sandalias aladas y un casco emplumado, con intención de representar a un guerrero antiguo. Por desgracia, el taparrabos parecía un pañal, y el casco, al obstruirle constantemente la visión, hacía que chocara con todo.

—Será mejor que nos pongamos en marcha, mi estrella olímpica —arrulló el marido, rodeando con un brazo los hombros de su esposa.

—Estoy lista si tú lo estás, mi fornido guerrero —respondió su enamorada.

Los chicos hicieron una mueca de asco y los siguieron hasta el salón de baile.

En el vestíbulo de mármol, muchos de los invitados mordisqueaban entremeses de flores de calabacín y escuchaban a una banda de violinistas gitanos mientras esperaban que se abrieran las grandes puertas del salón. Cuando llegaron los Alcalde y los niños, en el aire del vestíbulo se mezclaban aromas de pimienta, alcohol y cigarros. En la decoración del salón no habían escatimado en gastos. Los techos altos, las columnas blancas y el parqué del suelo hacían de esa habitación, sin lugar a dudas, la más opulenta que los chicos hubieran visto nunca. Estaba lleno de sillones y sofás tapizados de terciopelo; había pedestales de mármol que sostenían complicados arreglos florales. Del techo pendía una colosal araña de cristal donde centelleaba la luz de cien velas.

Cuando el grupo oficial hizo su entrada, cientos de ojos se fijaron en ellos; ¡no todos humanos, fíjate en lo que te digo! Si los Nueve Infames les habían parecido extraños, ahora no llamaban la atención entre la variedad de invitados. Una joven de

aspecto angelical con orejas de conejo se acercó para observar más de cerca a los nuevos descendientes de los Alcalde. Todos los personajes de un mazo de naipes habían venido en grupo y se movían en masa. Un tipo increíblemente alto, con teclas de piano por dedos, coqueteaba con descaro con una mujer cuya cabellera parecía compuesta por cuerdas de violín. Junto a una familia de galletas de chocolate se veía a un chaval guapo vestido a la usanza isabelina; lo que arruinaba su aire principesco eran los dos colmillos de morsa que le brotaban de las fosas nasales. Un gnomo de manos nudosas pasó con una bandeja de setas, y a menos que Mili estuviera equivocada, allí estaba Tendón, vestido de cavernícola, bebiendo un martini a sorbitos. Cuando su mirada se cruzó con la de los chicos alzó su copa en una inesperada muestra de cordialidad.

La mayoría de los invitados no necesitaba disfraz para destacar. Había engendros con alas; los había con pelaje en el cuerpo o con colmillos y con ojos tan rosados como el champán que burbujeaba en la fuente del vestíbulo. El salón de baile era un batiburrillo de colores deslumbrantes. Ni por casualidad se veía una prenda gris o beis.

Todos los presentes profirieron una exclamación ahogada cuando lord Aldor, con una túnica roja, se materializó sentado en la araña. Él procedió a flotar despacio y descendió hasta posarse en el escenario montado en la parte posterior del salón. La sencillez de su traje le hacía parecer todavía más terrorífico. Usaba la capa roja habitual, complementada con una máscara teatral blanca de nariz exageradamente larga; era ese tipo de máscara que los viajeros consumados relacionan al instante con el carnaval de Venecia. Dejaba ver muy poco de su cara, salvo dos ojos rojos como ascuas. Las luces se atenuaron en un efecto dramático cuando lord Aldor alzó los brazos y agitó el meñique, la araña se retrajo y sus fragmentos de cristal se dispersaron hasta formar, en el lugar del techo, un cielo nocturno salpicado de estrellas. El anfitrión dio un par de tirones al lóbulo de su oreja y acto seguido las paredes del salón se convirtieron en vidrio, a través del cual los asombrados huéspedes vieron pasar delante de sus nances unos cometas con su estela de polvo cósmico.

La expectación flotaba en el aire hasta saturarlo. Se hizo el silencio, pues la multitud comprendía que estaba a punto de suceder algo impresionante.

Lord Aldor echó un vistazo taimado a los sobrecoídos espectadores con los ojos entornados antes de levantar majestuoso los brazos.

—¡Que comience la magia!

TERCERA PARTE

LA REUNIÓN



El Baile de Abracadabra

El SALÓN DE BAILE cobró vida. Los tragafuegos lanzaban llamas y las bolas de los malabaristas estaban por todas partes cuando las ninfas iniciaron su danza, haciendo tremolar los vestidos de gasa en torno a sus cuerpos. Los payasos iban de un lado a otro en monociclos y sacaban monedas de plata de detrás de las orejas de los sorprendidos invitados para luego recompensar el buen humor de estos con globos que recitaban estrofas jocosas. Los acróbatas, embutidos en mallas, formaban torres humanas casi hasta el techo. El hombre de dedos como teclas de piano y su amiga, la del pelo de violín, se unieron a otros invitados que tenían diversos instrumentos musicales como partes del cuerpo para formar una orquesta que tocó una jiga. Un genio mantenía las piernas cruzadas para caber dentro de una alfombra voladora de forma cuadrada y dimensiones reducidas sobre la que pasó zumbando por el aire muy cerca de Mili. Esta se vio obligada a agachar la cabeza para evitar una colisión.

Era difícil concentrarse en algo, pues todo sucedía al mismo tiempo. Las criadas entraron con carritos en los que se amontonaban apetitosas viandas, tales como muslos de pollo rebozados y *calzoni*^[9] rellenos de calamares. Lo único que Mili y Ernesto reconocían eran los colines de la marca Semilla de Miel, pero hasta esos tenían forma de signo de interrogación en vez de ser rectos. Daba la impresión de que hasta ellos deseaban sumarse al aire intrigante de la noche.

Como señal de lo abrumador que resultaba todo aquello, Ernesto se sintió aliviado cuando la señora Alcalde vino corriendo hacia ellos. La acompañaba una mujer de aspecto severo y tacones gruesos, cuyo traje imitaba una página de periódico. Tenía el pelo recogido en un moño a la altura de la nuca y usaba gafas de una montura roja llamativa. Detrás de ella correteaba un aprendiz de fotógrafo conocido como «el chico del flash» o Flash a secas. Era un muchacho con cara de comadreja, ojos de tiburón y dientes de conejo. Para empeorarlo todo, un desagradable acné le cubría las mejillas. Andaba entre el gentío lanzando miradas rápidas a diestra y siniestra con la esperanza de captar algo que valiera la pena publicar.

—¡Bella y Mozi! —los llamó la dueña y señora de Casa Cebón—. Deseo presentaros a alguien especial: la señorita Pandora Primicia, archiconocida cronista de

sociedad del *Talismán Times*. —La señora Alcalde pronunció con énfasis el cargo de Pandora a fin de que todos cuantos pudieran oírla notaran lo bien relacionada que estaba. La periodista tendió a los niños una mano manchada de tinta—. Sus dedos son la herramienta de su oficio —añadió la anfitriona, reafirmando esa certeza con un asentimiento de cabeza.

Como los niños no entendieron bien qué significaba eso, se limitaron a asentir. Pandora, muy desenvuelta, les rodeó los hombros con el brazo.

—¿Tenéis tiempo para charlar un poquito? —ronroneó, y se los llevó a un rincón apartado del salón. Una vez allí, sacó una libreta del bolsillo, como si fuera un arma, y comenzó amistosamente—: Decidme, ¿cómo os sienta ser tratados como si fuerais miembros de la realeza? ¿Os sentís abrumados por esta generosidad? ¿Tanta bondad os pasma y desconcierta?

Se afanó en tomar notas incluso antes de que los chicos tuvieran ocasión de empezar a responder. Era verdad que los dedos eran la herramienta de su oficio: en cuanto Pandora tenía algo importante que registrar, la tinta manaba por sus uñas tan libremente como por la pluma de una estilográfica.

—En realidad nos secuestraron —le informó Ernesto.

—¿Os secuestraron! —exclamó la periodista mientras garabateaba frenética—. ¿Acaso vuestras familias no querían que gozaraís de una vida mejor? ¿Trataron de arrebatáros de vuestra privilegiada existencia en Casa Cebón para arrastraros de nuevo a la vida de oscuridad en la que nacisteis? ¿Qué tienen en el cerebro? ¿Serrín? ¿O tal vez no soportaban que sus hijos llevaran una vida a la que ellos jamás podrían aspirar? —En las comisuras de sus ojos empezaban a brillar las lágrimas—. ¿Qué historia tan trágica!

La señora Alcalde, ya segura de haber sido fotografiada «por el lado bueno» y de que saldría en la portada del *Talisman Times*, se dejó distraer por otros conocidos.

—Venid, niños —ordenó, y se los llevó a tirones, aunque actuó con más suavidad al ver que «el chico del flash» continuaba apretando el botón de la cámara como un poseso.

Fue entonces cuando Mili y Ernesto descubrieron que la señora Alcalde había mentido al decirles: «Quiero que conozcáis a alguien». En realidad habría debido decirles: «Quiero presentaros a varias decenas de personas». Los pequeños fueron presentados a Helga y Helena Fondopulga, las hermanas adivinas de cabeza esférica y translúcida como una bola de cristal; a Serena Decantadora, hechicera que aseguraba

ser capaz de adormecer a la gente con el mero uso de su voz o, en los casos difíciles, de su voz y una cucharada de sopa de tomate; a Arturo Jengibrero, la mayoría de cuyas facciones eran comestibles, y a Gloria Piquillo, quien podía cambiar el color y la forma de sus ojos y su lengua con una simple fórmula mágica. Ernesto se refugió detrás de la señora Alcalde al ver que la lengua de la señorita Piquillo, normalmente rosada, adoptaba de pronto el color verde del musgo y se bifurcaba en la punta.

En contra de lo que habría preferido, Mili se vio en la tesitura de intercambiar finezas con un hombrecillo calvo que se presentó como Efluvio. Tal y como insinuaba su nombre, el señor Efluvio era capaz de generar los olores más fuertes del mundo, fueran agradables o nauseabundos. La niña se alegró de que su interlocutor emitiera un apetitoso aroma de café recién hecho durante el breve lapso de su conversación, aunque algo más tarde percibió una desagradable vaharada de sopa de brócoli, e inmediatamente le atribuyó la responsabilidad de semejante pestilencia.

Un revuelo en el escenario hizo que la señora Alcalde se olvidara al fin del engorro de las presentaciones. El telón tachonado de zafiros comenzó a abrirse... ¡El Espectáculo Mágico iba a comenzar!



—Pero ¿te enteras de algo o no? —le recriminó Ernesto.

Mili estaba tan encandilada por las burbujas irisadas que hacían las dríadas del escenario que no había escuchado una palabra.

—¿Qué pasa? —gruñó.

Su amigo le agitó delante de la cara una copia impresa del programa.

—Tercer número de la noche —leyó en voz alta—: «Una sorpresa maravillosa», por Bella Ranúnculo y Mozart Eucalipto. ¡Ahora nos toca a nosotros!

Los dos amigos se abrieron paso entre el gentío hasta la parte frontal del salón y desaparecieron entre bastidores. Los prisioneros se hallaban entre un grupo de gnomos que afinaban la voz con sopletes y otro de brujas que ensayaban una pieza satírica donde tentaban y engañaban a un rey escocés ávido de poder. Los villacanenses se habían disfrazado con túnicas y chisteras escamoteadas del Salón de Máscaras y ahora, reunidos alrededor del Armario de la Desaparición, hacían lo posible por no parecer fuera de lugar.

Un aplauso atronador resonó por toda la estancia, el telón se abrió antes de que Mili y Ernesto tuvieran ocasión de decir «abracadabra» y los cegó un fuerte reflector blanco. Cientos de rostros los miraban con expectación. La señora Alcalde se había adelantado hasta la primera fila y se roía las uñas, presa del nerviosismo; su esposo, en cambio, les lanzaba gritos de aliento. El grupo del escenario guardaba silencio. Todo dependía de esa actuación y ahora, situados frente al público, el plan les parecía descabellado e inevitablemente condenado a salir mal. ¿Cómo se les había ocurrido pensar que podía funcionar algo tan infantil? Pero ya no había manera de echarse atrás.

Se adelantó para presentarlos Fanfarrio Fanfarria, el maestro de ceremonias, muy elegante con su pajarita y un traje amarillo de un tono muy similar al plumaje de los canarios.

—El tercer número de la noche es una sorpresa para nuestros amables anfitriones, preparada por los precoces vástagos que han adoptado recientemente: Bella y Mozi. ¡Estos niños van a desaparecer delante de vuestras narices! Señoras y señores, permitidme aseguraros que el armario que tenéis ante los ojos no es una caja común. ¡Tiene poderes mágicos! Poderes que podrán transportar a sus ocupantes a otras dimensiones para luego devolverles a un sitio dentro de este mismo salón.

A vosotros os tocará localizarlos cuando regresen. Estad alerta, pues durante toda la velada se irán dando pistas sobre su paradero. ¡El primero en encontrar a los niños recibirá una sustanciosa recompensa!

La mención de una recompensa despertó un murmullo y algunos de los invitados comenzaron a buscar las primeras pistas en ese mismo instante para no malgastar un tiempo valioso.

Ortiga subió al escenario fantásticamente ataviada con un traje de *vedette*. Ofrecía una imagen muy distinta a la habitual de adolescente desaliñada. Abrió el mueble trucado con grandes aspavientos e hizo entrar a Mili y a Ernesto. Los prisioneros iniciaron un primitivo ritmo de tambores mientras la multitud guardaba silencio.

Los niños entraron a tientas y cogidos de la mano. Una vez que la puerta estuvo bien cerrada tras ellos, buscaron a oscuras los mantos que pronto les permitirían pasar inadvertidos entre la muchedumbre. Los encontraron amontonados en el fondo; no resultó tarea fácil ponérselos en tan poco espacio y estuvieron a punto de hacer que toda la construcción se cayera a causa de los choques y las inevitables contorsiones. Por fortuna para ellos, el público estaba integrado por sujetos fácilmente

impresionables y pareció pensar que eso formaba parte del número. Los prisioneros iniciaron un cántico en una jerigonza incomprensible y rodearon el armario. Era la señal convenida.

Los dos amigos abrieron el fondo falso de la caja y se escurrieron por él. Mientras mantuvieran la espalda pegada al mueble estarían ocultos a la vista del público. Ágiles e invisibles como asaltantes nocturnos, se apartaron raudos del escondrijo para unirse al amasijo de capas y chisteras que bailoteaba en torno al armario para distraer la atención. Mili y Ernesto, disfrazados como parte del baile, vieron que Ortega abría de par en par el Armario de la Desaparición para mostrar que estaba vacío. El público ahogó una exclamación maravillada. La señora Alcalde se llevó un pañuelo de encaje a la nariz, sobrecogida por tanta emoción. El único que no parecía entretenido era lord Aldor: su mirada revoloteó por todo el salón buscando con ojos suspicaces indicios de que algo anduviera mal, y retomó su expresión habitual, implacable y aburrida, cuando no halló nada anormal.

Tras una amplia reverencia, los bailarines giraron con un revoleo de capas y abandonaron el escenario, llevándose el maravilloso mueble. El público concentró su atención en el número siguiente: una cobra salía de su cesto a instancias de un encantador de serpientes indio, que también la obligaba a retorcerse hasta adoptar diversas formas geométricas.



Un pequeño sobresalto aguardaba a los niños entre bastidores: allí los esperaba la pesada silueta de Tendón, abrazado a un gigantesco oso de felpa. Mili lo reconoció en cuanto le puso la vista encima: era el del cuarto infantil, el mismo al que ella le había quitado el morral. El gigantón avanzó a trompicones para ofrecérselo. La niña los miró alternativamente, primero al oso y de nuevo a él, extrañada; no lograba entender qué diantre hacía el rubicundo hombrón.

—Bravo —gangueó él, algo tambaleante por los martinis que se había metido entre pecho y espalda, y movió el oso de un lado a otro, empeñado en que Mili lo cogiera.

Ella no tardó en decidir que aceptarlo era más fácil que discutir con él. Con una sonrisa ceñuda, Tendón se echó la cachiporra al hombro y se fue en busca de otra

copa dando grandes zancadas.

Los niños se encontraron en la súbita quietud de una noche luminosa en cuanto dejaron atrás las celebraciones. La luna llena brillaba en el cielo aterciopelado, bañando el terreno de luz como si quisiera acudir en ayuda de los muchachos. Los otros ya les estaban esperando; bien envueltos en las capas, siguieron los meandros del río Sobras. No se oía nada, salvo el susurro ocasional de la hierba bajo sus pies o el chirrido de algún grillo solitario. La Laguna Fantasma, cuando al fin llegaron a ella, refulgía bajo las estrellas como una boca de cristal lista para devorarlos. No había un segundo que perder. Los niños se arrodillaron para desanudar la soga de la góndola más cercana e impulsarla al agua; les sorprendió que fuera tan pesada. Los remos estaban bien asegurados debajo de la proa. Mili pasó uno a Ernesto, que ya subía a bordo.

—Iréis con cuidado, ¿verdad? —suplicó Rosie mientras les entregaba un morral con provisiones.

—Por supuesto —respondió Mili con más confianza de la que en verdad sentía—. Enseguida estaremos de vuelta.

—Sé bien que sois capaces —susurró la mujer.

La dificultad de la misión en la que iban a embarcarse, sumada a la posibilidad de que tal vez no volvieran a ver a esos amigos, daba un aire grave a la despedida. Si meses atrás alguien le hubiera dicho a Mili que el prudente y sensato Ernesto sería pronto su compañero en una aventura de la que quizá no retomaran, ella habría respondido que todo era una locura; pero allí estaba él, sentado junto a ella y, por vez primera, asombrosamente sereno.

—Sois capaces, sí —añadió Leo—, pero no permitiremos que vayáis solos. ¡Ortiga y yo iremos con vosotros!

El gesto desafiante de su mandíbula dejaba bien a las claras que no habría manera de disuadirlo, pero Mili y Ernesto no tenían ninguna intención de oponerse; por el contrario, apenas pudieron disimular el alivio. Mili miró a Rosie, con la esperanza de que ella también se les uniera, y le hizo sitio en la góndola, pero la mujer, aun lamentando tener que desilusionarles, sacudió la cabeza.

—Uno de nosotros debe quedarse aquí para ayudar a los demás —les explicó—. Aquí seré más útil. Necesitaréis que alguien os guíe cuando todo haya terminado. Además, no hay nadie mejor preparado que Leo para llevaros sanos y salvos por estas aguas.

La góndola se mecía suavemente, como si estuviera deseosa de zarpar. Los niños se despidieron. Luego Ernesto y Leo utilizaron los remos para alejar la embarcación de la orilla. Los cuatro compañeros de aventura intercambiaron una mirada sombría mientras el pequeño navio se deslizaba hacia el centro del lago. Estaba a punto de comenzar la peripecia que Mili había reclamado siempre, sólo que ella ya no se sentía tan valiente.

La silueta de Rosie se empequeñecía más y más en el ribazo de la Laguna Fantasma, pero antes de que la góndola estuviera fuera del alcance de su voz, ella puso las manos en torno a la boca a modo de bocina y gritó:

—¡Buena suerte a todos! ¡Buena suerte, pequeña Ciempiés!

Cuatro a bordo de una góndola

N SECO GOLPETEO llenó por completo la mente de Mili al tiempo que un peso le oprimía el pecho y le dificultaba la respiración. Durante unos segundos llegó a pensar que los había atrapado una avalancha, pero luego descubrió que el ruido era el latido de su corazón.

U Cuando se recupera algo precioso de forma imprevista sobreviene una variedad de emociones poco usual, máxime cuando uno lleva mucho tiempo resignado a no verlo ni tocarlo nunca más. La primera de esas emociones es el inevitable regocijo que te reconcilia con la bondad de todas las cosas; pero también te embarga un pánico que te deja incapacitado, el miedo a que no seas capaz de reconocerlo o de identificar el papel que antes desempeñaba en tu vida. Eso explica sólo una pequeña parte de lo que Mili sintió en ese momento épico de su vida, aunque lo cierto es que sus sentimientos eran demasiado confusos y firmes para que la palabra escrita pudiera hacerles justicia.

Rosie había confirmado la primera sospecha de Mili nada más pisar Casa Cebón, aunque sin atreverse a confiar: la madre que había creído muerta estaba allí, viva. Una parte de su mente luchaba con la conmoción de semejante descubrimiento, pero Mili todavía no estaba en condiciones de reflexionar debidamente sobre eso. En verdad descubrió que debía pellizcarse con mucha fuerza para no caer redonda.

—¿Te sientes bien, Mili? —inquirió una voz.

La interpelada ni siquiera supo quién le había dirigido la palabra, pero la pregunta la devolvió al momento presente. Miró a sus compañeros, agrupados alrededor del mapa. No era buen momento para explicarles lo que acababa de suceder, y, de todos modos, tampoco habría encontrado el modo.

Notaba de forma inequívoca el cabeceo de la nave bajo el suave oleaje de la laguna. Había agua por todos lados y las riberas ya no eran visibles. «Esto de estar rodeada de agua roja y resollante es como flotar dentro de un organismo vivo», pensó Mili. Era como si viajaran en el interior del vientre de una ballena.

La noche era cálida y asombrosamente serena. La blancura del plenilunio bañaba la Laguna Fantasma, desplegándose ante ellos como un manto de satén. No se veía una sola mota de tierra en la línea difusa donde el agua se encontraba con el cielo.

Mili dejó vagar la mente en el silencio nocturno y hundió una mano en el agua, que corrió entre sus dedos. Aguzó el oído, tratando de percibir el ulular de los búhos, el chapoteo de los peces, el resoplido de alguna bestezuela en las orillas o entre los árboles, pero era como si el mundo entero hubiera caído en un letargo profundo, como si no existiera nada aparte de la góndola y la rítmica cadencia del agua. Por la mente de la niña cruzó la idea de que había demasiado silencio, y en ese preciso instante... ¡PATAPLAM! La góndola recibió un golpe en un costado y se bamboleó de un lado a otro.

—¡Por todos los sa... pos! ¿Qué pasa?

La mirada de Leo voló a su alrededor en busca del atacante, pero las aguas estaban de nuevo tan quietas y silenciosas como la superficie de una piedra pulida por el río. Los cuatro corazones golpeaban con tanta fuerza que el ruido debía de oírse en la luna, pero el ataque cesó tan inopinadamente como había empezado.

—¿Creéis que puede haber monstruos en esta laguna? —gimoteó Ernesto.

—Eso no ha sido una criatura marina —le tranquilizó Mili, aunque tuvo que tragarse su inquietud mientras hablaba—, y, de todas maneras, ya se ha ido.

¡PLAF!

Algo se arrojó contra el bote. Los niños notaron con aprensión que los maderos empezaban a crujir y chirriar a causa del impacto. Mili se dio la vuelta en redondo y alcanzó a ver un cilindro de agua revuelta cuando desaparecía bajo la superficie. En ese momento cayó en la cuenta de lo pequeña e insignificante que era la góndola en comparación con la masa de agua que se extendía ante ellos y los horrores que podían acechar en sus profundidades. En verdad habían encarado esa expedición de un modo muy arrogante, sin pararse a pensar que la Laguna Fantasma podía estar habitada.

La superficie del lago empezaba a cubrirse de burbujas y espuma y sacudía el bote como si fuera poco más que una botella zarandeada por el oleaje de un mar tempestuoso.

—¡Remad! —ordenó Leo a voz en grito.

Y así lo hicieron. Al volver la vista atrás vieron un pequeño círculo en la laguna cuyas aguas hervían como el agua en una olla puesta al fuego.

Pero ¡ay!, aquel era el primer obstáculo de la aventura; pero no por eso iba a dejarles escapar con tanta facilidad. Una fina antena líquida ascendió del fondo de la laguna justo cuando Ortega iba a anunciar que ya estaban a salvo. La antena viró hasta quedar frente a los cuatro atónitos chicos y luego desapareció sin previo aviso, si bien

ocupó su lugar una masa enorme de agua arremolinada que se agitaba con tanto vigor como un batido en la licuadora.

—¡Lo sabía! ¡Es una serpiente de mar! —gritó Ernesto por encima del alboroto—. Como nos devore ¡no volveré a dirigirte la palabra, Mili!

Pero la niña conocía demasiado bien las amenazas vacuas de su amigo y había aprendido a no prestarles atención.

—Eso no era una serpiente marina —vociferó Leo para hacerse oír por encima del ruido de las aguas turbulentas—. ¡Es un Vórtice Carnívoro!

Cuando los chicos lograron recuperar los remos que el susto les había hecho soltar ya era demasiado tarde. El Vórtice Carnívoro los perseguía a toda velocidad y se acercaba cada vez más. Ernesto no podía hablar, estupefacto ante la idea de verse perseguido por un remolino. ¿Desde cuándo los remolinos tenían vida propia? ¿Y desde cuándo el agua se alimentaba de carne?

Mili, por el contrario, aullaba órdenes a diestra y siniestra, sin ton ni son.

—¡Desviad el rumbo! —gritaba—. ¡A la izquierda! ¡No, a la derecha! ¡Remad hacia atrás! ¡Más rápido, Ernesto!

Pero ya no había órdenes que pudieran salvarlos. Tenían al Vórtice prácticamente encima.

Cuando Mili tuvo cerca al monstruo, notó que había sufrido una metamorfosis increíble, pasando de torbellino a ser humano. Las facciones de los Nueve Infames de lord Aldor se abrían paso entre el surtidor de agua. No era que los hechiceros aparecieran allí mismo, en medio de la Laguna Fantasma (como bien sabemos, seguían en Casa Cebón, dedicados a comer, beber y buscar pistas sobre el paradero de los niños), sino que el remolino adoptaba la forma de los Nueve, cuyos semblantes se fundían en la vorágine líquida antes de volver a descomponerse en un racimo.

Los niños estaban desconcertados. Si el Vórtice Carnívoro se los tragaba, serían su cena y luego escupiría los huesos para que los peces acabaran de mondarlos. Si en algún rincón del mundo existía un libro titulado *Cómo derrotar a un vórtice de la variedad carnívora*, es seguro que los muchachos no lo habían leído, y lo que era peor aún: no tenían la menor idea de cómo luchar contra una masa de agua. Vosotros y yo sabemos que el agua es un elemento muy traicionero: es preferible burlarlo con ingenio a huir de él, igual que cuando tratas con adultos difíciles no suele servir de mucho enfrentarte a ellos directamente. Pero no había nadie allí que pudiera darles a los niños este imprescindible consejo, ni tampoco tenían forma de saber que remar

resultaría una tarea inútil frente a algo con tanto poder, aunque pronto iban a descubrirlo por sí mismos.

Los rostros líquidos se hallaban ya tan cerca que Mili vio hasta las anclas tatuadas en la mejilla del pirata. Los cuatro indefensos chicos se refugiaron en la cabina central de la góndola, instalada para proteger a los pasajeros de las inclemencias del tiempo. Ortiga no fue lo bastante rápida. En el momento en que se lanzaba de cabeza a refugiarse bajo una tela embreada, con los brazos extendidos, el monstruo arremolinado la aferró por un tobillo. En un segundo se vio arrastrada hacia la roja boca espumajante. Por mucho que la joven forcejeó y pataleó, sus esfuerzos fueron vanos. El Vórtice Carnívoro parecía disfrutar de la pelea; servía para abrirle el apetito.

Leo y Mili se pusieron de pie en cuestión de segundos y utilizaron hasta el último ápice de energía que les quedaba para recuperar a su amiga. Ernesto, en cambio, se mantuvo inmóvil. Sentía los brazos y las piernas más pesados que espagueti a la carbonara, pero, a diferencia de la carbonara, su mente no estaba densa ni pegajosa: zumbaba y bullía en ideas para rescatar a su damisela en apuros. Mientras Mili y Leo se afanaban para impedir que Ortiga desapareciera dentro del Vórtice Carnívoro, el muchacho se arremangó con toda calma. Si el remolino quería llevarse a Ortiga, ¡convenía dejarle creer que podía quedarse con ella! Ahí se le presentaba una gran oportunidad para demostrar su valor ¡y no pensaba malgastarla!

Ernesto se concentró mucho, lo cual no es nada fácil cuando se dispone de un tiempo tan limitado, y se preguntó qué haría si esa peste de Horacio Nudillos intentara robarle sus preciadas piedras de lapislázuli, y puesto que no tenía fuerza ni arrojo para luchar contra un tanque como ese Horacio, escogería la segunda opción: negociar. No habría sangre ni huesos rotos y todos contentos. Su mirada recorrió el contenido del bote y se detuvo en el gigantesco oso de felpa que les había ofrecido Tendón.

—¡Eso es! —gritó, sobresaltándose él mismo.

Pasó a un extremo de la góndola de un brinco y aferró el peluche por el cuello. El rito del sacrificio es sagrado en las sociedades primitivas y la víctima suele recibir un trato reverencial. Ernesto no tenía tiempo para formalidades; se limitó a arrojar el oso con todas sus fuerzas al gáznate del hambriento Vórtice Carnívoro. El torbellino se lo tragó, haciendo ruidos muy groseros, al tiempo que dejaba caer a Ortiga a la góndola sin ninguna ceremonia.

Ocupado como estaba en descuartizar al oso, el Vórtice no prestó atención a los chicos, que aprovecharon la oportunidad para remar como posesos y alejarse a toda

prisa. Los cuatro aventureros echaron un vistazo atrás a tiempo para contemplar un estallido de relleno blanco mientras las nueve bocas se peleaban por el mejor trozo de la presa que les habían arrojado tan oportunamente, o eso creían.

Los niños remaron hasta el límite de sus fuerzas y sólo se detuvieron cuando hubieron perdido por completo de vista el revuelto Vórtice Carnívoro, que a esas alturas debía de estar padeciendo una buena indigestión. Ortiga no estaba acostumbrada a necesitar del concurso de salvadores y parecía bastante intimidada.

—Ya temía que me convirtieran en tortilla.

—No digas tonterías, Ortiga. Yo jamás lo permitiría —replicó Ernesto de corazón.

—Gracias, Erni. —Y ella se inclinó para apoyar la cabeza en su hombro.

Ernesto habría aceptado de buena gana pasar otra vez por aquella prueba de fuego sólo por disfrutar nuevamente de ese glorioso momento.



Bogaron en silencio convencidos de ir bien encaminados hacia el norte. Mili se acordó de Tendón cuando contempló un grueso tronco de árbol a flote en el agua. Jamás habrían podido superar el primer desafío de la laguna sin su ayuda, pero ¿qué más les esperaba? No era tan ingenua como para pensar que el viaje iba a ser fácil; esperaba desde un principio que fuera arduo, quizá imposible. Ahora sabía que, además, arriesgaban la vida.

Recordó entonces el mapa y lo sacó del morral; estaba húmedo, pero por lo demás indemne. Leo lo desplegó y fue siguiendo el derrotero con el dedo. Debían continuar rumbo a septentrión y virar al oeste cuando llegaran a una bifurcación en el agua.

—Si seguimos las indicaciones del mapa, pronto nos encontraremos frente a las cavernas —confirmó Mili.

Y mientras hablaba notó que de pronto el agua les llegaba hasta el tobillo. Sin haber tenido casi tiempo ni para respirar se topaban ya con el siguiente desafío: ¡mantenerse a flote! El nivel del agua ascendía con celeridad a bordo de la góndola.

—¡Madre mía! —gruñó Ernesto, desolado.

—¿Sabéis qué solía decir mi antiguo entrenador? —Leo le dio un suave codazo en las costillas—. O te dejas la piel o te vas a pique.

—Qué lema tan estupendo —murmuró el niño, desanimado.

El otro metió una mano hasta el fondo del bote y dio con una parte donde la madera estaba astillada y dejaba entrar las aguas de la Laguna Fantasma.

—¡Hay que tapar el boquete! —exclamó Mili.

—Primero debemos encontrarlo. ¡Comenzad a achicar! —ordenó Leo.

—¿Con qué?

—Con algo absorbente. Prueba con tus calcetines, Ernesto.

Comenzaron a sumergir y retorcer frenéticamente los gruesos calcetines de lana del joven Periclavo, que resultaron ser esponjas de lo más efectivas. Entretanto, y tras una intensa búsqueda, la grieta quedó al descubierto.

Mili hurgó en el morral en busca de algo que pudiera servir de tapón, pero fue descartando cosas conforme las encontraba. Levantó la vista una vez vaciada la bolsa y se quedó pasmada al descubrir que los dos chavales y Ortiga estaban mascando los caramelos de tofe que ella había traído.

—¿Cómo podéis pensar en comer en un momento como este? —protestó.

Leo continuó masticando con denuedo, más aún, lo hizo con renovada energía hasta que escupió una pegajosa masa parda en la palma de la mano y exhibió orgulloso su masilla de caramelo. Mili se había quedado muda de indignación al verle gorjear comida, una conducta propia de gente muy maleducada. Su compañero se metió otra golosina en la boca.

—¿No sabes que estos caramelos son un adhesivo excelente? —Y lanzó a la mano una segunda masa de pasta pegajosa—. Observa esto.

Se agachó e introdujo el caramelo ablandado en la grieta, lo cual redujo instantáneamente la filtración de agua.

—¡Mira qué cosa! —exclamó la niña con asombro, y cogió el dulce que le arrojaba su compañero.

Momentos después los cuatro chicos estaban dedicados de lleno a la tarea de mascar, escupir y taponar. Si por casualidad hubieras pasado por ahí con tu embarcación, habrías pensado que eran gente muy, pero que muy grosera. Leo se echó hacia atrás para admirar la obra cuando todos los caramelos estuvieron reblandecidos e introducidos en la grieta. No era una solución demasiado atractiva a la vista, cierto, pero resolvía el problema casi con la eficacia de un calafateo hecho con los materiales adecuados.

—¡Caramba! Cuando volvamos a casa haremos fortuna con este sistema —anunció Ernesto—. Una línea de adhesivos comestibles... ¡Se venderán como

churros!

Algo huele a podrido

ODOS TENÍAN LAS MANOS enrojecidas y llenas de ampollas cuando la góndola llegó finalmente a la bifurcación que andaban buscando. Las piernas se les habían entumecido mucho antes. La laguna se dividía en dos canales, ninguno de los cuales daba buena espina. El de la derecha era más estrecho y un fino velo de bruma pendía sobre sus aguas. Alfombraba las orillas una capa de frondosa hierba aplastada en algunas áreas, como si allí hubiera dormido alguien. También detectaron rastros de una baba plateada, similares a los que habría podido dejar un caracol gigante.

El curso de la izquierda era más amplio y de su cauce emergían rocas grises afiladas como colmillos de mamut. Las ramas de los árboles pendían sobre la laguna formando una especie de dosel que ocultaba por completo la luna llena. Ambos canales parecían igual de traicioneros.

Ortiga desplegó el plano para verificar si debían tomar la vía de la derecha. Mientras la góndola se deslizaba por el estrecho canal, los acantilados estaban tan cerca que parecían formar un nido.

Una cháchara ininteligible y un sonido similar a un jadeo se alzaron en medio de la bruma en cuanto se adentraron por allí. Una manada de monos de mar apareció en lo alto de los acantilados antes de que tuvieran oportunidad de preguntarse qué lo originaba. La banda se puso a hostigarlos. Trepaban a las rocas y usaban el rabo como catapulta para arrojar a la góndola una lluvia de pequeños guijarros marrones. Sobresaltados pero indemnes, los chicos remaron más deprisa hasta que los monos se quedaron atrás, chillando y brincando de frustración al ver que se alejaban. Sólo después, cuando aquel ruidoso parloteo se redujo a un leve eco, comprobaron que los proyectiles no eran piedrecillas desprendidas de los acantilados, como habían supuesto en un principio, sino ¡excrementos de mono!

Leo asumió el papel de gondolero y Mili se dejó caer, flexionando las manos con alivio. Una vez libres de las travesuras simiescas pudieron inspeccionar los alrededores y entonces vieron unos bultos moteados de forma oval en las áreas donde raleaba la hierba. Sólo podían ser huevos. Esos huevos formaban círculos desiguales y estaban cubiertos de un brillo ambarino, pálido y espectral bajo el claro de luna. Ninguno de los chicos había visto antes un huevo de semejante tamaño y les entraron

ganas de acercarse para echar un vistazo, pero ese revestimiento ambarino hizo que al final desistieran de investigar. Además sabían perfectamente que libraban una carrera contrarreloj. Dentro de pocas horas los magos se sentarían en los bancos de terciopelo rojo de las lustrosas góndolas que les aguardaban en el río Sobras y zarparían rumbo a las cavernas.

Un movimiento en el agua atrajo la atención de Mili. Al bajar la vista llegó a ver unos ojos redondos como platos instantes antes de que su propietario desapareciera raudo de la vista, dejando sólo el reflejo de la niña que le sostenía la mirada.

—¡Ernesto! —exclamó, cogiéndolo con fuerza—. ¡Había un rostro en el agua!

El semblante misterioso había desaparecido sin dejar rastro cuando su amigo se inclinó por la borda para verlo. Solamente las ondas de la superficie de la laguna hacían pensar que algo podía haber pasado por allí. Entonces fue Ernesto quien hizo un gesto dubitativo y Mili se preguntó si estaría viendo visiones. Estaba tan exhausta que tal vez la mente empezaba a jugarle malas pasadas.

En ese preciso instante todos se percataron del intenso tufo que impregnaba el aire. Ernesto no logró identificarlo a pesar de que le resultaba familiar.

—¿Oléis eso? —preguntó, más para sus adentros que para los demás. Todos lo sentían, desde luego, y era cada vez más intenso—. Se parece mucho a... —Hizo una pausa para ser absolutamente exacto—. ¡Es igualito al de las albóndigas de salmón de mi madre!

Aunque los otros nunca habían probado las albóndigas de salmón de la señora Periclavo bien podían imaginar que olerían así, y sintieron una repentina punzada de compasión por el pobre muchacho. Además del hedor empezaban a aparecer, todo en derredor, charcos de líquido coagulado, como si fueran de metal fundido. Ernesto metió los dedos en uno. ¿Conoces el dicho «la curiosidad mató al gato»? Pues bien: la curiosidad tampoco trató muy bien al incauto niño; pronto puso cara de consternación, pues esa baba plateada no se le desprendía de los dedos. Habría podido vivir con dedos plateados, pero no tardó en descubrir que el olor a pescado provenía de esa viscosidad iridiscente. Su vida social podía sufrir graves (y nocivas) consecuencias si aquello persistía, y daba la impresión de que ese pringue no se iba ni a la de tres.

Mientras su amigo trataba en vano de restregarse los dedos, Ortega observaba el agua con nerviosismo: un ser esbelto y de color blanquecino estaba pasando junto a ellos. Mili también se encontraba como en trance. Leo tiró de ellos hacia atrás justo

cuando la bestia se detenía bruscamente. Parecía bastante inofensiva, pero ya habían descubierto que en la Laguna Fantasma no había nada ni nadie digno de confianza. La bruma se despejó, dejando a la vista seis o siete rocas pulidas, todas envueltas en varias capas de una sustancia plateada y de aspecto pringoso. Ernesto se estremeció y metió la mano en el bolsillo del pantalón para esconder el brillo iridiscente de sus dedos.

Aguzaron la vista. Sobre las rocas lejanas se veían varias siluetas alargadas cuyo contorno no podía apreciarse con nitidez a causa de la distancia. Los cuatro aventureros se enzarzaron en una discusión sobre qué podrían ser esos contornos y se ensimismaron tanto en la contemplación del espectáculo que no se percataron de que la embarcación avanzaba sola, y cuando recordaron que los remos yacían entre sus pies, inmóviles, estaban a punto de estrellarse contra las rocas. En todo caso no había manera de retroceder: las siluetas los habían visto y comenzaban a moverse.

Las criaturas de cabelleras de tono añil se movieron con morosidad para poder estudiar a los recién llegados. La luz de la luna incidía sobre ellas e iluminaba aquella piel marfileña que tenía aspecto de ser fría como el mármol, las colas centelleantes y las escamas iridiscentes de sus cuerpos. Las greñas de color azul cobalto les caían en cascada sobre los hombros desnudos y llegaban hasta las cinturas de avispa. Los labios carnosos se curvaron en una sonrisa de bienvenida. Leo y Ortega supieron de inmediato que habían encontrado a las Nereidas, hijas de los dioses marinos y habitantes legendarias de la Laguna Fantasma.

Mili no pudo contener la risa al ver que movían la cola para salpicar juguetonamente la góndola. Había soñado muchas veces que viajaba montada a lomos de un ser como ellas, y en verdad parecían tan encantadoras como las describía la leyenda. Ortega no dejaba de mirar aquellas manos primorosas extendidas sobre las rocas; eran tan pequeñas como las de un niño y tan delicadas como la porcelana fina. Ernesto sonrió de oreja a oreja: una Nereida de ojos azules y pestañas largas como hebras de paja se había quitado una concha del pelo para arrojársela. Bajo sus rizos arremolinados se entreveían dos orejitas rosas. Le extrañaba que esas criaturas tan gráciles quisieran vivir en un sitio tan terrible, pero no tenía manera de preguntarles el motivo, puesto que no sabía hablar sirenés. Leo estaba igualmente hechizado por una Nereida que, danzando en el agua, arrancó de la laguna una sarta de perlas y se la colgó del cuello. Sin embargo, aquellas coqueterías no impresionaron lo más mínimo a Mili. La muchacha fulminó con la mirada a la ninfa hasta que se alejó con aire

culpable.

El resto del clan ronroneaba con un tono de satisfacción muy parecido al de los gatos después de lamer un cuenco de rica nata. Las rocas empezaban a despedir una fina capa de vapor blanco. Ellas se retorcían de gozo, agitaban la cola y frotaban las escamas contra la piedra como si estuvieran tomando el sol en la arena de una playa tropical. Mili arrojó un poco de agua a la superficie rocosa y la oyó sisear.

—Esto debe de ser como una gran sauna —comentó, asombrada.

Pero nadie le prestó atención. Las Nereidas acariciaban con dulzura las palmas de Leo, Ortega y Ernesto. Tenían un tacto similar al de una pluma que te hace cosquillar todo el cuerpo hasta que sólo te apetece acurrucarte a dormir.

Mili sintió el tacto de unos dedos fríos cerrándose sobre su mano antes de que pudiera notar que algo iba mal. No tardó en encontrarse sujeta por esas manos palmeadas y no era capaz de zafarse del contacto de la Nereida por mucho que lo deseara. Vio que la conducían hacia la roca humeante. ¡Qué bien le sentaría secarse y descansar después de un viaje tan agotador! Estaba muy fatigada y el tacto fresco de la piel de las ninfas calmaba el ardor de sus brazos acalambrados y doloridos.

A Mili se le cerraban los ojos mientras la Nereida la conducía hacia un amplio lecho cubierto por un velo de vapor, y la voluntad no le bastó para mantenerlos abiertos. Los otros ya roncaban dulcemente mientras el sueño la rondaba, envolviéndola en visiones y tentándola con su voz suave. La muchacha suspiró debajo de la manta de hierbas entretejidas con la que la habían cubierto. Arrullada por aquella melodiosa nana, se dejó arrastrar por la corriente del sueño.

Apenas se había adormecido cuando la desveló una fetidez espantosa. Al abrir los ojos se encontró frente a la cara bulbosa de una sirena muy, pero que muy maloliente. El ser se apartó en cuanto se percató de que Mili estaba despierta y echó una mirada de indignación a sus compañeras.

La niña se incorporó de inmediato y bien espabilada. Esa sirena no había salido de ningún cuento de hadas. En primer lugar, por su corpulencia: era ancha como un camión y tenía por todo el cuerpo grandes bolsas de grasa que se estremecían al menor movimiento, su rostro estaba hinchado y las facciones abotagadas, y los cabellos flotaban alrededor de la cabeza como hilos sueltos de un ovillo de lana.

Alzó una garra de color rojo sangre a la altura del pecho de la niña y la empujó al tiempo que emitía un siseo amenazador. Mili retrocedió mientras estudiaba a la criatura con la mirada en un intento de descubrir cuál era la expresión de la sirena

bajo la gruesísima capa de polvos que le cubría la cara. A pesar del aspecto de muñeca grotesca que le daban las mejillas pintarrajeadas, los labios centelleantes y los enormes ojos oscuros, sepultados en polvo turquesa, era obvio que esa Nereida ejercía cierta autoridad. Mili no tuvo tiempo de preguntarse de dónde sacaban los cosméticos esas Nereidas, pues las garras ya se alargaban hacia ella.

La muchacha reaccionó con la celeridad del rayo y tiró de Ernesto para levantarlo. La conmoción despertó a los otros, que forcejearon, aturdidos, para apartar las mantas herbáceas. Leo se frotó los ojos para quitarse el sueño.

—¿Qué es eso? —preguntó, desconcertado por la aparición de ese personaje tan poco atractivo.

La góndola seguía varada junto a la roca y la respuesta de Mili fue saltar de la piedra a la embarcación para luego indicar a los otros que la siguieran sin perder tiempo. Y así lo hicieron, salvo Ernesto, que perdió pie en la resbaladiza roca, como de costumbre, y cayó de cabeza en la embarcación.

En ese momento se habían reanudado los siseos. La niña notó que el efecto del hechizo volvía a entumecerle los sentidos, pero el brillo codicioso que despedían los ojos de la matrona gorda la mantuvo muy alerta.

A pesar de que a bordo de la góndola estaban a salvo de las viscosas garras de las Nereidas, había un problema aún mayor: ¡no tenían adónde ir! El bote estaba rodeado de rocas. Las ninfas les impedían navegar entre ellas, a la espera de que los chicos cayeran en sus manos si intentaban pasar. Estaban cercados.

La reina Griswalda

AS NEREIDAS ESTIRARON las manos palmeadas hacia la ondulante góndola entre siseos iracundos. Mili lanzó un suspiro de alivio al ver que no les alcanzaban esos brazos extendidos, pero aún faltaba algo peor. Os estaréis preguntando qué podría ser peor que verse atrapados en un círculo de Nereidas de cabellera azul, ávidas de hacerte caer en coma, y tener que soportar esa espantosa fetidez a pescado, sin nada más que la honda tinta roja de la Laguna Fantasma bajo los pies. Pero podéis creerme si os digo que aún faltaba algo peor.

Los chicos habrían debido adivinar que ese olor pútrido no provenía de algo tan normal como las albóndigas de salmón de la señora Periclavo, las cuales, aunque poco apetitosas, eran bastante inofensivas, sino que anunciaba un peligro inminente. El olor habría debido advertirles que las Nereidas no eran tales, sino seres hostiles de un reino tenebroso de cuya existencia preferiría dejaros en la ignorancia.

Me duele ser yo quien os despoje de vuestra inocencia, pero sería una irresponsabilidad dejaros creer que el mundo es un lugar feliz, con praderas llenas de margaritas y vecinos cordiales que vienen a pedirte prestada una taza de azúcar. Se me antoja preferible informarte bien a las claras de que el mal existe de verdad, pues cuando sabes que algo existe estás mucho mejor equipado para vértelas con él. En este caso el peligro vino bajo la forma de la matrona de mejillas infladas, pelo lanudo y lápiz labial sangrante en las comisuras de la boca. Se llamaba Griswalda y era la reina de las Sirenas Malévolas, la especie más peligrosa...

... de cuantas habitan las lagunas. Esto se debe, sobre todo, a que son lo que vulgarmente denominamos metamorfos, lo cual significa que pueden cambiar de aspecto en cuestión de segundos: de buitre a unicornio o a algo tan encantador como una Nereida. Pero cuando un ejemplar de esta especie se enfada, la ira le hierve dentro como lava en un volcán, se extiende y la infecta por completo, hasta que ya no puede impedir que aparezca su verdadera forma. En ese estado de ánimo, esa sirena maligna no es capaz de conservar el aspecto ilusorio que había adoptado para atraer hacia sus garras a marineros desprevenidos o a niños aventureros en misión de rescate; esa forma se deshace y revela su verdadera identidad. En ese momento las presas se

habían escabullido y huían delante de sus narices. ¡Las Sirenas Malévolas estaban lívidas!

La primera alteración tuvo lugar en la piel marfileña, que pasó del tono dorado del pan con mantequilla a un gris plumizo, como el de las nubes que anuncian tormenta. Acto seguido les cambió el pelo: las greñas azules cayeron al agua, dejando una calva rosácea, en la que de inmediato comenzaron a brotar largas y escurridizas algas de color verde botella que les rodeaban la cara como jirones de tela aceitosa. El tercer cambio acaeció en las orejas: aumentaron de tamaño y comenzaron a flamear con el soplo del viento de una manera muy poco atractiva. Y luego vino la contorsión de los labios: se estiraron hasta convertirse en muecas amenazadoras.

Ahora bien, lo más terrorífico de las Sirenas Malévolas son los ojos. Esos ojos risueños e inocentes que habían cautivado a los chicos se fueron encogiendo hasta reducirse a dos ranuras furiosas que parecían el haz horquillado de los relámpagos iluminando el rostro sombrío de las criaturas.

Griswalda profirió un aullido de cólera antes de girarse hacia sus súbditas, que se aplastaron contra las rocas humeantes en lo que vendría a ser el equivalente a una reverencia de las sirenas. La reina alzó las manos palmeadas en el aire y habló en una lengua sibilante de la que los niños no entendieron ni una palabra. Sólo sabían que, cuando ella hubo terminado, aquellas siniestras mujeres-serpiente parecían aún más hambrientas e implacables que antes. Obviamente la belleza externa ocultaba su naturaleza rapaz.

Los cuatro chicos cerraron filas como por instinto. Hicieron bien, pues las sirenas se estaban dispersando, pero no de una manera apacible, lo cual hubiera alegrado el corazón de los aventureros; no, se disgregaban de una forma tan desagradable que se les cayó el alma a los pies, y la sensación era tan real que casi sentían los latidos en sus dedos gordos.

Las sirenas se deslizaron en las aguas rojas una tras otra y avanzaron en dirección a la góndola como si fueran anguilas. Tan sólo aquellos ojos en forma de ranura eran visibles por encima de la superficie, y no había nada que los chicos pudieran hacer, salvo esperar, muertos de miedo.

Las malévolas criaturas extendieron las manos viscosas hacia sus ocupantes nada más encaramarse a la embarcación. He estudiado en profundidad a estas viles criaturas y puedo decirles que, al carecer de piernas, les resulta difícil luchar contra seres de cuatro miembros, a los que, por cierto, envidian mucho. Por eso no se limitaron a

volcar la góndola o a remolcar a los chicos hasta sus alcobas acuáticas; en lugar de eso emplearon una magia marina detestable.

Leo fue el primero en caer bajo su hechizo: en cuanto fijó la vista en aquellos ojos hendidos ya no pudo apartarla. Las sirenas tejieron un embrujo de inmovilización y envolvieron al niño en él. ¡No podía mover un músculo! Se quedó indefenso y apenas conseguía mover la cabeza. Seguía mirando a las sirenas a los ojos, embobado como un niño frente al televisor mientras emiten dibujos animados. Entretanto los monstruos le sacaban de la góndola poco a poco para meterlo en la laguna.

Mili lo aferró por un brazo y trató de sujetarle, pero pesaba como si fuese de plomo, lo cual le obligó a pedir ayuda a sus compañeros. Al no recibir respuesta a sus gritos de socorro comprendió que había ocurrido lo peor: Ortiga y Ernesto, tiesos como palos, se inclinaban hacia fuera del bote con los brazos entrelazados con los de las sirenas y la cara petrificada en un gesto de consternación. Mili probó a berrear, a darles codazos, e incluso llegó a tirar del pelo a Ernesto en un esfuerzo por romper el trance. No reaccionaban. Centímetro a centímetro, las sirenas los iban llevando hacia sus tumbas de agua.

Mili se giró entonces hacia Leo a tiempo de ver que ya había desaparecido en el lago hasta los hombros. Trató de acercársele, tambaleante, pero tropezó con un remo antes de que pudiera alcanzarlo. De inmediato se vio atrapada por una mano pálida y fría: ¡había cruzado la mirada con una Sirena Malévola!

Fue como si cientos de cuerdas invisibles se envolvieran en torno a ella, atándole de brazos y piernas. Trató de gritar, pero tenía la boca más seca que una galleta rancia. Vio por el rabillo del ojo que el mentón de Leo desaparecía en el agua roja.

Griswalda, encaramada en su roca como una ballena varada, mascaba golosamente una jugosa trucha e iba escupiendo las espinas al agua entre risas guturales, muy entretenida por el espectáculo que se desarrollaba ante ella.

Mili ya estaba sumergida hasta la cintura; había que actuar deprisa. Cuando trataba de pensar lo único que visualizaba eran grandes charcos de baba plateada. Sacudió la cabeza con fuerza en un intento por despejar la mente y dar paso a una idea nueva. De pronto la mano que la aferraba por el brazo se aflojó y los siseos cesaron. Ahora eran las sirenas las que se habían quedado embobadas. Se dilataron sus pupilas, hasta donde puede dilatarse una ranura, y fruncieron los labios entre exclamaciones de admiración. La niña, sin saber qué las había detenido en seco, repitió el movimiento y percibió el bamboleo de los abalorios de la cabeza. Entonces las mujeres-serpiente

soltaron también a los otros niños. Mili, con la vista empañada, llegó a ver que los hombros de Leo volvían a emerger de la laguna.

La niña sólo se atrevió a dejar de sacudir la cabeza cuando sus tres compañeros estuvieron tendidos en el fondo del bote, jadeantes y exhaustos. Las sirenas parecieron recuperar el sentido unos segundos después y avanzaron de nuevo hacia la góndola para lanzar otro ataque conjunto, obligando a Mili a reanudar los meneos de cabeza. Aquellos seres se detuvieron en seco con una expresión de sorpresa casi inocente en la cara angulosa, pero ¿qué les detenía? Nuestra amiga tuvo la sensación de que las células de su cerebro estaban chocando unas con otras dentro de su cabeza. El tintineo de los abalorios prendidos a su pelo iba a hacerle perder la olla.

Pero claro... ¡Eran los abalorios lo que había hipnotizado a las sirenas! La vanidad de las Nereidas era un impulso superior al ansia destructiva y la niña comprendió que su única posibilidad era aprovecharse de ella.

Sin pensarlo dos veces, se desprendió de un puñado de aquellos pequeños adornos, sin importarle arrancarse un mechón de pelo con ese movimiento. Luego alargó tentadoramente los abalorios a Griswalda. Al parecer ese ofrecimiento era más seductor que la perspectiva de zamparse otra trucha, pues la reina se descolgó de su roca y nadó hacia la góndola, acompañada de varias doncellas que la sostenían por los codos para mantenerla a flote.

Griswalda estaba muy impresionada, de eso no cabía duda. Cogió de la palma de Mili un abalorio azul, lo olfateó con cautela, lo sacudió y hasta lo mordió para probar su solidez.

—Es una baratija, te lo aseguro —garantizó la niña.

—¿Es posible que domine otro idioma aparte del sirenés? —preguntó Ortega—. Se diría que te entiende.

Mili, cauta, prendió en el pelo esponjoso de Griswalda un ornamento en forma de lazo de color rosa intenso. La reina se arrancó de la cola una escama grande y la utilizó como espejo para admirarse. La imagen que esta le devolvió pareció complacerla.

—Te doy todos —negoció la niña— si nos dejáis pasar.

Si las Sirenas Malévolas son renombradas por su vanidad y su codicia, la reina las superaba a todas. Ante aquella colección de abalorios brillantes que tintineaban y reflejaban el claro de luna, tenía la certeza de haber cerrado un buen trato. Sólo deseaba una cosa más: a ese atractivo chaval de pelo dorado y músculos abultados y tensos como cuerdas. Con las mejillas encendidas como ciruelas, Griswalda miró a

Leo con un parpadeo de coquetería.

Mili, con un carraspeo, creyó necesario reiterar su ofrecimiento:

—Puedes quedarte con estas preciosas baratijas a cambio de nuestra libertad.

La reina, sin prestarle atención, miraba a Leo con ojos tiernos.

—Tal vez si estas cosas fueran un regalo de Leo... —tanteó la niña, mientras empujaba a su compañero hacia delante.

Esta vez Griswalda alargó la mano palmeada en señal de aceptación. Mili entregó los abalorios a Leo. El chico se retorció y tragó saliva, pero depositó tímidamente los pequeños objetos en la palma de la sirena. Pero la matrona aún no estaba satisfecha. Le dio un cabezazo travieso en la mano y le lamió los dedos con su lengua áspera de gato, en una demostración de afecto. Si sabéis algo de sirenas, reconoceréis esta conducta como típica de seres que, al no contar con un lenguaje común, deben comunicarse con un desconocido por gestos. El comportamiento de Griswalda sólo podía significar una cosa: ¡quería un beso! Leo se echó hacia atrás, en absoluto seducido por esa piel resbaladiza y ese aliento de algas marinas. Por suerte Mili estaba detrás de él e imaginaba perfectamente cómo reaccionaría la reina si se sentía rechazada.

—Hazlo de una vez —le aconsejó. Sus celos anteriores se evaporaron al ver que el chaval se inclinaba hacia Griswalda con los ojos cerrados con fuerza.

El beso no fue tan asqueroso como él esperaba. Esa mejilla era como de goma, sí, y le dejó en los labios un repugnante sabor a albóndigas de salmón, pero todo sucedió en un visto y no visto.

La reina agitó la mano para despedirse de Leo con una picara sonrisa en los labios y retrocedió hacia los lechos de roca. Sus súbditas volvieron a dispersarse, pero en esta ocasión lo hicieron de un modo que les alegró el corazón a los chicos.



En situaciones como esta, cuando has sobrevivido a la persecución de un Vórtice Carnívoro, a un bombardeo con estiércol de mono y a un ataque de Sirenas Malévolas empeñadas en que te pudras en el fondo de la Laguna Fantasma, lo único que se te ocurre hacer es lanzar una carcajada triunfal, puesto que has vencido obstáculos insuperables.

Los aventureros habrían reído sin lugar a dudas en cuanto dejaron atrás la isla de rocas humeantes, pero se les quitaron las ganas cuando apareció ante sus ojos un nuevo escenario que los dejó petrificados. ¿Cómo reír si apenas podían hablar?

Las Grutas del Eco emergían de la laguna como un tumor monstruoso de contornos difuminados por la bruma. Las formaciones rocosas abultadas eran mucho más grandes de lo que ellos habían imaginado y negras como la pez. Parecían alzarse de patas en el agua roja como caballos salvajes.

El cuarteto echó mano a los remos y bogó hacia la ciclópea entrada que los atraía como la luz a las polillas. El fulgor del plenilunio se apagó de forma tan brusca como una vela en cuanto se adentraron en la caverna, cuya negrura devoró la embarcación de forma inmediata. Todos se estremecieron, pero no sucedió nada y la góndola siguió deslizándose por cámaras rocosas cuya altura superaba los diez metros. Con la ayuda de una linterna llegaron a una meseta rocosa donde resolvieron amarrar el bote para continuar a pie.

El aire de las cavernas estaba saturado de humedad y había un rosario de charcos en el suelo. El sitio donde se encontraban los chicos era escarpado y desigual. De lo alto pendían estalactitas: unas parecían colmillos de piedra; otras, miembros colgantes, y las había semejantes a caras retorcidas de animales prehistóricos. El eco de un goteo sordo reverberaba contra las paredes, pero en la penumbra resultaba imposible ver de dónde provenía. Las Grutas del Eco eran la prisión subterránea de las sombras y resultaban mucho más tétricas que las mazmorras de Casa Cebón.

—¿Cómo se formó todo esto? —preguntó Ortiga, maravillada por las siluetas de roca, que casi parecían tener vida.

—De hecho se forman por el movimiento del agua a lo largo del tiempo —respondió Ernesto, sapiente. Por primera vez en todo el viaje se sentía a gusto.

—¿Y cómo haremos para encontrar el camino? —planteó Leo—. Este lugar parece una madriguera de conejos.

—Es fácil —replicó Mili en voz baja—. Seguiremos las voces.

En su asombro por todo cuanto les rodeaba, los chicos no habían prestado atención a unos susurros: un eco distante y tan tenue que era preciso aguzar el oído para percibirlo. Ahora lo reconocían: era el mismo sonido quejumbroso que habían escuchado aquel día en el cuarto infantil. De pronto las voces sonaban más cerca y más angustiadas.

Los cuatro iniciaron la marcha por las serpenteantes Grutas del Eco, guiados por el

gemir de las sombras. A veces debían caminar en fila india, por lo estrechos que eran los pasadizos. En otros sitios el techo era tan bajo que se veían forzados a doblar la espalda o a gatear para seguir avanzando. Cuando Ernesto acababa de pisar a Mili en el tobillo por quinta vez, los chicos vieron un resplandor al final del húmedo túnel.

—¡Mirad! —susurró Ortega—. Debemos de estar a punto de llegar.

No sabían exactamente adónde llegarían ni qué buscaban, pero confiaban en tropezar, tarde o temprano, con otra pieza del puzle, y esta apareció más temprano que tarde.

Cuatro caras ansiosas asomaron por detrás de un canto rodado ¡y descubrieron que no estaban solos! Habían dado por seguro que no habría nadie más explorando las Grutas del Eco hasta que llegaran los hechiceros, pero era un error garrafal y se habían equivocado de medio a medio. Ante ellos se alzaba una plataforma de roca plana que formaba un claro rodeado de rocas altas. En uno de esos muros se abría una profunda fisura, custodiada por un apretado círculo de seres espectrales vestidos con túnicas rojas: los Guardianes de las Sombras. Flotaban por encima del suelo con los brazos entrelazados, formando una muralla impenetrable.

Mili observó a los centinelas: los espectros no comían ni dormían, y no tenían más objetivo que la custodia de las sombras. Se le cayó el alma a los pies. A esos no se los podía sobornar con abalorios ni burlar con una estratagema. ¿Existía siquiera la posibilidad de destruirlos? Intercambió una mirada abatida con los demás.

Los chicos no esperaban toparse con un adversario tan formidable como los Guardianes de las Sombras y por un momento les flaqueó el valor, pero se repusieron en cuanto vieron lo que yacía atrapado dentro de la fisura: una masa de siluetas oscuras y susurrantes que volaban desesperadamente de un lado a otro, como pájaros que confundieran el cristal de una ventana con un acceso a la libertad.

—¡Las sombras! —susurró Mili—. ¡Las hemos encontrado!

La gran comilona

ABÍA UN TRAMO DE ESCALONES tallados en la vetusta piedra cerca del sitio donde se habían agazapado los niños. Seguía el contorno circular del claro y continuaba adentrándose en las cavernas. Mili no pudo contener una sonrisa: siempre había una salida, aunque fuese hacia arriba, como en este caso. Hizo una señal a los otros y el grupo emprendió el dificultoso ascenso por los desmoronados escalones. Se detuvieron en un estrecho saliente que asomaba al claro. Mili sintió un nudo en el estómago al mirar desde el borde, pues no había siquiera una barandilla herrumbrosa para impedir que cayeran y se mataran allá abajo. Se apartó con sumo cuidado para dejar sitio a los otros.

H

Si hubierais tenido la mala suerte de estar en la base, entre los Guardianes de las Sombras, al mirar hacia arriba sólo habríais visto cuatro caras pálidas, borrosas y casi indetectables en la penumbra. Allí, en esa piedra desigual, los chicos aguardaron a que se iniciara la Gran Comilona. Lamento decir que la espera no fue larga.

Los magos entraron en el claro andando con movimientos gráciles, como si estuvieran bailando un vals. Al parecer el postre se serviría en las Grutas del Eco, puesto que les seguía una procesión de criados de Casa Cebón, cargados con bandejas y cestas cubiertas. El alboroto llegó hasta los niños, que continuaban agazapados e invisibles por encima de la tétrica celebración. Vieron que el personal de servicio se afanaba en instalar mesas de caballete que cubrían de postres increíbles: pasteles adornados con torres de nata batida, pudines de melaza, viscosos rollitos de dátil, tartas de mango, gelatinas, muñecos de nieve hechos con merengue, chocolates con forma de escarabajo, cruasanes rociados de crujiente caramelo, suflés de limón y fuentes llenas de delicadísimas flores de mazapán.

La cháchara se acalló a su debido tiempo y lord Aldor hizo su entrada deslizándose hacia el claro. La luz roja de las linternas se reflejaba en su máscara, blanca como la tiza. Sobrevoló las cabezas encapuchadas de los Guardianes de las Sombras y fue a detenerse frente a la fisura de las sombras arremolinadas, cuyos gritos, aunque apagados por el cautiverio, se tornaron más frenéticos y desgarradores al detectar la llegada de lord Aldor. Los chicos, naturalmente, lo veían todo a la

perfección desde su mirador.

—¡Bienvenidos, amigos, estimados colegas y compañeros de conjuro! —La voz del mago reverberó en las cavernas—. ¡Estáis a punto de presenciar la creación de la historia mágica! Los magos hemos sido pisoteados e ignorados desde hace siglos. Se nos tiene por bufones e histriones callejeros molestos. ¡Ciudadanos de segunda! ¡Pero eso se acabó! La apreciada ciudad de Villacana fue, en otros tiempos, cuna de artistas, inventores, científicos y astrónomos por decenas. Todo ese conocimiento, todo ese poder está aquí, al alcance de mis dedos.

Mili tragó saliva. En el fondo ya había adivinado lo que lord Aldor estaba a punto de hacer.

—¡Esta noche me tragaré la sombra de cada uno de esos miserables villacanenses! —Las cavernas resonaron con una ola de vítores y gritos frenéticos—. ¡Absorberé hasta la última brizna de talento y de poder de esa patética ciudad!

Los hechiceros parecían enloquecer: algunos transpiraban; otros salivaban de puro entusiasmo.

—Y después, amigos míos... —La voz del mago se redujo a un murmullo grave, hipnótico—. Después... robaremos las sombras a todas las ciudades que existan desde aquí hasta la luna. Las habrá en abundancia. A partir de esta noche nadie volverá a subestimar el poderío de los hechiceros. ¡Seremos omnipotentes! ¡Os doy la bienvenida a la Gran Comilona!

Se oyó una explosión metálica: los nigromantes golpeaban al unísono sus tenedores y cucharas, tras lo cual los lanzaron al aire para indicar su acuerdo.

Lord Aldor echó la cabeza atrás, abrió los brazos ampliamente y dejó escapar una carcajada inmisericorde. Los chicos nunca le habían visto tan aterrador durante su estancia en Casa Cebón. El gimoteo de las sombras se tornó más fuerte: trataban de liberarse del campo magnético generado por los Guardianes.

Los cuatro niños intercambiaron una mirada de absoluto horror. Se confirmaba la peor de sus pesadillas.

—¿Que lord Aldor se va a tragar a quién? —graznó Ernesto.

—¿Que los magos serán omni... qué? —exclamó Ortiga.

—¿Que van a robar dónde? —susurró Leo.

—Pues no lo harán si podemos evitarlo —declaró Mili.

Y estudió la escena que tenía lugar debajo de ellos. Lo que más le interesaba eran los Guardianes de las Sombras. Ni una sola vez habían roto la formación ni

abandonado su sacro deber, ni siquiera para permitir la entrada de lord Aldor en el círculo. En torno de sus túnicas, mientras flotaban en el aire, danzaba una luz roja, rielante, la chispa de un hechizo. Mili se fijó en sus manos, que eran como garras; los huesos eran visibles a través de la piel. Se mantenían bien apretados. Lo primero que había que hacer era quebrar el vínculo que les unía.

Lord Aldor, allí abajo, tenía un aire triunfal. Había hundido la mano en la fisura y ahora sujetaba en el puño una pequeña brizna que se retorció, trémula e indefensa. La sombra se resistía a ser capturada, pero su forma diminuta, débil como el tul que adornaba el vestido de Mili, no podía medirse con la fuerza de Aldor. Mientras la sombra se debatía, los niños distinguieron apenas los rasgos del semblante. Mili conocía demasiado bien ese rostro. Era su padre.

Un recuerdo súbito la abrumó de lleno. Estaba en la cocina, sentada a la mesa, con Dorkus debajo, los dos observando cómo cocinaba su padre. El señor Zuecos, con el delantal manchado de comida, una cuchara de madera en una mano y la batidora en la otra, tenía tres cacerolas burbujeando en los fogones y acababa de meter en el horno un bizcocho de mermelada de pera. El olor cálido y reconfortante del pastel llenaba la cocina. Era un recuerdo alegre. ¿Cuánto tiempo hacía que ninguno de ellos tenía un momento de alegría? Demasiado.

Mili sintió una oleada de cólera que le subía desde la punta de los pies. Se fue extendiendo como un hongo hasta que todo su cuerpo ardió de ira. Con un ojo puesto en lord Aldor y el otro en las mesas de caballete, abandonadas ahora que comenzaba el espectáculo, fue bajando los peldaños sigilosamente. Los otros la siguieron pisándole los talones. Ninguno de los magos reparó en ese descenso amortiguado, concentrados como estaban en la escena que se desarrollaba ante ellos.

Lord Aldor soltó una carcajada cruel y levantó la sombra del señor Zuecos muy por encima de su cabeza. Luego comenzó a abrir la mandíbula lentamente hasta el punto de que se le descoyuntó. A mí me es imposible abrir la boca lo suficiente para meter el puño; él, en cambio, estiró la mandíbula como si fuese elástica, hasta que tocó con ella el pecho, de esa manera que hemos visto sólo en los dibujos animados. Mientras se sujetaba el mentón con la mano izquierda, con la diestra balanceaba amenazadoramente la sombra por encima del foso alargado en que se había convertido su boca. Pero en el preciso momento en que dejaba caer la sombra dentro sucedió algo...

... milagroso...

Vale: en realidad no hubo milagro alguno, puesto que no participó ningún santo. Antes bien fue un plan ingenioso ejecutado por un equipo de aventureros menores, pero muy furiosos. ¡Plaf! Aldor se encontró con un bocado de pastel de cerezas con nata en lugar de un bocado de sombra.

—¡Trágate eso, so matón! —gritó una voz.

Lord Aldor, estupefacto y airado, se quitó la nata batida de los ojos; entonces pudo ver a cuatro niños en actitud beligerante, cada uno de pie en una mesa diferente, todos armados con varios platos de postre.

Aunque por dentro hervía de humillación, el mago logró emitir una risita burlona.

—¿Acaso pensáis que podéis sabotear los planes de toda mi vida con un mísero pastel de nata? —inquirió con desdén.

En el momento en que Mili iba a espetarle una respuesta impertinente, un chillido de indignación resonó por toda la caverna:

—¡Bella! ¡Mozi! ¿Qué comportamiento es ese? ¡Bajad inmediatamente de las mesas!

La señora Alcalde, con los brazos en jarras, los miraba como si quisiera fulminarlos. Ellos no le prestaron la menor atención.

—Suelta a las sombras, Aldor —advirtió la niña—, o ya verás.

—¿Qué veré? —se burló el mago—. ¿Vais a arrojarme pudines? —Señaló con un gesto el apretado anillo de Guardianes de las Sombras—. Las sombras no saldrán de aquí mientras esta formación se mantenga firme. ¡La Gran Comilona transcurrirá tal como estaba planeada!

—Os lo advierto, niños: esto lo pagaréis muy caro —amenazaba inútilmente la señora Alcalde—. ¡No usaréis más que delantales sencillos durante una semana!

Lord Aldor levantó la sombra del señor Zuecos hacia los niños, como si brindara con una copa, y por segunda vez en esa noche dejó que su boca se estirara más allá de lo aceptable. Pero la amenaza de la mujer había dado una idea a Mili. Delantales sencillos..., ¡qué alivio sería! Sentía los velos de los pañuelos que le flameaban contra los tobillos, tenues como las sombras robadas.

Llevada por un impulso, arrancó un velo de su atuendo y lo arrojó al aire. Al momento se alzaron a un tiempo las caras encapuchadas de los Guardianes de las Sombras. Por una fracción de segundo nadie se movió. Mili sintió una espantosa oleada de miedo: si su plan fallaba, ella y sus amigos acabarían hechos picadillo. Pero los Guardianes de las Sombras eran fieramente leales e inflexibles en lo tocante al

cumplimiento de su deber. Su principal responsabilidad era custodiar las sombras. Cuando ese fragmento de tul voló por el aire, los Guardianes lo confundieron con una sombra y se lanzaron al instante a darle caza.

Lord Aldor rugió al ver que sus custodios alzaban el vuelo en un revoloteo de túnicas rojas y planeaban por las cavernas, chocando unos con otros en persecución de su presa. Pero los cautivos permanecían aún encerrados en la roca, visibles sólo como destellos a través de la fisura. Era algo que los niños no habían previsto: las sombras, después de pasar tanto tiempo en prisión, no reconocían la oportunidad de escapar.

—¡Largaos! —les alentó Mili—. Ya sois libres. ¡Podéis marcharos!

Pero las sombras seguían en su encierro rocoso. A través de la abertura la niña vio que giraban en rápidos círculos.

—¡Están desorientadas! —gritó Leo—. Necesitan ayuda.

—¿Qué más podemos hacer? —preguntó Mili, desesperada.

—¿Aún tienes la ampolla?

—Sí, en el morral.

—Podría funcionar. ¡Pronto, antes de que vuelvan los Guardianes de las Sombras!

A horcajadas en una mesa, Leo apuntó con cuidado. Luego flexionó el brazo hacia atrás y lanzó el frasco como si fuera una jabalina. El chico era fuerte; el cristal azul, al dar en el blanco, se hizo añicos contra la piedra y esparció su contenido mágico. Se oyó un chirrido estremecedor: las placas de roca se movían y resquebrajaban. La fisura se abrió en una cascada de tierra y escombros desmoronados. Esta vez sí, las sombras supieron sin la menor duda lo que debían hacer.

Lord Aldor se arrojó hacia ellas y, a zarpazos salvajes, trató de agarrar las formas negras que, alarmadas, volaban desde la grieta hacia todas partes. Pese a sus desesperados intentos por recuperarlas, las sombras eran demasiado veloces para él y le dejaron manoteando en el aire en vano.

Ahora que las sombras estaban a salvo por el momento, los chicos centraron la atención en los magos.

—¡Aniquíladlos! ¡Que no escapen! —aulló lord Aldor.

Los hechiceros avanzaron hacia los niños, pero ellos ya lo esperaban y no se preocuparon en absoluto.

—Os lo habéis buscado —murmuró Leo, que empezaba a divertirse.

Con los brazos cargados de municiones, los cuatro hicieron lo que todos los

chicos saben hacer muy bien. Y se inició un bombardeo de comida.

¡Los magos quedaron completamente desconcertados! El pirata de los tatuajes (como tantos otros) se encontró de pronto con que algo le impedía ver el objetivo: una gran tarta de chocolate venía volando por el aire y le dio bien dado en un lado de la cabeza. Una duendecilla descubrió de pronto que tenía un pastelillo de fresas clavado en la punta de su afilada nariz. Caía una lluvia de petisús rellenos de nata, la melaza voladora arrancaba mechones de pelo y los bombones de gelatina cegaban a quien se interpusiera en su camino. Leo aplastó un pudín de vainilla en la melena desaliñada de una bruja; de inmediato se vio perseguido por su compañero, un furioso gremlin cuyas anchas fosas nasales acabaron rellenas de natillas. Ortiga, encaramada en una roca, arrojaba bolitas de coco a un grupo de cocos auténticos que sacudían los puños como si la situación no les hiciera ninguna gracia. Ernesto untó con chocolate caliente las gafas de un ogro, el cual, al andar a ciegas de un lado a otro, acabó derribando a un buen número de invitados y provocó un atasco. Mili dedicaba toda su energía a bombardear a lord Aldor, quien a esas alturas ya no parecía un villano amenazador, sino una montaña bamboleante de postres malogrados.

Una horda de hadas chillonas (de la variedad hostil) buscaba refugio en las grietas, conscientes de que sus alas quedarían inutilizables si se empastaban con algo. Varias brujas rugieron y se lanzaron hacia los chicos, pero se vieron derribadas en el último instante por una *troupe* de princesas que trataban de huir, pues sus vestidos de gala eran demasiado caros para someterlos a un combate de pasteles. Los gnomos son criaturas indómitas por naturaleza y no tardaron en dejarse llevar por el frenesí. Eso confundió a algunos hechiceros que, pensando que la batalla de postres era parte de la diversión, se dedicaron alegremente a arrojarse pasteles unos a otros. La señora Alcalde, hecha unos zorros, corría por las cavernas con caramelos pegados al peinado griego, aullando a pleno pulmón. Su marido intentó guiarla hacia el refugio que ofrecía una roca cercana, pero ella le gritó algo incomprensible y, sin querer, le hizo caer de bruces en un cuenco de gelatina de menta.

No pasó mucho tiempo antes de que el ocre de los muros quedara manchado de caramelos de colores chillones, natillas doradas y pegotes de azúcar multicolor. Los Guardianes de las Sombras, aún en el aire, perseguían con empeño el trozo de tul. Lord Aldor ya había desistido de gritarles que bajasen; estaba solo ante la fisura desierta con los puños apretados a los costados. En el aire tremolaban haces de luz roja, ya medio apagada: los restos de un hechizo roto. Los ojos del mago, antes

flamígeros, se habían puesto negros de ira. Mientras esquivaba un flan de nuez volador, contempló, indefenso, el pandemonio que se había desatado a su alrededor.

Alzando el vuelo

ERO LORD ALDOR TODAVÍA CONSERVABA sus poderes y le bastó un movimiento del dedo meñique para hacer caer desde el techo de las Grutas del Eco una red que envolvió estrechamente a Mili. Los otros corrieron a asistirle, pero apenas pudieron dar unos cuantos pasos hacia ella antes de ser interceptados. Los Nueve Infames, con el pelo y la ropa salpicados de comida, se apartaron con deferencia para dejar paso a lord Aldor. El maligno hechicero avanzó hacia Mili con los brazos extendidos y una expresión de ira demoníaca en los ojos. Seguía siendo una imagen terrorífica a pesar de llevar la máscara torcida y la túnica manchada de lamparones de todos los colores.

PAhora bien, las sombras no habían olvidado a la valiente niña a la que debían la libertad y, reuniendo valor, descendieron en picado al percibir que estaba en peligro. Cuando Aldor el Ilustre se percató de lo que estaba sucediendo ya era demasiado tarde: un enjambre de sombras murmurantes había formado una nube de tormenta que se precipitaba hacia él, hasta que lo rodeó girando como un tornado. En medio de la escaramuza resultante, los chicos pudieron ver fugazmente algunas caras conocidas. ¿Era Bernardo Bernardini el que le tiraba del pelo? ¿Era en verdad el señor Arcadio Acorde quien le desgarraba el manto rojo en un intento de arrancárselo? ¿Resultaba increíble que fuera la señorita Línea quien le estuviera anudando los cordones de los zapatos! Los otros magos se horrorizaron al ver aquello y no movieron un dedo por ayudar a su jefe.

El furioso nigromante estaba pringoso a causa de tanto dulce y zarrapastroso tras el ataque de las sombras y no pudo soportarlo más. Levitar requería una gran dosis de energía de la que en ese momento carecía, pues estaba demasiado cansado, por lo que puso pie en tierra e intentó huir a la carrera, pero tropezó gracias al buen hacer de la señorita Línea y tuvo que detenerse para descalzarse a patadas y poder seguir corriendo.

—¡Hasta que volvamos a vernos, señorita Zuecos! —jadeó al pasar junto a ella, con un enjambre de avispas furiosas pisándole los talones—. ¡Esto no será lo último que sepa del Ladrón de Sombras!

La banda de hechiceros marchó entristecida detrás de lord Aldor por los húmedos túneles de las Grutas del Eco, hasta salir a la meseta rocosa donde habían

desembarcado para asistir a la ceremonia.

Aldor el Ilustre subió de un brinco a la góndola más próxima y comenzó a remar con furia. Su embarcación despegó de la Laguna Fantasma para elevarse al cielo cuando llegó a las rocas siseantes de las Sirenas Malévolas. Los chicos, atónitos, vieron que la góndola negra y dorada ascendía más y más, desafiando la ley de la gravedad, hasta desaparecer entre las nubes, llevando a bordo al desmelenado Ladrón de Sombras.

Desaparecido el captor, el enjambre de sombras se volvió contra sus invitados.

Inmediatamente quedó en evidencia que en el Reino de los Taumaturgos no existen conceptos tales como la lealtad y el trabajo en equipo, pues los hechiceros, al verse abandonados por su jefe, se amontonaron y, entre empujones, mordiscos, zarpazos y trompazos, emprendieron el regreso a los botes. Muchos cayeron de cabeza a la laguna en el transcurso de la precipitada huida, y a otros los arrojaron las sombras.

A nadie le sorprendió que los Alcalde figuraran entre los pocos que lograron apoderarse de una góndola, aunque Tendón se negó a servirles de remero y los dejó varados. Los dos se acurrucaron en la cabina, por una vez en la vida deseosos de pasar inadvertidos; pero eso de pasar inadvertidos no se les daba nada bien: pronto estaban riñendo y culpándose mutuamente por haber confiado en aquellos pequeños truhanes. Por desgracia para ellos, la pelea sirvió para revelar su paradero a las sombras, que se arrojaron sobre ellos. Mientras ella se tironeaba del peinado griego como una histérica tratando de quitarse las volutas movedizas que se le habían metido en aquella peluca que tenía más de colmena, ¡las sombras volcaron la embarcación!

Dos míseras cabezas asomaron a la superficie entre toses y jadeos. El agua había deshecho la máscara de maquillaje de deidad griega y los churretes le resbalaban por las mejillas, y el pelo empapado le caía sobre los ojos, obstruyéndole la visión. No nadaba demasiado bien para haber sido bailarina, lo cierto era que apenas se mantenía a flote, aleteando como una gallina. A su esposo, en cambio, se le había inflado aquella especie de pañal que llevaba como taparrabos y ahora le servía de salvavidas, pero se esforzaba por quitarse el casco emplumado, que se le había atascado al llenarse de agua. ¡Qué espectáculo tragicómico ofrecían los dos! Era imposible no tenerles lástima a pesar de todo el mal que hubieran cometido.

—¡Vosotros! —jadeó la señora Alcalde, apuntando con un dedo a los chicos, más histriónica y alucinada que nunca—. ¡Picaros canallas! ¡Ya veréis cuando estemos en

casa! ¡Pagaréis bien cara esta conducta vuestra! Pero quizá seamos indulgentes si nos arrojáis un salvavidas.

Apenas hubo acabado con su amonestación, las sombras se congregaron para formar un fuelle y soplaron sobre la Laguna Fantasma, levantando una columna de agua que se estrelló contra la mujer. Ella y su esposo, ambos igualmente despreciables, se vieron barridos hacia la extensión de aguas abiertas, donde quedaron flotando como corchos.

En cuestión de minutos, de los invitados de lord Aldor sólo quedaban unas cuantas prendas coloridas en la superficie de la laguna, como restos de un naufragio. Algunos de los hechiceros se habían convertido en estatuas de hielo, pero se derretieron con el soplo caliente de las sombras. Otros, licuados en la baba escurridiza de las Sirenas Malévolas, pasarían la vida convertidos en charcos brillantes dentro del agua. Hubo quienes pensaron que, si se mantenían absolutamente inmóviles, aún podrían escapar de la justicia; otros bebieron una poción mórfica para transmutarse en sapos moteados y se alejaron dando brincos, decididos a mantener una despreocupada existencia con una sabrosa dieta a base de moscas. A decir verdad, a nadie le importó saber qué había sido de ellos.

Detrás de los chicos se oyó un chasquido y un susurro de papel. Se dieron la vuelta y descubrieron a Pandora Primicia. La reportera garabateaba en su libreta con las uñas entintadas sin prestar atención a su moño embadurnado de petisú de nata. Flash disparaba su cámara, documentando la gresca para la posteridad. Al fin y al cabo esa era la noticia de la década.

Pandora se abrió paso entre los restos, imparable, con voz melosa.

—¿Quién ha sido el cerebro de la derrota de esta noche? ¿Ha sido una sola persona o colaborasteis todos? El *Talisman Times* estaría muy interesado en comprar vuestra historia. ¿Cuándo podré entrevistaros? No toméis ninguna decisión sin consultar conmigo. ¿Tenéis alguna idea de la posible represalia de lord Aldor? Lo has captado cubierto de merengue de limón, ¿verdad, Flash? ¿Y qué podéis decirme de vuestros nuevos padres, niños? ¿Pensáis reuniros con ellos en un futuro próximo?

—He oído a Aldor decir que concedería entrevistas en los túneles de atrás, una vez acabado el espectáculo —se inventó Mili.

—¿De verdad? —chilló Pandora—. ¡Vaya! Pues entonces no estaría bien que hagamos esperar a Su Excelencia, ¿no os parece? ¿Listo, Flash?

Sin dejar de garabatear, la señorita Pandora Primicia marchó hacia el interior de

las Grutas del Eco. Ya iba formulando preguntas esclarecedoras que le sirvieran de base para un artículo novedoso.

Flash la seguía, pero sólo porque tenía pánico a la oscuridad.

—No sé por qué, pero me parece que el lado bueno de la señora Alcalde no aparecerá en primera plana —comentó Leo, entre risitas.

—¡Mirad! —exclamó Ernesto, gozoso.

Todos se giraron para ver qué podía provocarle tanto entusiasmo después de los acontecimientos de esa noche. Todavía llenos de moretes, trémulos, mojados y pegajosos por los fragmentos de dulce, no pudieron menos que sonreír al ver lo que su compañero señalaba: la nube de sombras había tomado la forma de un gigantesco símbolo de visto bueno: ✓.

—Nos están felicitando —dijo Ortiga.

Las sombras se diseminaron brevemente para reagruparse adquiriendo la forma de una ciudad muy conocida.

—Quieren volver a casa —susurró Mili.

Hubo una leve pausa; todos se preguntaban cómo sería Villacana cuando hubiera recuperado las sombras. Fuera de ese pequeño grupo no creían conocer, en realidad, a la gente de la ciudad. Al fin y al cabo el verdadero carácter de cada uno llevaba mucho tiempo oculto.



Aunque entusiasmados ante la perspectiva de volver a casa, les intimidaba el largo viaje que tenían por delante y ninguno de ellos se ofreció a coger el remo. Pero las sombras, cuyas formas oscuras y plumosas ya se habían alterado varias veces esa noche, aletearon quedamente por encima de ellos, fundiéndose unas con otras. Se estiraron más y más hasta que sobre la cubierta de la góndola apareció un palo mayor hecho de sombras. Entonces algunas empezaron a estirarse hasta formar una silueta alta y triangular que la brisa hizo ondear con suavidad. Habían construido una vela para los chicos.

El viaje de regreso fue silencioso; cada miembro de la tripulación iba sumido en sus pensamientos.

Ernesto pensaba en sus padres. ¿Qué dirían cuando le vieran dentro de pocas horas? ¿Estarían enfadados por su ausencia o se alegrarían de verlo regresar? Le reconfortaba pensar en su colección de piedras; ahora se sentía capaz de gritar a pleno pulmón si alguien se atrevía a tocarla. Ya era hora de acabar con los juegos de silencio de la familia Periclavo. Incluso se atrevió a considerar la posibilidad de compartir con alguien sus emocionantes expediciones a las gargantas rocosas. Llevarían mochilas similares y un almuerzo frío para comer mientras examinaran sus hallazgos. Ortega parecía ser el tipo de chica que disfruta con las experiencias apasionantes y novedosas.

Ortega contemplaba las ondas de agua roja y se preguntaba qué le reservaría la vida en Villacana. Había disfrutado mucho al actuar frente al Armario de la Desaparición (y sobre todo con el traje bordado de lentejuelas); tal vez pudiera hacer carrera en los escenarios, aunque para eso tuviera que fundar su propia escuela. Para ella, Villacana representaba un nuevo comienzo. Aunque no tuviera familia allí, contaba con amigos que la aceptaban y apreciaban. Y hasta era posible que cambiara de imagen.

Leo, al sentir el viento en la piel, se sentía estimulado, como si estuviera a punto de correr en las Olimpiadas. ¡Hacía tres años que no tenía contacto con sus padres! ¿Y si no lo reconocían? ¿Y si en ese tiempo habían tenido otro hijo? Pero en el fondo sabía que todos los padres quieren incondicionalmente a sus hijos; a pesar de su preocupación ansiaba reunirse con ellos y contarles todo lo que le había ocurrido en esos años perdidos. Y tal vez se decidiera a devolver, por fin, aquel libro a la biblioteca.

En cuanto a Mili, sus pensamientos eran de un cariz más filosófico; se descubrió reflexionando sobre la naturaleza del cambio. Al observar a sus compañeros notaba lo mucho que habían cambiado en el breve tiempo de su amistad, pero la transformación no le causaba aprensión. La gran aventura, durante tanto tiempo anhelada, había resultado ser mayor de lo que ella hubiera podido imaginar, y a su regreso le aguardaban otras muchas, de eso no tenía la menor duda.

Le enorgullecía pensar que había desempeñado un papel en la restauración de la pieza que faltaba en Villacana. Las sombras habían recobrado la libertad y la ciudad no volvería a ser víctima de la codicia de un demente. Equipada con pensadores libres, en adelante podría defenderse y el subterfugio sería cosa del pasado. Mili no podía preverlo, pero en tiempos venideros se hablaría de ese periodo de la historia

villacanense como de una aberración, un tiempo oscuro que jamás debía caer en el olvido. Se crearían nuevos cargos que representarían un altísimo honor. Los Custodios de la Concordia cuidarían de que no volvieran a repetirse los errores de la Historia.

Mili, con los ojos cerrados, se dijo que lo más importante era aquello a lo que regresaba: una familia con la que estaba deseando volver a intimar. Y ahora incluiría una madre. ¿Cómo sería la vida con una madre? Por primera vez se permitió el lujo de pensar en eso sin sentir mareos. Tal vez con Rosie en casa la ropa ya no se arreglaría con imperdibles, sino con cosas más resistentes, y quizá Pestoso se viera obligado a aceptar un baño más a menudo. ¿Sería Rosie como las otras madres de Villacana, que trenzaban el pelo a sus hijas y amasaban galletas? No pudo evitar sonreír al imaginarla con un delantal de cocina; no sabía la razón, pero tenía la impresión de que las artes domésticas serían suficiente desafío para esa madre suya. Por encima de todas las cosas, Mili confiaba en que su retorno librara a su hermana de algunos temores y disuadiera a su padre de andar por la vida como quien navega a la deriva por el mar. Alzó instintivamente la vista a las caras impresas en la vela formada por sombras. La sombra del señor Zuecos bajó la vista y guiñó un ojo a su hija.



Los niños contemplaron muchas cosas esperanzadoras según se acercaban a la ciudad. Fue a la vez un regocijo y una sorpresa ver que una flota de balsas improvisadas se llevaba a los erizos, casi invisibles debajo de las casacas militares rojas que lucían. Ellos también volvían a su hogar con las cuatro patas en el suelo, como dicta la Naturaleza. Un movimiento en el cielo captó su atención: su viejo amigo, el secretario flamenco, pasaba volando por encima de ellos. Parecía disfrutar mucho de lo que estaba haciendo: esparcir al viento carpetas despedazadas de un portafolio que sujetaba con el pico; las páginas llovieron sobre la góndola como confeti. Con un poco de suerte, al final del vuelo encontraría un buen plato de sopa de algas y un rostro conocido. El secretario, ya libre de su corbata y de la tensión nerviosa que le hacía perder las plumas, inclinó la cabeza en un gracioso saludo a la góndola que pasaba por debajo.

Pronto tuvieron la urbe a la vista: surgió en la distancia como una mota

parpadeante. Con los ojos clavados en las luces de Villacana, Mili se descubrió pensando en aquellas casas ordenadas, con sus cercas iguales y sus llamadores idénticos. Pronto la ciudad estaría irreconocible. Súbitamente exhausta, se arrimó un poco más a Ernesto, que la rodeó con un brazo reconfortante.

—¿Cómo será ahora? —musitó, soñolienta.

—¿La ciudad? Muy diferente, supongo.

—No sé si algún día llegaremos a aburrirnos.

Ernesto la miró un buen rato antes de responder.

—No, no creo —repuso.

Un ruido similar a un batir de alas atrajo la atención de los niños. Al levantar la vista vieron las caras combinadas de las sombras, que resoplaban y bufaban por el esfuerzo. Las velas, al hincharse, impulsaron al pequeño navio hacia delante, hacia el amanecer. Ahora avanzaban más deprisa. Tan deprisa que era muy parecido a volar.



ALEXANDRA ADORNETTO (18 abril 1992). Se crio al este de Melbourne en una casa de campo llamada «Byron», lo cual la predispuso a escribir su primer poema muy pronto, a los cinco años de edad. Su pasión por el lenguaje le viene de familia, donde abundan los profesores de lengua inglesa.

El Ladrón de Sombras es el primer título de la trilogía *Extrañas aventuras*, que ha cosechado diversos galardones. Escribió esta novela con sólo trece años. Sus protagonistas, Mili y Ernesto, están inspirados en Wendy y Peter Pan, respectivamente.

Notas

[1] Pastel preparado con una pasta fina de hojaldre rellena que suele servirse acompañado de crema de vainilla. *[Todas las notas son del traductor]*.

<<

[2] Joven investigadora de una exitosa serie de libros firmados por Carolyn Keene, un seudónimo colectivo. Hoy protagoniza una película y una docena de videojuegos.

<<

[3] Apellido de una conocida familia *hobbit*, invención de John R. R. Tolkien.

<<

[4] Finísimo polvo de antimonio usado para el maquillaje de los ojos.

<<

[5] Abrirse de piernas ciento ochenta grados.

<<

[6] Little Bo Peep es la pastora protagonista de una famosa nana británica.

<<

[7] Humpty Dumpty es un huevo antropomórfico objeto de una célebre rima infantil cuya traducción aproximada sería:

Humpty Dumpty se sentó sobre un muro.

Humpty Dumpty cayó y se dio un porrazo duro.

*Ni todos los caballos ni todos los hombres de su alteza
fueron capaces de reponer en su sitio ni una pieza.*

<<

[8] Pantalones de tirantes de cuero típicos de Baviera.

<<

[9] Empanada italiana con forma de medialuna hecha de masa elaborada de forma similar a la pizza, dentro de la cual hay deliciosos rellenos.

<<